

“Una increíble historia sobre la perseverancia del espíritu humano”.

—Booklist.

Un lugar
PARA
LA ESPERANZA

CAMRON WRIGHT

novel
PALABRA



UN LUGAR
PARA
LA ESPERANZA

C A M R O N W R I G H T

EDICIONES PALABRA
MADRID

Título original: The rent collector

© Camron Wright, 2012

Shadow Mountain®, 2012

© Ediciones Palabra, S.A., 2017

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Tel.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

palabra@palabra.es

© Traducción: Almudena Ligeró

Diseño de ePub: Rodrigo Pérez Fernández

ISBN: 978-84-9061-652-9

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Nota del autor
Agradecimientos

Referencias bibliográficas
Álbum

*Para el Proveedor de esperanzas, sueños
y segundas oportunidades.*



*«Cuando te des cuenta de lo perfecto que es todo,
inclinárs la cabeza hacia atrás y reirás hacia el cielo».*

Buda



9

CAPÍTULO 1

Antes pensaba que los héroes solo existían en las leyendas de los hombres, que el mal había triunfado sobre el bien y que el amor –el amor verdadero, desinteresado y eterno– solo podía encontrarse en la imaginación de los niños. Estaba segura de que los dioses permanecían sordos a nuestras súplicas, que Buda había sido olvidado y que nunca volvería a ver la belleza natural de mi provincia.

Fue en aquella época cuando empecé a aprender sobre las metáforas, las sombras y la redención, y cuando por fin entendí el significado de un proverbio chino cuyas palabras siguen resonando en mi mente: *Las verdaderas batallas se libran en el interior de uno mismo.*

Y fue en esa misma época cuando llegué a conocer de verdad a la cobradora del alquiler.



Brum, brum, brum.

El ruido de los motores intenta colarse en mi sueño, un sueño en el que soy una niña y voy saltando hacia los arrozales de la provincia rural de Prey Veng, en Camboya. Hace una mañana preciosa y voy tirando de la mano huesuda de mi abuelo.

—Date prisa, viejo caracol –digo.

—Si yo soy un caracol –responde–, entonces tú eres la *sal*, y pronto tendrás que arrastrar mi cuerpo hasta casa y explicar a los del pueblo lo que has hecho conmigo.

Yo sigo saltando de roca en roca, como si fuera una rana.

—Mejor –respondo–. A los del pueblo les encantan los caracoles. Así que esta noche cenaremos como reyes.

Mi abuelo se detiene bruscamente, agacha la cabeza y fija su atención en los campos. Entonces, ambos sentimos cómo tiembla la tierra bajo nuestros pies.

Mi abuelo se inclina y me mira a los ojos, escudriñando mis pensamientos como si

fuera un adivino. Nerviosa, agacho la cabeza y miro mis pies descalzos y sucios. Pero mi abuelo no lo permite. Con su dedo encallecido, me levanta la barbilla bruscamente. Luego empieza a hablar en tono solemne:

—La vida no será siempre tan dura y cruel. Nuestras dificultades son solo pasajeras.

Me cuesta entender sus palabras, porque mi vida no es ni *dura* ni *cruel*. Aún soy demasiado joven para comprender que somos pobres y que, a pesar de la riqueza de nuestra provincia y de lo mucho que se esfuerza mi familia, no poseemos la tierra que trabajamos. Todavía no logro entender que ganar dinero para sobrevivir no es un destino ideal.

Cuando el ruido de los motores se intensifica, mi abuelo se acerca y me dice:

—Recuerda una cosa, Sang Ly. Cuando encuentres tu verdadero propósito en la vida —y te aseguro que lo encontrarás—, nunca renuncies a él. La paz es un producto de la paciencia y la perseverancia.

¿Cómo puede pretender que una niña entienda una frase como esa?

—Sang Ly —dice mi abuelo, como si le gustara repetir mi nombre—. Hoy va a ser un día de suerte.

Estoy cansada de sus juegos, cansada de sus palabras, que pasan volando como luciérnagas borrachas. Así que extendo los brazos y le pellizco las mejillas.

—¿Qué estás diciendo, abuelo? No te entiendo.

—Sang Ly, ya vienen los camiones. Tengo que irme —sus labios siguen moviéndose, pero su voz parece más joven—. Sang Ly, despierta. Los camiones ya están aquí. Tengo que irme.

Ki Lim, mi marido, me zarandea para despertarme. Al instante, mi abuelo desaparece.

El tacto de mi marido, la respiración de mi hijo y el incansable motor de los camiones me confirman que ya no soy una niña de la provincia, sino una mujer de veintinueve años que vive en Stung Meanchey.

—Lo siento —susurro a la silueta oscura que hay delante de mí—. Me he quedado dormida. Estaba soñando que...

Me froto los ojos. Mis sueños no importan. Tendría que haber guardado el arroz que sobró ayer para Ki. Hoy tiene que empezar temprano. Necesitamos ganar doce mil rielés más para pagar a la Vaca.

—Lo siento —vuelvo a repetir, aturdida y somnolienta—. Vete. Yo misma te llevaré la comida.

Ki suspira profundamente.

—En ese caso, ten mucho cuidado. Vigila las jeringuillas y aléjate de los camiones. Recuerda lo que le pasó a Prak Sim.

Asiento, todavía dormida. Me pregunto si, cuando Ki se vaya, podré volver a

acostarme y soñar con mi abuelo, pero entonces el niño empieza a llorar.

Con mucho cuidado, Ki toma en brazos a nuestro hijo, Nisay, y me lo entrega. El niño duerme en el suelo, al pie de nuestra esterilla. Aunque ya tiene dieciséis meses, es tan pequeño que puedo sujetarlo con un solo brazo. Ya debería hablar, mirar nuestros labios, escucharnos e imitar nuestras palabras. Pero nada más lejos de la realidad. Si no está protestando, mi hijo se limita a mirarnos con ojos vacíos y distantes. Tiene el cabello débil y ralo, y su vientre desnudo sobresale por debajo de las costillas, como si se hubiera tragado un balón. Cada vez que lo saco a la calle hace que me sienta una mala madre.

No solo nos cuesta alimentarle. Prácticamente tenemos que rogarle para que coma. Y cuando por fin lo conseguimos, la comida recorre su cuerpo a toda velocidad y sale por el otro lado en forma de diarrea nocturna, que tengo que limpiar del suelo todas las mañanas.

—¿Le damos ya la medicina? —pregunta Ki.

—Más tarde, después de comer. A ver si retiene algo.

—Espero que se mejore —dice Ki.

—Seguro que sí —respondo, deseando hablarle de mi sueño. En vez de eso, envuelvo el cuerpo de mi hijo en una toalla y empiezo a mecerlo suavemente, intentando calmar su llanto.

—Por favor, ten cuidado —repite Ki, antes de acercarse a la tela que sirve de puerta.

Trato de levantar el brazo esquelético de Nisay para decir adiós a su papá, pero Ki ya está adentrándose en la oscura madrugada, siguiendo los incesantes pitidos de los camiones.

—Hoy he vuelto a soñar con el abuelo —susurro a la única persona que puede escucharme, mi hijo, que está mamando de mi pecho en la oscuridad—. Aunque esta vez ha sido diferente.

Escucho la respiración dificultosa de Nisay y me lo imagino arqueando las cejas y preguntándome: *¿Por qué? ¿Por qué esta vez ha sido diferente, mamá?*

Hago una pausa instintiva antes de responder, intentando captar su interés.

—Nisay, esta vez ha sido diferente porque, antes de marcharse, el abuelo me ha prometido que hoy será un día de suerte.



Cuando la gente me pregunta dónde vivimos, yo siempre respondo que residimos en

la ribera de un río precioso llamado *Stung Meanchey*. Al fin y al cabo, *Stung Meanchey* significa *Río de la Victoria*. Si la persona conoce el lugar en cuestión, se queda dudando un momento, esboza una sonrisa y finalmente se echa a reír a carcajadas, porque, a pesar de llamarse *río*, Stung Meanchey es el mayor vertedero municipal de Nom Pen, la capital de Camboya.

Se trata de un vertedero gigantesco que ocupa cerca de doce hectáreas. Montañas de basura putrefacta se acumulan a unos veinte metros del suelo, rodeadas de valles que se entrelazan como la red de una araña gigantesca. Recorrer sus caminos puede ser muy peligroso.

Me ato el cabello detrás de la cabeza y salgo de la estructura que llamamos casa: una chabola de tres paredes que antes servía para proteger unas bolsas de cemento de la lluvia. La casa se levanta sobre un pequeño montículo situado en el perímetro noroeste del vertedero, por encima de las chabolas que se alzan a ambos lados de la explanada.

Como no se puede construir ninguna estructura en el centro del vertedero, la vista desde mi casa está totalmente despejada, y en ocasiones puede llegar a ser impresionante, sobre todo cuando las lluvias eliminan el manto de humo. De hecho, si alguien intentara levantar una chabola permanente en el propio vertedero, esta sería derribada automáticamente por los trabajadores del gobierno (o, mejor dicho, por sus sicarios). Por tanto, el reino de Stung Meanchey es una inmensa fortaleza, rodeada de muros de lata y cartón por todas partes.

Eso no quiere decir que el lugar sea triste o carente de encanto. Todo lo contrario. A pesar de las dificultades, hay momentos en que la vida aquí es normal, o incluso hermosa. Los cerdos buscan comida entre la basura, los niños juegan al fútbol, los padres se cuentan cómo les ha ido el día, los bebés nacen... En fin, la vida sigue.

Esos son los momentos que más me gustan.

Esta mañana salgo de mi caseta y miro a mi alrededor, intentando adivinar qué me deparará el día. Anoche cayó un pequeño aguacero, así que el humo es soportable. Saludo con un gesto a mis vecinos, que están atareados en sus actividades diarias. Ahuyento las moscas de nuestra cisterna, saco un cazo de agua y corro a limpiar el lugar donde duerme Nisay. Últimamente no se encuentra bien, así que, desde hace varias semanas, mi primera tarea de la mañana consiste en limpiar su diarrea. Puede que suene desagradable, pero aquí huele tan mal que ni siquiera nos damos cuenta. Sinceramente, limpiar la diarrea de nuestro hijo es la última de nuestras preocupaciones.

Suelo bromear diciendo que vivimos en la ribera de un río, pero en cierto modo es verdad. Cuando llegan las lluvias, el agua se filtra por las montañas de basura, se mezcla con los líquidos putrefactos y forma sucios riachuelos. Las aguas se extienden y finalmente se secan, dejando manchas negras que tardan varios días en desaparecer, y que provocan un molesto picor en la piel.

Aunque no conviene tocar el agua contaminada, a veces no queda más remedio. Todavía no hemos descubierto la manera de recorrer el vertedero sin tocar el suelo.

Pero el agua tóxica no es lo peor. Lo peor es el fuego.

Como ya he dicho, el humo de hoy es soportable. Pero otros días es tan espeso que resulta imposible ver más allá de la primera montaña de basura. Hay humo y fuego porque las montañas de desperdicios que nos rodean se descomponen, formando gas metano. Debajo de la basura, la temperatura va subiendo hasta que el gas se inflama y se prende. Stung Meanchey está permanentemente en llamas, y resulta imposible apagarlas. Unos enormes bulldóceres del gobierno vienen a remover la basura de vez en cuando con la intención de reducir el humo, aunque no les importa atropellar a quien sea en el proceso.

Solemos librarnos del humo cuando empieza la estación de lluvias, pero entonces vuelven a formarse los riachuelos marrones, así que... en fin, la vida en Stung Meanchey está llena de sorpresas.

Nunca sabemos si rezar para que vengan las lluvias o para que no vengan.



La Vaca llama a nuestra puerta a primera hora de la mañana. Nunca la llamamos *Vaca* a la cara, aunque no creo que le importase. Su verdadero nombre es Sopeap Sin, que significa *la bella y la amable*. Sus padres debían de estar ciegos o locos cuando le pusieron ese nombre.

Sopeap es una mujer amargada, brusca y antipática que lleva toda la vida en Stung Meanchey. Algunos cuentan –puede que sea una leyenda, puede que no– que es la hija ilegítima de Vadavamukha, un dios celeste con cuerpo de hombre y cabeza de caballo. (El hecho de tener un padre con cabeza de caballo explicaría muchas cosas). Cuenta el mito que, durante años, el dios escondió a su hija en un cubo de basura para ocultar sus infidelidades a su esposa Reak Ksaksar, la diosa de la sangre. Pero, cuando Reak empezó a sospechar, Vadavamukha arrojó el cubo de basura desde el cielo. El cubo acabó aterrizando en Stung Meanchey, con Sopeap dentro. Y, desde entonces, la Vaca vive aquí.

Por supuesto, yo no termino de creerlo. Ningún dios celeste, tenga o no cabeza de caballo, malgastaría un cubo de basura nuevo en Sopeap Sin.

A veces, Sopeap rebusca en la basura como todo el mundo. Pero normalmente se pasa el día durmiendo, diciendo palabrotas y bebiendo licor de arroz. Sin embargo, a

principios de mes –el único momento que está remotamente sobria–, Sopeap recauda el alquiler para los propietarios entre las familias pobres de Stung Meanchey. Además de la *Vaca*, también la llamamos *la cobradora del alquiler*.

Sopeap no suele perder el tiempo.

—¿Tienes mi dinero? –pregunta, como si fuera una profesora enfadada.

Yo me meto la mano en el bolsillo, saco toda la fortuna que tengo y se la doy (salvo un poco que he reservado para comprar la cena de esta noche).

Pero Sopeap no necesita contarle para saber que no es suficiente.

—¡Con esto no basta! ¡Necesito el resto!

Cuando estoy a punto de murmurar una excusa, Sopeap empieza a regañarme.

—¡Estúpida holgazana! ¿No sabes que hay gente esperando para ocupar esta chabola?

Su comentario sería divertido si no fuera cierto. No la primera parte, puesto que ni Ki ni yo somos holgazanes, sino el hecho de que haya gente esperando para vivir en Stung Meanchey. Me muero de risa solo de pensarlo.

—¿Se puede saber de qué te ríes? –grita Sopeap–. Si no me pagas, tendré que echarte de aquí. ¡Estúpida!

Me dan ganas de darle una patada en sus enormes ubres, pero en vez de eso entrelazo las manos en un gesto de súplica.

—Teníamos el dinero, pero Nisay enfermó. Esta semana tuvimos que comprarle medicinas americanas.

—¡Excusas! –gruñe.

Cuando estoy de buen humor, me pongo a contar las veces que Sopeap repite la palabra *excusas*, pero esta vez parece enfadada de verdad, así que hago un esfuerzo para ponerme seria.

—Hoy tendrás tu alquiler, te lo prometo. Ki Lim ha salido a trabajar a primera hora de la mañana. Conseguiré reunir más que suficiente –digo, tratando de transmitir confianza.

—¿En un solo día? ¡Eso es imposible! –grita.

Yo asiento de forma circular, no queriendo decir ni que sí ni que no. Sopeap me observa detenidamente mientras toma un sorbo de su botella.

—Sang Ly –dice–, los propietarios quieren su dinero. No me queda más remedio que cumplir con mis obligaciones. Esta noche volveré.

En el vertedero no nos preocupa la moda, pero, cuando Sopeap se da la vuelta, no puedo evitar echarme a reír. Independientemente de la época del año, la mujer lleva siempre unos horribles calcetines marrones que cuelgan ridículamente de sus gordos tobillos.

Sopeap parece adivinar que me estoy burlando de ella porque, sin darse la vuelta,

vuelve a repetir su amenaza:
—¡He dicho esta noche!



၆

CAPÍTULO 2

En Stung Meanchey, el sol no hace distinciones. Abrasa por igual a ancianos y jóvenes, gordos y flacos, humildes y orgullosos. Mi marido suele decir que, en este lugar concreto de Camboya, el sol brilla solo para los pobres, y tiene razón, porque aquí no vive ningún rico. El sol se ceba especialmente en los recolectores –los que escarban en la basura–, así que deben llevar camisetas de manga larga y pantalones hasta los tobillos, metidos en unas pesadas botas de goma para protegerse de los insectos, la suciedad y el fuego.

El trabajo es agotador en este lugar, donde las familias más pobres de Nom Pen se ganan la vida con lo que tiran los demás, una vida en la que la esperanza del mañana se vende para satisfacer el hambre de hoy.

Para aguantar las largas jornadas, muchos recolectores se toman un descanso a primera hora de la tarde y comen en unos cobertizos improvisados. Dichos refugios son temporales, y consisten en un sencillo suelo de cartón (el cartón nunca falta en Stung Meanchey), unas cañas de bambú atadas para formar un armazón y un toldo de tela para dar sombra.

Aunque la mayoría de los cobertizos son toscos y rudimentarios, algunos son bastante elaborados, e incluso auténticas obras de arte. A veces, un cobertizo que ha requerido cierto esfuerzo se convierte en algo más que un lugar temporal para descansar; puede ser un oasis en medio de la inmundicia, un centro de reunión.

He advertido este fenómeno especialmente entre las recolectoras. Puede que se trate de una competición inconsciente. Jorani Kahn tapa su cobertizo con una tela de flores en lugar de un trapo sucio. Dara Neak sobrepone varias capas de cartón en el suelo para ofrecer un lugar cómodo donde sentarse. Sida Pot lleva una gran cacerola de agua para invitar a sus amigas. Incluso aquí, en Stung Meanchey –o tal vez *especialmente* aquí–, la gente sigue buscando la aceptación social.

Pero, a pesar de los esfuerzos, los intentos de permanencia son efímeros.

A veces, los buldóceres dejan los cobertizos intactos durante varios días. Pero otras, un bonito cobertizo que se ha tardado varios días en construir amanece convertido en una mezcla de esperanzas aplastadas y basura descompuesta. Es una lección que se aprende muy pronto en Stung Meanchey. Aun así, no se trata de una invitación al desaliento, sino

a la perseverancia. Al igual que hacen las hormigas con su nido, nosotros regresamos al lugar, evaluamos los daños e inmediatamente empezamos las obras de reconstrucción.

Aunque muchos cobertizos son bonitos, e incluso acogedores, nadie en su sano juicio se atrevería a dormir en ellos; a no ser que quieras morir aplastado por una montaña de basura ardiente y apestosa. Ki dice que el sobrino de un amigo de su primo murió así, pero yo creo que solo pretende asustarme. Siempre que le pido que me presente al amigo de su primo, me dice que no tiene tiempo.



Cuando llego con Nisay a la zona de los cobertizos, lo primero que hago es buscar a Ki. Aún es pronto para que los recolectores se tomen un descanso, así que los camiones siguen trabajando. Aunque reconozco a algunos recolectores, hay muchos que no los he visto nunca. En el vertedero siempre hay caras nuevas.

Llevo su arroz en una lata, salvo un poco que he reservado para dar de comer a Nisay. Cuando por fin veo a mi marido, agito una mano en el aire para llamar su atención. Él me indica con un gesto que vendrá enseguida.

Con Nisay dormido en mi cadera izquierda, busco un lugar donde sentarme.

—¡Sang Ly! ¡Aquí!

Es Gordito feliz. Siempre que nos ve, el muchacho nos llama para invitarnos a su cobertizo. Se trata de un refugio bastante rudimentario, pero yo acepto su oferta y coloco a Nisay en el cartón, a la sombra del toldo. Nada más dejarle en el suelo, mi hijo empieza a llorar, pero yo decido dejarlo donde está. Ya se quedará dormido con el calor.

—¿Has venido a traerle la comida a Ki? —pregunta Gordito, con su alegría habitual.

—Claro. ¿Y tú? ¿Ya has comido?

El chico asiente, satisfecho.

Desconozco el verdadero nombre de Gordito, pero estoy segura de que salió del vientre de su madre tal como es ahora: regordete y feliz. Pero, como es un niño abandonado, no hay padres a los que preguntar. Le llamamos *Feliz* porque siempre está contento. Además, tiene motivos para estarlo: Gordito tiene una extraña habilidad para encontrar dinero entre la basura. Y le llamamos *Gordito* porque... en fin, porque está gordito. Muchos dicen que Gordito se parece a un Buda chino (no confundir con el Buda camboyano, que es bastante delgado). A él le gusta la comparación y, desde el año pasado, se dedica a coleccionar estatuas de Buda que encuentra entre la basura. Ahora, en su chabola hay tantos budas que cualquiera pensaría que el chico es religioso, que está

loco o que está deseando hacerse monje.

A pesar de su apodo, la vida de Gordito no ha sido fácil. Cuando tenía siete años fue abandonado en el vertedero, un poco antes de que llegáramos nosotros. Aunque yo nunca sería capaz de abandonar a mi hijo, he visto muchas situaciones desesperadas en mi vida para comprender a las mujeres que lo hacen. Pero hay algo que no termino de entender: con todas las opciones que hay para dejar a un niño –orfanatos, monasterios, clínicas extranjeras–, ¿cómo es posible que su madre lo abandonara en un vertedero, un sitio donde van a parar los objetos inservibles?

Aun así, Gordito consiguió sobrevivir.

Prak Sim, otro huérfano de cuatro años, le enseñó a rebuscar entre la basura. A pesar de la diferencia de edad, ambos se volvieron inseparables: eran amigos, trabajaban juntos, vivían juntos... Pero, hace ocho meses, Prak Sim fue atropellado por un camión de la basura. Si yo hubiera perdido a mi familia en este lugar tan aislado y deprimente, me habría arrojado a las inmensas ruedas de un camión. Pero Gordito no lo hizo. Sigue tan feliz como siempre.

Ki se acerca a nosotros arrastrando una bolsa. Cuando lo ve, Gordito esboza una enorme sonrisa.

—No sé si mi marido ha llenado la bolsa de piedras, o es que ha tenido mucha suerte –digo, esperando a que Ki nos ofrezca una explicación.

—Esta mañana ha venido un camión cargado de tuberías –dice mi marido–. Nada más oírle, nos hemos reunido a su alrededor para disputarnos su contenido. Yo he conseguido reunir unos cuantos tubos.

Gordito asiente con entusiasmo, como si ya lo supiera. Entonces me doy cuenta de que el chico está sentado en una bolsa llena de metal.

—¿Sabes lo que significa eso? –pregunta Ki.

—¿Que esta noche vamos a cenar? –pregunto irónicamente.

—No. Que vamos a pagar a la Vaca. Ya verás. Se le va a reventar una ubre del susto.

Gordito se echa a reír como un chacal, y yo también.

—Ah, casi se me olvidaba –añade Ki, inclinándose para coger la bolsa. Después de rebuscar en su interior, mi marido saca un libro–. Está muy viejo, pero estoy seguro de que a Nisay le gustará.

Tomo el libro entre mis manos y empiezo a pasar sus páginas. El libro tiene los bordes desgastados y la cubierta manchada de agua, pero las ilustraciones del interior están intactas. Aunque no puedo leer las palabras, me imagino que es un libro para niños. Es un regalo perfecto.

—¿Dónde lo has comprado? –pregunto.

—En ningún sitio. Lo encontré esta mañana, antes de que llegara el camión de las tuberías. Meng lo vio primero, pero, cuando le recordé que Nisay había estado enfermo,

me lo cedió.

—Qué amable.

—Toma el dinero que necesites y vete a comprar cerdo y papaya para cenar. Esta noche vamos a celebrarlo. ¿Quién sabe qué más puedo encontrar?

Mientras me abro camino entre la basura, las palabras de mi abuelo resuenan en mi mente: «Hoy va a ser un día de suerte».



A pesar del sol, camino con la cabeza alta entre los desperdicios.

—Estoy deseando ver la cara que pone Sopeap —le digo a Nisay, que no deja de protestar—. Al principio no le diré nada. Cuando me pida el dinero, me limitaré a bajar la cabeza y esperaré a que se ponga hecha una furia.

Hago una pausa para que Nisay reconozca que su madre ha tenido una idea brillante. Mi hijo no dice nada, pero no estoy dispuesta a dejarme llevar por su falta de entusiasmo.

—Tendré que hacer un esfuerzo para no reírme —le digo—. Pero aguantaré sin decir nada hasta que me llame estúpida veinte veces. Entonces levantaré la cabeza y le preguntaré si ha terminado. Sopeap se quedará tan sorprendida que tendrá que callarse. Entonces, cuando exhale un largo y fétido suspiro y se disponga a hablar, abriré los dedos y le enseñaré el resto del alquiler de este mes y parte del siguiente. Si tarda en cogerlo, le pondré el dinero en la mano y señalaré la puerta, diciendo: «¡Ahora sal de mi casa!».

He descrito tan bien la escena que me dan ganas de ponerme a aplaudir. Pero es muy difícil aplaudir con un niño en una mano y un libro en la otra.

—Nisay —digo—, tu madre piensa plantar cara a la cobradora del alquiler.

Entonces, mi hijo se echa a reír.



Nisay está sentado en mi regazo. Ahora se encuentra mejor, así que aprovecho para inspeccionar su regalo. Señalo un dibujo y espero su reacción. Pero mi hijo se empeña en

agarrar las páginas para llevárselas a la boca.

Aparto el libro, pero Nisay no se da por vencido.

—Voy a leerte un cuento —digo, como si eso lograra convencerle de no masticar las hojas.

El dibujo de un árbol adorna la primera página. Debajo hay una madre camboyana acunando a su hijo. Debe de hacer mucho viento, porque las hojas del árbol caen encima de ellos. No tengo ni idea de lo que dicen las palabras, de modo que señalo a los personajes para crear mi propia historia.

—Esta mamá quiere mucho a su hijo, igual que yo a ti.

Aunque sea verdad, reconozco que es una manera ridícula de empezar una historia. Seguro que Nisay está pensando que su madre es un fraude. Cuando paso la página siguiente, veo que la madre y el hijo han escalado una enorme montaña. Luego paso la siguiente y observo que están a orillas de un inmenso océano. ¿Cómo pueden viajar tan deprisa? Si lo hubiera escrito yo, este cuento sería distinto.

Mientras intento pensar un argumento, oigo que mi marido se acerca. Seguro que se lleva una sorpresa cuando nos vea leyendo. Pero, cuando le oigo balbucear, me doy cuenta de que no es Ki, sino Sopeap, que sigue borracha y ha venido a por el dinero.

—Pasa —le digo.

No quiero que entre en casa sin mi permiso.

Dejo a Nisay en el suelo y el libro fuera de su alcance, al menos de momento. A continuación salgo a atender a Sopeap.

Está anocheciendo, y, cuando abro la tela, tardo unos segundos en acostumbrarme a la oscuridad. De pronto siento un vuelco al corazón. No es Sopeap. Es Ki, que está en el suelo, arrastrándose hacia la casa. Tiene la camiseta manchada de sangre, que mana sin parar de una herida bajo su oreja derecha. Trata de hablar, pero solo consigue escupir sangre.

No entiendo sus palabras, pero sé perfectamente lo que ha ocurrido.

Hay un montón de bandas merodeando por el vertedero. A mi marido le han robado.



Ya no hay más sueños, ni más visitas del abuelo, ni más *suerte*. Por la mañana, la esterilla amanece manchada de grandes círculos rojos. Ki ha dormido con un trapo en la herida, pero, cuando se incorpora, caen unas gotitas de sangre fresca, que se persiguen por su cuello magullado y cetrino.

—Ki, sigues sangrando –susurro, para no despertar al niño. Me acerco a él y presiono el trapo sobre su cabello apelmazado—. Tiene que verte un médico.

—No tenemos dinero –confiesa, decepcionado.

—Tengo lo que sobró ayer –le digo–, y mi madre puede prestarnos algo más.

—Sang Ly, tu madre apenas consigue sobrevivir.

Tiene razón.

—Entonces cojamos lo poco que tenemos –le digo—. Hay que intentarlo. Yo te acompañaré.

Pero, cuando voy a despertar a Nisay, mi marido me interrumpe.

—¡Quédate aquí con el niño!

Su voz es dura y áspera.

—No puedes ir tú solo –le digo—. Y menos así.

—Sang Ly –responde, con tono autoritario–, he dicho que *te quedas aquí con el niño*.

En vez de discutir, le doy el dinero que queda y le ato un trapo limpio en la herida.

Ki se levanta para ponerse las sandalias.

Me gustaría ir con él, al menos para ayudarle a atravesar el vertedero, pero el llanto de Nisay me recuerda que tengo que limpiarle.

Quería mucho a mi abuelo y le recuerdo con mucho cariño. Al fin y al cabo, fue él quien me crio. Aun así, decido mirar al cielo y poner fin a nuestra conversación. Me imagino pellizcándole las mejillas una vez más. Ya no tengo manos de niña, sino de mujer, y mi mensaje es muy simple:

—Buena suerte, abuelo. Necesitábamos *buena* suerte.



Al atardecer, ya he conseguido limpiar la sangre del suelo y estoy dando vueltas por la chabola, haciendo las tareas domésticas.

Mi marido aún no ha vuelto.

Entonces escucho una voz.

—¿Sang Ly?

No es Ki. Es Sopeap, que ha vuelto a por el dinero. Me quedo paralizada, pero Sopeap vuelve a llamarme, esta vez con más fuerza.

—¡Sang Ly!

Me planteo no responder, pero es imposible esconderse en una chabola de una sola habitación. Sopeap solo tiene que abrir la cortina para encontrarnos. Entonces mi hijo se

echa a llorar, delatando nuestra presencia.

—¡Traidor! —murmuro.

Me acerco a la cortina y la agarro por un extremo. Antes de abrirla me llega un fuerte olor a alcohol. No intercambiamos ningún tipo de saludo.

—¿Tienes el resto del dinero? —pregunta Sopeap.

Agacho la cabeza, pero esta vez no estoy fingiendo.

No tenía que haber imaginado un plan tan cruel para vengarme de ella. Seguro que los antepasados me están castigando por mi exceso de orgullo, a mí y a mi familia. Me gustaría explicárselo todo, pero sé que es inútil.

—No. Lo siento.

Sopeap ladra mucho, pero nunca muerde. Sin embargo, esta vez enseña los dientes. Su gruñido es profundo y amenazador; su mirada, fría e implacable.

—¡Mañana mismo os marcháis!

Al principio doy un paso atrás. Luego empiezo a suplicarle:

—¡No, por favor! Anoche atracaron a Ki. Le abrieron la cabeza y se llevaron todo.

Sopeap lanza un gruñido de desconfianza.

—Siempre hay una excusa. ¡Si mañana seguís aquí, llamaré a la policía!

Como si oliera mi desesperación, Nisay se echa a llorar a lágrima viva. Cuando Sopeap levanta la vista para mirar al niño, sus ojos se clavan en el libro.

Entonces se detiene. Sus hombros se desploman, su respiración se interrumpe, su mirada se extravía. La ira de hace un momento desaparece. Sopeap da un paso adelante y entra en nuestra casa, como si no pudiera creer lo que ven sus ojos. A continuación avanza otro paso y abre la boca, pero no dice nada. Durante varios minutos, se limita a guardar silencio.

Trato de leer sus ojos. Me esfuerzo en comprender lo que está pasando, pero, al igual que en mi sueño, no logro entenderlo. Sopeap se acerca a mi hijo. Yo me apresuro a recoger a Nisay del suelo.

Pero Sopeap no nos presta atención.

Al principio, el sonido es muy débil. Con el llanto de Nisay, me cuesta percibir de dónde sale. Parece el lamento de un animal herido. Pero entonces advierto que procede de la propia Sopeap.

El llanto se intensifica. Es un lamento triste y doloroso, como si toda la oscuridad de la tierra estuviera conspirando para acabar con su existencia. Gimiendo, Sopeap se arrodilla ante el libro. Al principio parece que le da miedo tocarlo. Después acaricia la cubierta con los dedos y lo coge como si fuera un tesoro.

Hay que reconocer que el libro es bonito, pero está muy viejo y estropeado. Sopeap lo abre con sus manos sucias y pasa una página. Luego se queda dudando un momento y pasa la siguiente. Sus ojos se clavan en los dibujos, como si cada una de las imágenes

sirviera para confirmar que lo que está viendo es real y no un sueño.

Su lamento se acentúa. Entonces empiezo a entender que Sopeap —una persona a la que yo juzgaba sin sentimientos— está sufriendo profundamente, y yo no sé qué hacer para consolarla. Me acerco a ella y le pongo una mano en el hombro, pero ella no responde. En lugar de eso, se pone a acunar el libro adelante y atrás, adelante y atrás. Yo retrocedo. Siento que, aunque esté en mi propia casa, no debería presenciar, ni siquiera como testigo, tanto sufrimiento.

Me gustaría que Ki regresara para ayudarme a entender lo que está pasando. Pero mi marido no vuelve y, durante lo que parece una eternidad, Sopeap no se mueve del suelo. Entonces, gradualmente, el lamento se apaga, la respiración se calma, el balanceo se detiene. Sin decir una palabra, Sopeap se levanta, aparta la cortina y sale de la casa.

Yo la sigo.

Apenas ha avanzado tres pasos cuando se da cuenta de que la estoy siguiendo. Entonces mira el libro, luego a Nisay y finalmente a mí. Cuando mira el libro por segunda vez, adivino lo que está pensando y le digo:

—Puedes quedártelo si quieres.

Sopeap no responde. Pero ha debido de entenderme, porque se da la vuelta y echa a correr. Pronto es engullida por el humo del vertedero.

Vuelvo a colocar a Nisay en la esterilla, incapaz de entender lo que ha pasado. Mientras sigo con mis tareas —jugar con mi hijo, limpiar su diarrea, ordenar la chabola—, rememoro una y otra vez la escena que acabo de presenciar.

¿Cómo es posible que una mujer tan sumamente fría y desagradable se emocione de esa manera? Pero hay algo más. Pienso en Sopeap estudiando cada una de las páginas del libro...

—¡Ya está! —exclamo en voz alta.

Hago una pausa para que mi cerebro logre procesar mi nuevo descubrimiento.

Los ojos de Sopeap, su manera de observar los dibujos, el tiempo que se detenía en cada página, el suave movimiento de sus labios... ¿Será posible? Sí, estoy segura. ¡Sopeap Sin, más conocida como la Vaca, sabe leer!



Cuando mi marido regresa, ya es de noche. Enciendo una lámpara de aceite para alumbrarle. No para de sonreír. La venda que lleva atada en la cabeza contrasta con la oscuridad de su piel, que por fin ha recuperado su color.

—Menos mal que has vuelto. Estaba muy preocupada por ti.

—Estoy bien –responde tranquilamente.

Demasiado tranquilamente.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—*Parlez-vous français?*

—¿Qué?

—Yo tampoco le entendí. Hablaba en francés. Me cosió la herida, me puso una inyección y ahora me siento *de maravilla*.

Ya no está enfadado. Ahora tiene las pupilas increíblemente dilatadas y habla muy despacio.

—¿Cuánto le debemos? –pregunto, aunque odio sacar el tema. Pero, curiosamente, a Ki no parece importarle.

—Era gratis. Fui a la clínica que está al lado del hospital ruso, en la avenida Khemarak. Ya sabes, la clínica francesa.

Arqueo una ceja.

—¿La clínica francesa? Pero si ahí solo atienden a mujeres embarazadas. Y a niños.

Lo sé porque hace unas semanas llevé allí a Nisay.

Los ojos dilatados de Ki pestañean.

—Sí, pero me desmayé en su sala de espera. ¿Qué querías que hicieran? Estaba manchándoles el suelo de sangre.

Ki se echa a reír. No puedo evitar seguirle, aunque me hace más gracia su estado de embriaguez que la historia.

—¿Y qué te inyectaron?

—¡No lo sé, pero funciona!

—¿Entonces sigues conservando el dinero?

A pesar del efecto de las drogas, Ki se pone serio por primera vez desde que llegó. Luego sacude la cabeza de un lado a otro y aprieta los puños.

—Sang Ly, ya no tenemos que preocuparnos por las bandas.

—¿Por qué no?

Ki suspira profundamente y se arremanga el pantalón. Bajo la luz de la lámpara distingo, atado a su tobillo, la inconfundible silueta de un largo cuchillo de caza.



A la mañana siguiente le quito la venda e inspecciono la herida. Aunque le sigue

doliendo, el cosido es admirable. Ya ha dejado de sangrar, y estoy segura de que conseguirá sobrevivir, al menos un año más. Me apresuro a darle la noticia:

—¡Doctor, me parece que el paciente va a sobrevivir!

Pero a Ki no le hace gracia. Cuando termino de cambiarle la venda, vuelve a tumbarse en el suelo. Las drogas de la felicidad son ahora un recuerdo lejano.

Sin dar ninguna explicación, me pongo los pantalones, los calcetines y las botas. Luego me levanto para coger los guantes y un sombrero de paja.

—Voy a salir al jardín —bromeo.

Teniendo en cuenta que se ha acabado el arroz, me parece que no me queda otra opción. Ki no está en condiciones de trabajar, así que tendré que sustituirle. Mi marido me mira como si me hubiera vuelto loca. Como no dice nada, vuelvo a insistir:

—Voy a salir de caza. Volveré dentro de un rato.

Puede que las drogas perjudiquen los sentidos. O puede que yo no sea tan graciosa. El caso es que mi marido sigue sin reaccionar. No me queda más remedio que ir al grano:

—Vigila al niño, Ki. Voy a buscar en la basura.

Cojo un saco de tela y salgo a saludar al nuevo día. Luego miro al cielo y dirijo un pensamiento a mi abuelo: *No se te ocurra volver a molestarme, abuelo. No tengo tiempo para tu buena suerte.*



He oído que hay una carrera universitaria que estudia las civilizaciones escarbando en sus capas de basura. Si eso es cierto, si de verdad hay una carrera llamada *Somran Vichea*, o basurología, Dara Neak dice que yo debería ser la mayor experta. Eso me lleva a plantearme una pregunta: si la gente supiera que alguien va a fisgonear en su basura, ¿no empezaría a tener más cuidado con lo que tira?

Una de las primeras cosas que he aprendido estudiando el vertedero es que ganarse la vida aquí es tarea imposible. Pero, si sigues empeñado en conseguirlo, hay tres técnicas de recolección que deberías conocer.

El primer método es tan arriesgado que hasta el propio Ki ha acabado renunciando a él. La cicatriz que luce en el tobillo es una prueba de su peligrosidad. Por la noche, cuando las montañas de basura arden débilmente y el fuego está a punto de consumirse, ni siquiera los buldóceres se molestan en apagarlo. A la mañana siguiente, todo lo que es combustible o tóxico ha ardido, dejando una capa de ceniza que alberga fragmentos de

metal, listos para meterlos en la bolsa. Este método de recolección es muy peligroso porque, si caminas sobre las cenizas antes de tiempo, los fragmentos de metal pueden quemarte las botas en cuestión de segundos. Algunos se aventuran en las cenizas por la noche, argumentando que el brillo del metal les permite saber dónde pisar. Aunque es cierto que los recolectores más experimentados (o estúpidos) se ganan la vida así, muchos terminan lisiados y mendigando en las calles de Nom Pen (algo mucho peor que rebuscar en la basura en Stung Meanchey).

Otro método alternativo, y quizá el más popular (el preferido por Ki), consiste en ponerse al lado de los camiones cuando van a descargar. Teniendo en cuenta que los conductores pueden atropellarte por pura diversión, este método implica estar alerta en todo momento. Además, es muy competitivo y peligroso. Todo el mundo se empuja, agitando sus ganchos metálicos para romper las bolsas de basura y buscar fragmentos de vidrio, metal o plástico.

El último método de recolección, que es el que yo prefiero, consiste en trabajar lejos de los camiones, en zonas abiertas. Es un método menos peligroso y competitivo, pero, desgraciadamente, también es el menos fructífero. No requiere rapidez, sino perseverancia. Si eres paciente, puede merecer la pena. Es el método preferido por los ancianos, los niños y los enfermos. Yo lo prefiero porque permite que mis ojos y mis manos se desconecten de mi cerebro. Puedo trabajar como un robot, y eso me da tiempo para pensar. Sin dinero, sin arroz, con un niño enfermo y un esposo herido, tengo muchas cosas en que pensar.

Siempre le digo a Ki que no debe mandarme a trabajar al vertedero. No solo porque pueda morir atropellada por un camión, abrasándome las piernas o cayendo en un charco de residuos tóxicos, sino porque tengo mucho tiempo para pensar. Mis pensamientos se mezclan con las emociones, y ambos empiezan a acumularse como las montañas de basura que me rodean. Se acumulan capa tras capa, mes tras mes, chocando entre ellos, descomponiéndose y calentándose. Hasta que un día explotan.

¿Dónde habrá aprendido Sopeap a leer? ¿Cómo es posible que una mujer tan fría como ella se eche a llorar como una niña? ¿Servirá el cuchillo de Ki para protegerle de las bandas? Si a mi marido le matan, ¿podremos sobrevivir mi hijo y yo solos en el vertedero?

Cuando termino de trabajar, ya es de noche. He llenado el saco con unos trozos de plástico y unas latas que acarreo sobre la espalda. Llevo el saco a los compradores, que pesan su contenido y lo valoran. Me ofrecen menos de lo que esperaba, pero no tengo fuerzas para regatear. Cojo mi dinero y voy a la tienda, donde compro dos kilos de arroz y algunas verduras. La dependienta me dice que estoy muy callada. Yo me encojo de hombros, cojo mi comida y me voy a casa.

Estoy muy callada porque mi cerebro lleva todo el día luchando contra la frustración,

consumiendo toda mi energía. Al anochecer, mi cerebro se ha declarado vencedor y ha empezado a pensar un plan. Mi abuelo siempre creyó en la buena suerte, pero yo estoy muy cansada para seguir esperándola. Llevo todo el día sin hablar con mi abuelo, porque sé que, si lo hago, va a enfadarse conmigo. No quiero decirle que la suerte... en fin, que la suerte me ha abandonado. Es como esa amiga que consigue trabajo en la ciudad y, cuando empieza a ganar dinero, deja de visitarte. La suerte se ha marchado para no volver.

¿Qué hacer cuando los antepasados dejan de escucharte? De pronto, las palabras de mi abuelo resuenan en mi mente: *Pensar un plan es fácil. Lo difícil es llevarlo a cabo.*

Y queda otra pregunta: ¿funcionará? ¿Pensará todo el mundo, incluido Ki, que me he vuelto loca? Aunque sin duda se extrañará, no creo que mi esposo sea el más sorprendido. La más sorprendida va a ser Sopeap Sin.



၆၈

CAPÍTULO 3

—¿Hola?

La voz es tan ronca que tardo unos segundos en reconocerla. Cuando abro la cortina, me encuentro con Sopeap. No tiene buen aspecto.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunta.

Ahora sí que estoy preocupada. No por su mal aspecto, sino porque Sopeap *jamás* me ha pedido permiso.

—Claro —respondo.

—¿Cómo está... Ki Lim? He oído que está... herido.

Sus palabras se tropiezan, como si estuvieran tan borrachas como ella.

No estoy segura de qué quiere. Sopeap nunca se ha preocupado por Ki. Ni por él, ni por nadie. Antes de que pueda responder, la mujer murmura la verdadera razón de su visita.

—¿Puedo comprarte el libro?

Sopeap me enseña el libro de Nisay, como si hubiera olvidado completamente la noche que se marchó con él.

—El libro es tuyo. Te lo regalé cuando...

No sé cómo terminar la frase sin ofenderla. Afortunadamente, Sopeap me interrumpe.

—¿Cuánto quieres?

—No lo entiendes, Sopeap. *Te lo regalo.*

Sopeap me mira como si estuviera hablando una lengua extranjera. Tarda varios segundos en asimilar la información.

—Gracias —dice al fin.

La palabra *gracias* en los labios de Sopeap es tan extraña como el aire fresco en Stung Meanchey. Lo que dice después me desconcierta todavía más.

—Este mes el alquiler está pagado.

Me quedo mirándola con la boca abierta. Sopeap Sin, la cobradora del alquiler, la persona más tacaña que conozco, me está perdonando el dinero de este mes.

Entonces se me ocurre que debo de estar soñando. Me muerdo el labio, pero me duele. A continuación echo un vistazo a mi alrededor. Sigo en mi casa, en el vertedero.

Si estuviera soñando, estaría en un lugar mucho más bonito que este.

—Muchas gracias –contesto al fin—. No sabes lo mucho que significa eso para nosotros.

Sopeap me mira, como si quisiera añadir algo más.

—La otra noche estaba... En fin, me pasé el día bebiendo. Así que no me acuerdo bien de...

Ahora me toca a mí interrumpirla.

—Sopeap, no hace falta que me des explicaciones.

Pero es mentira. Necesito entenderla. Y, lo que es más importante, necesito preguntárselo. Paso tanto tiempo debatiendo conmigo misma que Sopeap da la conversación por terminada y se da la vuelta para marcharse. Pero no ha dado ni tres pasos cuando alzo la voz para llamarla.

—¿Sopeap?

Ella se detiene, da media vuelta y pregunta:

—¿Sí?

—¿Podrías enseñarme a leer?



—No me gusta, Sang Ly. No me parece bien.

Pensaba que mi marido se alegraría. ¿Es que no se da cuenta de que, si aprendo a leer, podré enseñar a Nisay? Nuestra única esperanza es apuntarle a una escuela benéfica cuando sea mayor, pero hay miles de niños pobres en Camboya y muy pocas plazas. Como madre, necesito tener alguna esperanza en el futuro.

—Está bien. Si no es a mí, que te enseñe a ti –le digo.

Eso le irrita todavía más.

—No seas estúpida. ¡Mi trabajo es hurgar en la basura para poder comer!

—Lo siento. No quería ofenderte. Es solo que... –¿cómo explicarlo?—. Ki, si no damos a Nisay una oportunidad para mejorar en la vida...

Ki emite un suspiro, no sé si de enfado o de rendición.

—No quiero que Sopeap se acerque a nuestro hijo –confiesa—. Es una bruja y no me fio de ella.

Le cuento a Ki las condiciones que ha puesto la propia Sopeap. Me da la impresión de que no las entiende. Ni siquiera yo termino de entenderlas. Después repaso la conversación que mantuve con ella.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres aprender a leer? —me preguntó Sopeap, visiblemente incómoda.

Tenía que haber preparado una respuesta, pero no lo hice. Y, para empeorar las cosas, Nisay, que hasta entonces estaba durmiendo, se despertó de un sobresalto y empezó a berrear. Entonces me di cuenta de que ahí estaba la respuesta.

—Quiero enseñar a mi hijo a leer historias, como las que contiene ese libro... para que tenga un futuro mejor.

—¿Por eso me regalaste el libro? ¿Para que te enseñara a leer?

Con cada palabra, su tono se fue endureciendo.

—No... Bueno, sí. Me di cuenta de lo mucho que significaba el libro para ti y pensé que tú lo entenderías. Quiero enseñar a mi hijo a leer para que consiga salir de este vertedero.

—¿Qué tiene de malo este lugar? —preguntó Sopeap, como si viviéramos en el paraíso.

¿Lo decía en serio? ¿Acaso se había quedado ciega por el humo? ¿Acaso había perdido el olfato con tanta basura? Por alguna extraña razón, su pregunta me irritó. Cuando le respondí, lo hice bruscamente.

—¿Es que el alcohol te ha hecho perder la cabeza? —pregunté con disgusto.

Pensé que Sopeap se iba a enfadar. Pero en vez de eso me miró como si por fin estuviera hablando su idioma. Luego frunció sus labios gordezuelos, pero no dijo nada. Yo aproveché aquella pausa para intervenir.

—La única manera de que mi hijo se cure es sacarle de Stung Meanchey.

—¿Qué le pasa a tu hijo? —preguntó.

—Está enfermo. Siempre ha estado enfermo. Ya lo has visto. Hemos probado remedios tradicionales, le he llevado a distintos médicos: franceses, camboyanos, americanos... Le dan medicinas pero, cuando se acaban, vuelve a enfermar. Tengo que hacer algo para ayudarlo. Y tengo que hacerlo *ahora*.

Sopeap frunció el ceño.

—¿Y crees que ese algo es enseñarle a leer? Si las medicinas no funcionan, ¿por qué crees que la lectura le ayudará?

¿Cómo podía explicarle la extraña intuición que me empujaba a actuar?

—Sopeap —le dije—. No pretendo sustituir una cosa con la otra. Sé que aprender a leer no curará su cuerpo. Pero quiero ofrecerle algo que le ayude a luchar. Estoy segura de que leer le dará valor para salir adelante.

Después de recoger a Nisay del suelo, lo acuné en mis brazos para calmar su llanto. Sopeap miró a mi hijo por primera vez. Tal vez mis argumentos estaban surtiendo efecto. Mientras lo observaba, Sopeap empezó a mover la cabeza de un lado a otro, como si los recuerdos le hicieran perder el equilibrio.

—No dejo de llevarle al médico y de buscar respuestas —proseguí—. Pero nada cambiará hasta que él quiera curarse. No puedo seguir confiando en la suerte. Así que, por ingenuo que parezca, creo que leer puede ayudar a mi hijo. Estoy segura de que leer le dará esperanzas.

A pesar de la pobreza de mis argumentos, mi súplica era de corazón, y se merecía un respeto. Pero no obtuve nada de eso. En lugar de mostrar comprensión, la respuesta de Sopeap fue cortante y mordaz.

—Si lo que buscas es esperanza —dijo con sarcasmo—, debes saber que la esperanza murió en Stung Meanchey.

Luego me miró, impertérrita. Yo no estaba segura de si hablaba en serio o no. No había ninguna simpatía en su voz. Mientras la miraba fijamente, me di cuenta de lo mucho que despreciaba a aquella mujer. Nuestros ojos establecieron una batalla silenciosa.

Pero yo fui la primera en pestañear.

—Puede que la esperanza muriera en Stung Meanchey... —respondí, señalándola con el dedo— ¡o puede que la que muriera en Stung Meanchey hayas sido *tú!*

Luego di un paso atrás, temerosa de su reacción.

Pero Sopeap guardó silencio. Al cabo del rato se echó a reír. No era una carcajada, como si hubiera dicho algo gracioso. Tampoco era una risa burlona, como si hubiera dicho algo ridículo. Se trataba de una risa siniestra que surgía de lo más profundo de su pecho. Sus ojos oscilaban de un lado a otro, como si estuviera observando a un perro mordiéndose la cola. Mientras aguardaba en mi chabola de tres paredes, me pareció oír que también los antepasados se reían.

De pronto, todo el mundo guardó silencio.

Sopeap me miró fijamente, como si quisiera asegurarse de que no hubiera malentendidos.

—Tengo una serie de condiciones —anunció.

—¿Perdón?

—He dicho que tengo una serie de condiciones.

—Lo que sea.

—¿No quieres saber cuáles son antes de aceptarlas?

—Sí, claro.

—Primera: todos los viernes sin falta me traerás una botella de licor de arroz de la marca Bourey.

—De acuerdo. —A mi marido no iba a hacerle ninguna gracia—. ¿Algo más?

—Sí. ¿Estás sorda o qué? He dicho *condiciones*, en plural. Segunda...

Para no enfadarme, me puse a calcular mentalmente el precio de una botella de licor de la marca Bourey. No, a mi marido no iba a hacerle *ninguna* gracia.

—Harás siempre tus tareas —dijo Sopeap.

—¿Mis tareas domésticas?

—No, me refiero a tus deberes. Repite conmigo: *deberes*.

Al parecer, las clases ya habían empezado.

—Deberes —repetí.

—Muy bien. Ahora dime: ¿has hecho deberes alguna vez?

En la provincia donde crecí había una escuela, pero solo fui dos años. Tuve que dejarla para ayudar a mi madre en los campos de arroz.

—Nunca he hecho deberes —admití.

—Pues ahora los harás. Y ya puedes esforzarte. Pareces lista, pero aun así tendrás que trabajar. No pienso perder el tiempo contigo. ¿Entendido?

—Sí.

—Por último, necesitas papel, unos lápices y algo duro para escribir encima. ¿Podrás conseguirlo?

—Creo que sí.

—Con *creer* no basta, Sang Ly. Si quieres resucitar la esperanza, tendrás que *hacerlo*. ¿Podrás hacerlo?

—Sí.

—Muy bien.

Sopeap estaba a punto de marcharse cuando le pregunté:

—¿Cuándo empezamos?

—Empezaremos... ¡el viernes!



୯

CAPÍTULO 4

Tenía razón. A Ki Lim no le hizo ninguna gracia.

—¡Estás loca! ¿Tenemos que comprarle licor Bourey a esa bruja? ¿Es que no le sirve el licor normal? ¿Quién se ha creído que es?

Antes de que pueda responder, mi marido me plantea una pregunta crucial.

—Además, ¿cómo puedes estar segura de que sabe leer?

—Observé sus ojos la noche que estuvo aquí; estaba leyendo el libro de Nisay.

—¿Observaste sus ojos? —pregunta Ki, extrañado.

—Pues sí... —hago una pausa.

Es una pregunta razonable. La verdad es que no estoy del todo segura. Puede que mi marido tenga razón.

—Supongamos por un momento que *sabe* leer —sigue diciendo Ki—, aunque solo sean unas cuantas palabras. Eso no significa que sea capaz de enseñarte. Ni a ti ni a nadie.

—Puede ser...

—Además, ¿cuánto tiempo vas a tardar en aprender? ¿Quién cuidará de Nisay?

Con cada pregunta, mi preocupación va en aumento. Tenía que haberlo planeado mejor.



Hace varios días que no llueve y el calor es sofocante. Antes de acostarme, abro la cortina para que entre un poco de aire. Horas más tarde, la luz de la luna se refleja en las manecillas de nuestro reloj, que señala la dos y diez. Como no tenemos electricidad y el reloj está hueco, la hora nunca cambia. Ki lo encontró hace unos meses en la basura y yo lo colgué en la pared, porque me gustan las flores que adornan su esfera. Siempre le digo a Ki que el reloj acierta dos veces al día, y creo que esta es una de ellas.

A pesar del olor a basura, mi marido y mi hijo llevan horas dormidos. Yo alargo la mano por enésima vez para tocar los lápices usados que descansan junto a la esterilla,

como si alguno pudiera escaparse. Al igual que yo, los tres yacen en la oscuridad, esperando a que llegue la mañana.

Gordito me ayudó a encontrarlos, y, para mi sorpresa, Ki les sacó punta con su cuchillo. Los lápices descansan encima de varias hojas de papel. Los papeles no son nuevos. Cada una de las hojas tiene palabras o garabatos escritos por el otro lado. Pero no importa. Tendré espacio de sobra para escribir. Al lado de los lápices hay una botella de licor de arroz, de la marca que pidió Sopeap. Ki no quería comprarla, pero yo le recordé que este mes no tendremos que pagar el alquiler.

En medio del silencio, pienso en lo que dijo mi marido. Efectivamente, no estoy segura de que Sopeap *sepa* leer.

Me imagino el tictac del reloj en la oscuridad, contando las horas, los minutos, los segundos. Le dije a Ki que quería quedarme el reloj porque me gustaban las flores de su esfera, pero eso no es del todo cierto. Hay algo más. El reloj me recuerda que, aunque algo esté roto, puede seguir teniendo una utilidad. Algún día, cuando tenga dinero, lo llevaré a un relojero para que lo arregle. Ya sé que es ridículo, que comprar un reloj nuevo sería mucho más barato.

Pero a veces merece la pena arreglar lo que está roto.

Mis pensamientos vagan. *¿Aprenderé a leer?* Rezo a los antepasados para que me den una oportunidad. Puede que me equivoque en muchas cosas, pero creo que Sopeap sabe leer y que me enseñará. Y, al igual que mi reloj, espero acertar. Aunque solo sea por esta vez.



A primera hora de la mañana, salgo de la chabola y observo el brumoso horizonte en busca de Sopeap. La niebla es muy espesa y me cuesta distinguir las siluetas. Varios minutos más tarde, estoy segura de que ninguna de las sombras es mi nueva profesora. Saco agua de la cisterna y froto el lugar donde ha dormido Nisay, hasta que queda impoluto. Puede que Sopeap decida sentarse justo ahí. Luego lo seco lo mejor que puedo y salgo una vez más de la casa. Ni rastro de mi profesora.

Como la cortina está suelta, cojo una piedra y golpeo los clavos que sujetan la tela, para tensarla. Luego escucho unos pasos y echo un vistazo por encima del hombro. Pero solo es un vecino.

Veo que la cisterna del agua está ligeramente inclinada. Me doy la vuelta y giro el recipiente para asegurarlo en el suelo. Luego me pongo de rodillas y rodeo la base de

arena para que permanezca estable. Me imagino a Sopeap llegando en ese momento y felicitándome por ser tan trabajadora. Pero no ocurre nada de eso.

Vuelvo a la chabola y ordeno otra vez mis papeles, esta vez en función de su tamaño. Cojo un lápiz y lo acerco al papel como si fuera a escribir algo muy importante.

Cada vez que termino una tarea, mi respiración se agita, mi corazón se acelera y mis esperanzas se esfuman como la niebla. Cuando Ki regresa por la noche, me encuentra sentada en la esterilla, abrazándome las piernas. No quiero llorar. Tampoco me apetece hablar ni moverme.

Espero a que mi marido diga: «Te lo dije». Pero no lo hace. Se limita a suspirar.

—¿Dónde está Nisay? —pregunta.

—Mi madre tenía que trabajar, así que lo he dejado con Narin. Espera, te prepararé algo de cenar. Luego iremos a buscarle.

Mi prima, Narin Sok, también se trasladó al vertedero desde mi provincia. A veces, sobre todo cuando las circunstancias lo exigen, cuidamos a nuestros respectivos hijos. Como no sabía a qué hora iba a llegar Sopeap, le llevé a Nisay al amanecer, cuando Ki se fue a trabajar.

Después de preparar la cena, me quito las sandalias. De pronto, escuchamos un estruendo en la puerta, detrás de la cortina. Ki y yo nos miramos a los ojos. Es Sopeap Sin, que apenas logra mantenerse en pie.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta Ki. Parece olvidar que Sopeap sigue siendo la cobradora del alquiler y que puede echarnos de casa en cualquier momento.

Ignorándole, Sopeap me pregunta:

—¿Tienes mi licor de arroz?

Ki se interpone entre nosotras.

—No tendrás nada hasta que cumplas tu parte del trato.

—¡Apártate de mi camino! —grita Sopeap con tono amenazante, o todo lo amenazante que puede sonar una mujer borracha delante de un hombre joven y fuerte. Sopeap intenta sortearle, pero Ki la detiene.

—¿Cómo te atreves a entrar en mi casa?

No sé si mi marido pretende defenderme o vengarse de mí. Supongo que lo primero, así que me pongo a su lado.

—No te preocupes, Ki —le digo, posando una mano en su hombro—. No merece la pena —susurro—. Al fin y al cabo, siempre será la cobradora del alquiler.

Luego, sin que mi marido se dé cuenta, le doy a Sopeap su botella de licor de arroz.

—Toma —le digo—. Tú la necesitas más que yo.

Cuando está a punto de marcharse, la detengo.

—Sopeap, se te olvida una cosa.

Lentamente, le abro la mano, coloco los tres lápices en la palma y le obligo a cerrar

los dedos. Luego, antes de que pueda ver mis lágrimas, le doy las gracias por venir y me retiro detrás de la cortina.



୧୮

CAPÍTULO 5

Nada más echarme el aceite mentolado en las manos, Nisay se echa a llorar.

—Pero si todavía no te he tocado...

«No —parece decir mi hijo—, *pero estás a punto de hacerlo*».

Tiene razón, pero no me queda más remedio. Se trata de un ritual que practicaban mis padres, y los padres de mis padres, y una cola de antepasados que llega hasta el cielo. Es tan antiguo como la propia Camboya. Se llama *koah kchol*, y significa *frotar el aire*.

Para hacerlo se necesita un aceite que procede de las hojas de la *mentha arvensis*, una planta mentolada que crece en la selva. Después de extender el aceite y dejar que penetre en la piel, se coge una moneda u otra pieza de metal y se frota por el canto en la espalda, el pecho y los brazos del paciente, dando pequeños golpecitos.

La piel se restriega para que el aire tóxico salga a la superficie y se restaure así el equilibrio natural entre el frío y el calor, manteniendo en armonía estos elementos universales. Pero este remedio tiene un efecto secundario: provoca la ruptura de los vasos sanguíneos superficiales, dando lugar a unas líneas rojas similares a las rayas de una cebra, que tardan dos o tres días en desaparecer.

Hace unas semanas, después de aplicar el remedio a Nisay, vino un médico francés para ofrecer asistencia médica gratuita a los niños del vertedero. Naturalmente, quise aprovechar aquella oportunidad, pensando que por fin encontraría respuestas. Pero, cuando el médico vio las marcas de Nisay, me dijo a través de un intérprete que mi remedio era una *superstición estúpida* y una *absoluta pérdida de tiempo*. Luego insistió en que debía confiar en la medicina moderna y administrarle un tratamiento de antibióticos, que él mismo me proporcionó.

Estoy dispuesta a probar cualquier cosa con tal de ayudar a mi hijo, de modo que seguí sus instrucciones a rajatabla. Pero, cuando se acabaron las medicinas, los síntomas reaparecieron. Me gustaría encontrar a ese médico para explicarle la diferencia entre superstición e intuición, y para decirle que su solución resultó ser una *superstición estúpida* y una *absoluta pérdida de tiempo*. Pero no me dejó su dirección.

De modo que sigo buscando respuestas y, mientras froto la piel de mi hijo, trato de consolar su llanto con palabras, palabras que van dirigidas a mí más que a él.

—Cariño, yo solo quiero que te pongas bueno. Aunque sea doloroso, lo hago por tu bien. Si no hiciera nada, te pondrías peor. Te prometo que un día me lo agradecerás. Ten valor, hijo mío, y, cuando seas padre y hagas lo mismo con tu hijo, acuérdate de mí.

Como no tenemos agua corriente, tenemos que comprársela a un vecino que vive varias chabolas a la izquierda; a cambio, él paga un impuesto al gobierno (léase *soborno*) para tomarla de una tubería que desemboca en el vertedero. Una vez a la semana, tengo que traer el agua en dos grandes bidones que acarreo sobre la espalda. No me queda más remedio que hacer tres viajes, y durante el trayecto tengo que ir mirando al suelo para no perder el equilibrio. De lo contrario acabaría tropezando y derramando mi preciosa carga.

Esta mañana he dejado a Nisay en casa de Teva Mao, una vecina que vive dos chabolas más abajo. Cuando termine, tendré que cuidar a sus hijos mientras ella lleva el agua a su casa.

En el segundo viaje de vuelta casi me tropiezo con Sopeap Sin, que está sentada en medio del camino, esperándome. Cuando me detengo, parte del agua se derrama por el suelo. Estoy furiosa con ella, pero Sopeap no se da por enterada. La mujer deja el bolso en el suelo para poder gesticular mientras habla.

—Lo siento. Tuve un viernes muy complicado —confiesa.

Me dan ganas de soltarle: «¿Ah, sí? No me digas», pero no lo hago.

—No te preocupes. La verdad es que no tenías buen aspecto.

Lo que realmente me gustaría decirle es que se comportó como una asquerosa borracha, pero decido morderme la lengua.

—¿Estás preparada? —pregunta.

—¿Para qué?

—¿No querías que te enseñara a leer?

—Mmm... Sí, supongo que sí. Pero ahora tengo que recoger a Nisay... Y luego debo vigilar a los hijos de Teva Mao...

Sopeap me interrumpe.

—No te preocupes. Yo me encargo de todo. ¿Confías en Teva Mao para cuidar a tu hijo?

—Sí... Desde luego que sí.

—Entonces hablaré con ella. Tú termina lo que estás haciendo. Nos encontraremos en tu casa.

No sé qué decir.

—De acuerdo —murmuro al fin—: Ki se va a quedar muy sorprendido. Pensaba que en realidad no sabías...

Me detengo a mitad de la frase, arrepintiéndome de lo que acabo de decir. Sopeap se gira para mirarme.

—¿Pensaba que en realidad no sabía... qué? ¿Leer?

—Bueno, no estaba del todo seguro. Pensaba que a lo mejor estabas... fingiendo.
Espero que no se haya enfadado.

—Sang Ly —responde—. A lo largo de mi vida me han llamado de muchas maneras. Algunos me llaman *Sopeap Sin*. Aquí, en el vertedero, muchos me llaman la *cobradora del alquiler*. Otros, simplemente la *Vaca*. Pero el nombre que más me gusta me lo pusieron hace mucho tiempo en el departamento de literatura de la Universidad de Nom Pen. Allí, durante nueve años maravillosos, los mejores de mi vida, mis alumnos solían llamarme *profesora*.



၆

CAPÍTULO 6

Conozco los sonidos básicos del alfabeto jemer (o camboyano). A pesar de ser analfabeta, sé *hablar* mi idioma. Me han dicho (sobre todo personas que no saben leer ni escribir) que, una vez que sabes hablar la lengua, aprender a relacionar los sonidos con las letras es muy fácil. ¡Eso espero!

Pero, ingenua de mí, pensaba que Sopeap tendría más paciencia conmigo.

—¡Sang Ly! ¡He dicho que prestes atención! ¡No pienso volver a repetirlo!

No puedo dejar de mirar el lápiz brillante que tengo en la mano. Sopeap lo sacó de su bolso y me lo regaló. Con la punta, rozo el papel nuevecito y crujiente que he colocado en una tabla de madera, sobre mi regazo. Todo el material lo ha traído Sopeap. Estoy deseando tomar nota, pero, por supuesto, todavía no sé escribir. Aun así, el simple hecho de fingir me resulta maravilloso.

Miro a mi profesora con tanto entusiasmo que no le queda más remedio que apiadarse de mí.

—Sang Ly, por favor, deja el lápiz y escúchame.

Estoy sentada de piernas cruzadas en el suelo, y Sopeap está de pie al lado de un caballete portable. Me encanta el caballete. Hace que la casa parezca una escuela de verdad. Sopeap escribe en la tabla con una tiza y luego lo borra fácilmente. ¡Es un invento increíble!

—Ya hemos hablado de las vocales —dice—. Ahora vamos a ver las consonantes. Las consonantes del alfabeto jemer se dividen en dos categorías. El sonido de cada vocal depende de la categoría a la que pertenece la consonante. Sé que parece complicado, pero no lo es. Vamos a empezar por este grupo. ¿Entendido?

Aunque en realidad no entiendo nada, digo que sí.

—Muy bien. Ya puedes coger el lápiz.

Durante el resto de la clase, Sopeap repite una letra, la escribe en la pizarra y me explica el sonido. Yo la copio exactamente igual. Para ayudarme a recordarlas, mi profesora me ha dejado hacer un dibujito al lado de cada letra. Por ejemplo, si la letra representa el sonido *p*, dibujo un pájaro al lado, puesto que tanto la palabra como la letra suenan igual.

—Estos son tus deberes para casa —anuncia Sopeap—. Tienes tres días para

memorizar todas las letras que hemos escrito, tanto los nombres como los sonidos.
¿Serás capaz?

—¿En solo tres días?

—Sí. ¿Serás capaz?

—Lo intentaré.

—Con intentarlo no basta. ¿Lo *harás*?

Esta pregunta está empezando a resultarme familiar.

—Sí.

Sopeap asiente con una sonrisa.

—Muy bien. Para practicar, vamos a escribir varias veces las letras que hemos aprendido.

Voy por la cuarta hoja cuando mi marido entra en la habitación.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto—. ¿No ibas a llevarte la comida?

—¿La comida? Sang Ly, es de noche. He vuelto para cenar.

—Pero...

Sopeap empieza a recoger su material.

—Han pasado seis horas, Sang Ly —dice—. Vete a recoger a tu hijo. Necesita cenar. Y yo necesito una copa.



—¿Y cómo es? —me pregunta Gordito, con los ojos tan redondos como sus mejillas. Nadie, ni siquiera él, se imagina a Sopeap dando clase.

—Es estricta, pero muy inteligente. ¿Quién lo iba a pensar?

—¿Te ha pegado?

No puedo evitar reírme.

—¿Que si me ha pegado? No, claro que no. O al menos todavía no.

Su siguiente pregunta me pilla desprevenida. Gordito se mira los pies y luego los restriega contra la basura.

—Sang Ly, cuando aprendas a... Una vez que sepas leer y escribir... ¿te importaría...?

—¿Qué? Pregunta sin miedo.

—¿Podrías enseñarme a escribir mi nombre?

Dejo la bolsa en el suelo y me imagino delante de una pizarra, enseñando a Gordito a escribir las letras. Respiro profundamente, olvidándome del olor a basura, y trato de

recordar si alguna vez me han hecho una pregunta tan bonita. Pero no recuerdo ninguna.

Al cabo de un rato, Gordito me interrumpe:

—¿Te encuentras bien? —pregunta.

Giro la cabeza, evitando su mirada.

—Claro que sí —le digo—. Será un placer enseñarte a escribir tu nombre.



—¿Me estás escuchando? —pregunta Ki mientras friego los platos de la cena.

—Perdona. Es que estaba pensando en Sopeap.

—¿En la Vaca?

—Por favor, no la llames así.

—Tienes razón. En realidad se parece más a un toro.

—Ki, por favor.

—¿Y cómo quieres que la llame? ¿Princesa? ¿O tal vez *Su Majestad*?

—¿Qué te parece *profesora*?

—Si tan buena profesora es, ¿qué hace viviendo en un vertedero? ¿Por qué no enseña en un colegio o en la universidad?

Buena pregunta. Como no digo nada, Ki decide responder por mí.

—Te lo digo yo en tres palabras: *licor de arroz*. Esa mujer es una borracha sin remedio.

—Puede ser —respondo—. Hay que reconocer que bebe mucho. Pero yo creo que hay algo más.

—¿El qué?

—No lo sé, pero pienso averiguarlo.



၈

CAPÍTULO 7

En Camboya, cuando los padres se hacen mayores se van a vivir con sus hijos, que les proporcionan un techo, comida y unos nietos felices. Es una jubilación perfecta, siempre que tus hijos no vivan en el vertedero municipal.

Sin embargo, Lena, mi madre, está muy contenta con su situación. Mamá apareció en Stung Meanchey dos meses después de que dejáramos la provincia. Se quedó con nosotros la primera noche y al día siguiente se fue a vivir con una prima suya, Dara Neak, que tiene una chabola a unos diez minutos de nuestra casa. Aunque se supone que soy yo la que debería cuidarla, es ella la que cuida de Nisay. Su mayor defecto –algo que no termino de entender– es que le encanta escarbar en la basura.

—Es una aventura –dice–. Nunca sabes las sorpresas que te puedes encontrar.

Yo le recuerdo que esas *sorpresas* pueden ser trozos de cadáveres, entre otras cosas.

—Es verdad, pero la gente que trabaja aquí es muy amable –añade–. Salvo Sida Son. Sus cobertizos son una birria. Y además es una envidiosa...

Se me ha olvidado decir que mamá es la autora de los cobertizos más bonitos de Stung Meanchey.



Sopeap fue muy amable en la primera clase, pero hoy está más enfadada que un buey estreñado. Algunos borrachos son ridículos. Otros son simpáticos y saludan a todo el mundo. Sopeap es puro vinagre, y, aunque hoy no está tan borracha como otros días, no hay quien la aguante.

—¡Estúpida! ¡Te he dicho que prestes atención!

—Lo intento. Pero es que no termino de entenderlo.

Sopeap golpea la pizarra al ritmo de sus palabras.

—Las sílabas comienzan con este grupo de consonantes...

—No lo entiendo...

Sopeap baja la tiza.

—No sé explicarlo de otra manera. Me parece que hemos terminado por hoy, Sang Ly. Mañana volveremos a intentarlo.

Mientras recoge sus cosas, le planteo la pregunta más oportuna del día.

—Sopeap... ¿por qué bebes tanto?

Ella se gira hacia mí.

—¿Y tú? ¿Por qué haces esas preguntas tan estúpidas?

De pronto contrae la cara y se lleva las manos al vientre. Luego se agacha, como si fuera a desplomarse en el suelo. Finalmente se incorpora, sale corriendo por la puerta y vomita todo el licor que hay en su cuerpo.

Yo me quedo sin palabras.

Al cabo de un rato, cuando parece encontrarse mejor, Sopeap se levanta, me mira y, como si nada hubiera pasado, anuncia:

—Nos vemos mañana.

Sé que no es asunto mío, pero no pienso callarme. Sopeap está bebiendo cada vez más. Tiene que dejarlo de una vez.

—¿Estarás sobria? —pregunto.

Después de haber vomitado delante de mi casa, Sopeap responde con tanta naturalidad como si le hubiera preguntado por el tiempo.

—¿Mañana? Sí, mañana estaré sobria. Pero al día siguiente estaré más borracha que un soldado.

Luego se aleja arrastrando los pies.

Unos minutos después, cuando voy a cubrir el vómito con unos cartones, descubro algo inquietante. En el suelo, justo en el lugar donde Sopeap ha vomitado, veo unas manchas de sangre.



—Nisay se ha dormido —dice Ki—. Venga, ven a la cama.

—Ya te lo he dicho: tengo que terminar los deberes.

—¿Y qué pasa si no lo haces? ¿Que Sopeap te va a castigar?

—No, pero a lo mejor me vomita encima.

Mientras sigo escribiendo las letras, mi marido vuelve a insistir.

—¿Vienes o no?

—Ahora, dentro de un rato.

Escribo a la luz de una lámpara que usamos en caso de emergencia, por ejemplo, cuando Nisay está enfermo. ¿Cómo explicar a Ki que los deberes son una emergencia incuestionable?

Mi marido se da la vuelta, disgustado.

Después de escribir varias letras, le digo:

—Déjame que termine tres más.

Pero mi marido no contesta. No sé si se ha quedado dormido o simplemente me ignora. Escribo las letras con el mayor cuidado posible. No solo tengo que devolver la hoja a Sopeap, sino que después me hará repetir cada letra con su sonido. ¿Quién podía imaginar que aprender a escribir sería tan difícil?

Cuando termino, me tumbo junto a Ki y le abrazo. Pero mi marido no responde. Está demasiado oscuro para verle, pero el ritmo de su respiración me dice que está despierto.

—¿En qué piensas? —susurro.

Ki tarda varios segundos en responder.

—¿Qué pasará cuando aprendas a leer? —pregunta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Cómo conseguirá cambiar eso las cosas?

—Espero que cambie muchas cosas —respondo—. Espero que nos ayude a salir del vertedero. Y, si no conseguimos salir nosotros, por lo menos que salga nuestro hijo. ¿Tú no lo deseas?

Ki tarda mucho tiempo en responder.

—Ya sé que aquí nos faltan muchas cosas —susurra—. Pero al menos sabemos a qué atenernos.

—¿Cómo que sabemos a qué atenernos? ¿A qué te refieres?

Silencio. En la oscuridad, las preocupaciones siempre parecen más graves de lo que son.

—Por favor, Ki, dime qué te preocupa.

—Ya sé que la vida aquí *es* difícil —dice al fin—, pero por lo menos es segura. Todos los días llega basura nueva. Cuando tenemos hambre, solo tengo que llenar una bolsa con vidrio, plástico o metal y venderla por unos cuantos riele. Luego vamos a comprar comida. Normalmente tenemos bastante para sobrevivir. También tenemos un techo para protegernos de la lluvia. Aquí, la vida es sencilla.

Me sorprende ese apego repentino al vertedero. Llevamos tres años planeando cómo salir de aquí.

—Pero si las bandas estuvieron a punto de matarte...

Entonces se me hace la luz. Tenía que haberme dado cuenta antes, pero estoy demasiado cansada de tanto estudiar.

—Comida y un refugio. Sí, afortunadamente eso no nos falta —digo en voz baja—.

Pero no es eso lo que te preocupa.

Ki se da la vuelta para mirarme, aunque sin luz solo podemos adivinar los contornos.

—Vivir en Stung Meanchey nos obliga a trabajar juntos —dice—, a necesitarnos. Pero si aprendes a leer...

No le dejo terminar.

—Ki, escucha —en la oscuridad de nuestra pequeña habitación, sus preocupaciones parecen insuperables—. No importa que aprenda a leer, ni dónde vivamos, ni cómo nos ganemos la vida. Pase lo que pase, siempre voy a necesitarte.

Mi marido me escucha atentamente. Luego pregunta:

—¿Pero eres feliz conmigo?

¿Cómo puede responder a esa pregunta una mujer que está criando a su hijo en un basurero?

—Ki, tú eres la única parte de mi vida que no quiero cambiar. Pero ofrecer una oportunidad a nuestro hijo es un cambio que merece la pena, ¿no crees?

Mi marido se queda un rato pensando. Yo aprovecho para continuar.

—Quiero que Nisay se cure.

—¿No crees que está enfermo por vivir aquí? —pregunta Ki.

La respuesta es tan obvia que él mismo añade:

—Al fin y al cabo, vivimos en un vertedero.

Después de un momento de silencio, los dos nos echamos a reír. Luego nos abrazamos en la oscuridad durante mucho tiempo, y después, mientras Nisay ronca en el suelo, Ki me ayuda a quitarme la ropa.



Los días que mi madre no puede cuidar a Nisay, lo acuesto debajo de un cobertizo de cartón y recojo basura a su lado. Últimamente Ki está muy sorprendido con mi amor al trabajo. Lo que él no sabe es que recoger basura me ofrece una oportunidad única para estudiar. He inventado un juego muy útil: mientras escarbo en la basura, busco papeles —preferentemente con texto— y escojo una letra al azar. Luego tengo cinco segundos para identificarla y decirla en voz alta. Cuando acierto diez letras seguidas, gano premios de mi invención, como muebles, paquetes de arroz, ropa o comida enlatada.

Hoy he empezado con un trozo de papel verde y he elegido la letra *i*. Le digo a Nisay el nombre de la letra y luego la pronuncio, como si el niño estuviera muy interesado.

—Nisay, esta es la letra (*i*). Representa el sonido *I*. ¿Me has oído?

Si alguien me viera, pensaría que me he vuelto loca (una conclusión bastante razonable). Sigo apartando capas de basura, buscando desperdicios reciclables, hasta que encuentro dos latas de aluminio y un bote vacío de perfume. Después de meterlos en la bolsa, cojo una revista y elijo al azar la letra siguiente, que identifico sin problemas.

—Esta es la letra (*noo*). Representa el sonido *N*.

Supuestamente debería buscar más latas, pero decido hacer trampas y elegir otra letra. Esta vez me fijo en el envoltorio de una cadena de comida rápida. No me llama la atención el dibujo de la hamburguesa, sino las letras naranjas que hay debajo. Las letras están sombreadas de azul y parecen flotar encima del papel. Mientras admiro el diseño, escojo al azar la primera letra de la última palabra.

—Nisay, esta es la letra (*saa*). Representa el sonido *S*.

Estoy a punto de tirar el papel cuando mis ojos empiezan a recorrer el resto de la palabra. Mientras mi cerebro junta los sonidos, mi lengua y mi boca se preparan para pronunciarlos. Se trata de una palabra corta. En un instante, comprendo que las letras agrupadas forman la palabra *sam nang*, que significa *suerte*.

Me quedo tan sorprendida que la repito una vez más, enfatizando cada sonido.

—*Sam... na... ng.*

¡He leído mi primera palabra! ¡Y además sin ayuda!

Echo un vistazo a mi alrededor, buscando con quién compartir este momento tan maravilloso. Pero Ki está escarbando en la basura, Nisay está dormido y los demás recolectores están concentrados en su trabajo. Por lo visto, solo yo he presenciado el milagro que acaba de suceder.

¡He leído mi primera palabra!

Me gustaría ponerme a gritar con todas mis fuerzas, para que todo el mundo sepa que yo, Sang Ly, una analfabeta de provincia que vive en el vertedero de Nom Pen, acabo de leer MI PRIMERA PALABRA.

Intento bailar con mis botas de goma, pero mi cuerpo no responde. Finalmente se me doblan las piernas y caigo encima de los desperdicios, que tan generosamente me han proporcionado el material de lectura. Me abrazo las piernas, escondo la cabeza y grito con todas mis fuerzas:

¡Abuelo, gracias por ayudarme a leer mi primera palabra!

Cuando termino, me meto el papel en el bolsillo, cojo la bolsa con una mano y a Nisay con la otra y me voy a casa.



Cuando Ki vuelve de trabajar, estoy imparabile. Ya he descifrado el eslogan entero; el envoltorio cuelga ahora de la pared, al lado del reloj. Lo descuelgo para demostrarle mi nueva habilidad.

Aunque ya he memorizado todas las palabras, las señalo una por una mientras las leo en voz alta.

—Es de la Hamburguesería Feliz. Mira, aquí está el nombre.

Señalo las palabras que hay bajo el dibujo, para que no quepa ninguna duda.

Ki mira primero el letrero y luego a mí. Sabe que este no es momento para bromas.

—El eslogan dice: *Roal Thngai-mean samnang*. «Donde todos los días son días de suerte».

—¿Y eso qué significa? ¿Que hay que comer muchas hamburguesas?

Yo me acerco a él y le rodeo con mis brazos. Los dos nos quedamos abrazados durante mucho tiempo. Ese es el recuerdo más bonito que tengo de aquel día.



၆

CAPÍTULO 8

Kim Pan planta arroz. Kim monta en su búfalo de agua. Kim visita a su amiga Bora Chan.

Los dibujos son unos sencillos bocetos, pero no me importa. Cuando leo las palabras, se forman una serie de imágenes animadas en mi mente.

Tengo que reconocer que al principio me ha costado pronunciar palabras como *búfalo*, pero, después de leerla varias veces, ya me he acostumbrado. Si dudo, es porque no quiero confundirme y defraudar a mi profesora. Mi cabeza sabe perfectamente el significado de las palabras, pero mi boca quiere pronunciarlas lentamente, para no equivocarse. A veces me dan ganas de gritar: *¡Lengua, por favor, ve más rápido!*

—Tenía que haber escogido libros más difíciles —dice Sopeap cuando termino de leer la primera página—. Mañana, antes de marcharme, te traeré libros más complicados.

—¿Vas a marcharte?

—Sí. Tengo que solucionar un asunto. Mientras tanto, quiero que leas cuatro horas al día por lo menos.

—Ki dice que, si sigo practicando, me va a estallar la cabeza.

—Tu cabeza no va a estallar, te lo aseguro. Esfuérzate, desarrolla tu comprensión lectora y la próxima vez empezaremos con la gramática.

—¿La gramática?

—Sí, la policía del lenguaje. Pero no te preocupes, la gramática de nuestra lengua es muy sencilla. Además, la mayoría de las reglas ya las conoces. Y después de eso habremos terminado.

—Pero yo no quiero terminar.

—¿Por qué no? Estás leyendo frases completas, Sang Ly. Debes adquirir soltura, pero con la práctica lo conseguirás.

—Pero yo quiero aprender más cosas.

—¿Qué cosas?

—Quiero aprender *literatura*.

—¿*Literatura*? —pregunta Sopeap, sorprendida—. ¿Qué sabes tú de la literatura?

—Solo lo que tú dijiste. Que enseñabas literatura en la universidad.

—Sang Ly, acabas de aprender a leer. ¿No te parece un poco pronto para pasar a la

literatura?

—No —le suplico—. Creo que sería una manera perfecta de practicar.

No sé si Sopeap está molesta o halagada.

—¿Qué es para ti la literatura? —pregunta al fin.

—Supongo que es... leer cosas importantes... en los libros.

—Sí, la literatura consiste en leer. Pero hay algo más... ¿Cómo explicarlo?

Sus ojos miran perplejos al vacío. Su boca se abre de par en par.

—Para serte sincera —dice—, estoy muy cansada. No me encuentro bien, y creo que nunca tendré energía suficiente para enseñarte literatura.

—Pero sí que tienes energía para cobrar los alquileres... Y para beber. No creo que eso le siente bien a tu cuerpo.

¿Por qué no podré mantener la boca cerrada?

Sopeap tarda un tiempo en responder, y, cuando lo hace, parece hablar consigo misma.

—No es mi cuerpo lo que me preocupa —dice—. ¿Cómo explicárselo a una chiquilla como tú?

Yo me encojo de hombros.

—Sang Ly —prosigue—, enseñar a una persona a leer es algo mecánico. Es como rebuscar en la basura: se trata de un proceso sencillo, rutinario. Solo tienes que seguir los movimientos de forma instintiva mientras tu cerebro te ordena lo que tienes que hacer.

—De acuerdo, eso lo entiendo.

—Pero la literatura es algo único. Para entenderla, deber leerla con la cabeza, pero interpretarla con el corazón. Ambos deben trabajar a la vez, y, francamente, nunca se han llevado muy bien.

—¿Y no puedes enseñarme las dos cosas?

—Eso es lo que trato de explicarte. No voy a ser capaz de hacerlo de corazón. Sería como preparar un postre maravilloso y echarle sal en vez de azúcar. Te dejaría un terrible sabor de boca. Yo ya he renunciado a la literatura, y, en los momentos de debilidad que pienso lo contrario, el licor de arroz viene en mi ayuda.

—Podrías dejar de beber.

—Y tú podrías dejar descansar a esta pobre anciana. Además, aún no estás preparada —dice secamente.

—¿Que no estoy preparada? ¿Qué quieres decir con eso?

—Estás deseando tirarte a la piscina, pero ni siquiera has comprobado si hay agua suficiente.

No me molesto en fingir que la he entendido.

—Sopeap, no puedes responderme con adivinanzas. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que la vida en el vertedero tiene sus limitaciones, pero al menos es

predecible. Stung Meanchey tiene sus propias fronteras. No está exento de peligros, pero, una vez que se comprende, los peligros se aceptan y se superan. Pero, cuando salimos de nuestro mundo, entramos en una zona desconocida. Por eso debo preguntarte si estás preparada. A todo el mundo le gusta vivir aventuras, Sang Ly, siempre que terminen bien. Pero, en la vida, los finales son impredecibles.

—Pero yo solo hablo de literatura.

—Y yo también.

Ambas empezamos a enfadarnos.

—Explicámelo entonces —le digo, frustrada—. ¿Qué hace una persona como tú en este vertedero? ¿Acaso te estás escondiendo de alguien?

—¿Escondiendo? Sí, Sang Ly. Me estoy escondiendo en Stung Meanchey. Bajo la ardiente luz del sol, e incluso cuando el sol ha cerrado sus ojos implacables, hasta mi propia sombra parece burlarse de mí.

—A veces hablas igual que mi abuelo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que necesito comprender... ¿Por qué no me das una oportunidad?

—Me estás pidiendo que recuerde algo que llevo mucho tiempo intentando olvidar.

Sopeap sacude la cabeza de un lado a otro, endereza sus pesados hombros y hace una mueca, como si le doliera la espalda. Luego sigue mirándome, como si estuviera deseando que desapareciera. Al ver que sigo ahí, cierra los ojos.

Yo me quedo esperando.

Ahora está silenciosa y petrificada. Me la imagino tratando de convertirse en una estatua, como las que hay en el templo de Angkor. Levanto un dedo para tocarla, pero de pronto abre la boca y empieza a hablar.

—Nuestra próxima clase será la última.

Siento un vuelco al corazón.

—Sin embargo, debes seguir practicando —prosigue—. Debes mejorar tu comprensión lectora, y eso va a exigirte muchas horas de práctica y estudio. El día que regrese, tráeme un ejemplo de literatura que podamos discutir. Entonces veré si estás preparada para continuar.

—¿Qué clase de ejemplo?

—Eso tendrás que decidirlo tú.

Sopeap ignora mi confusión, recoge su pizarra, mete los libros en el bolso y se da la vuelta.

—¡Espera! Voy a necesitar libros, ¿no? ¿Debo ir a la ciudad a buscarlos?

Sopeap se detiene y me pellizca las mejillas con sus dedos sucios y arrugados, como hacía yo con mi abuelo.

—Tonta —dice—. No hace falta que vayas a la ciudad. Hasta en Stung Meanchey, el

lugar más sucio de Camboya, estamos inundados de literatura.

—¿Pero dónde? —pregunto.

Sopeap sonrío. Yo me quedo esperando su respuesta. Pero, en lugar de contestarme, se da la vuelta y se marcha.

—¿Eso es todo? —grito.

Sopeap se vuelve por última vez.

—Sabrás dónde encontrarla. La literatura hay que descubrirla. Ahora me tengo que ir. Buena suerte, Sang Ly.

Se ha dejado la botella.

—¡Espera! —exclamo—. ¡Has olvidado tu licor de arroz!

—¡Guárdamelo! —responde—. ¡La próxima vez voy a necesitarlo!



Estoy deseando contárselo a Ki, pero, cuando llega a casa, mi marido se muestra más bien distante.

Después de verle comer su arroz en silencio, le pregunto:

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfadado?

—¿Con quién?

—No lo sé. ¿*Conmigo*? No has dicho ni una palabra en toda la cena.

—Lo siento. Estaba pensando.

—¿En qué?

Ki se acaricia el tobillo con la mano, como para confirmar que el cuchillo sigue ahí.

—Hoy los he vuelto a ver.

—¿A quiénes?

—A los de la banda.

Yo me arrodillo junto a él.

—¿Dónde? ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Estaban paseando por el vertedero a plena luz del día, como si quisieran provocarnos. Pero nadie ha hecho nada. Todo el mundo se ha dado la vuelta y ha seguido trabajando, dándoles la espalda.

—¿Se lo has contado a la policía?

Ki se echa a reír.

—¿Para qué? La policía nunca se ha dignado a poner un pie en este vertedero.

—¿Cuántos eran?

—Media docena. Iban todos juntos, como una jauría de animales salvajes.

—¿Te vieron?

—No, estaban demasiado lejos. Pero yo sí que los vi. A pesar de la niebla, conseguí reconocerlos. Sobre todo, al más alto.

Me preocupa la furia que refleja su mirada. Espero que no esté planeando ninguna locura.

—Debes alejarte de ellos. Olvídalos.

Ki se vuelve para mirarme.

—Estuvieron a punto de matarme, Sang Ly. Se llevaron lo que no es suyo, y eso no es justo.

—Ki, sabes que la venganza no es la solución. Prométeme que te alejarás de ellos.

Ki levanta la cabeza y se encoge de hombros.

—¿Igual que han hecho los demás? Ni pensarlo.

—No merece la pena morir por esos delincuentes.

—Tienes razón. Pero sí que merece la pena morir para proteger a mi familia.

Ki da un golpecito al mango del cuchillo.

—Ahora, si no te importa —añade—, necesito descansar.



Sopeap estaba equivocada. Mi cabeza está a punto de estallar. Llevo tanto tiempo leyendo en voz alta, que Ki ha amenazado con meterse basura en los oídos. No es que no le guste. De hecho, la lectura sirve para tranquilizar al niño. Pero mi marido dice que ni siquiera los dientes más fuertes soportan tanto azúcar. Me tomo un descanso y hojeo las revistas que Ki ha encontrado en la basura. Antes me gustaba ver las fotos, admirar a las chicas guapas e imaginar cómo sería su vida. Pero ahora que puedo leer las palabras, no puedo evitar reírme.

Cómo seducir a tu marido en la cocina. Pienso en mi casa de una sola habitación y me entra la risa.

Come en casa y ahorra un diner. Lo tendré en cuenta.

Vístete bien para ir a trabajar. Mal consejo si vives en Stung Meanchey.

Y mi favorito: *¿Sabías que el arroz engorda?* Bajo la cabeza para mirar mi cuerpo huesudo. ¿Lo dicen en serio?

No creo que esto sea literatura. Tendré que seguir buscando.



El *choob khyol*, o *terapia de las ventosas*, es un antiguo remedio natural que significa *sorber el aire*. No sé si va mejor que el frotado, pero quiero probarlo. Mi madre dice que no solo mejorará la circulación y el apetito de Nisay, sino que también le devolverá el equilibrio interior. Yo me conformo con que le cure la diarrea.

Llevamos a Nisay a un especialista de la ciudad, un hombre que aprendió el arte de su padre. Su asistente nos da la bienvenida y nos guía por un pasillo hasta la sala de consulta. La habitación es pequeña, pero limpia. El especialista es muy joven, pero se conduce con mucha seguridad, como si hubiera aplicado el tratamiento millones de veces. El hombre nos saluda con la cabeza mientras coloca las ventosas en filas, como si fueran soldados. Las ventosas son traslúcidas y tienen el tamaño de una lima. El hombre enciende el extremo de un pequeño soplete y a continuación lo coloca a un lado, en una mesilla.

—Ya está —anuncia—. Ya puede quitarle la camiseta.

Ki tumba a nuestro hijo boca abajo. Nada más acostarle, el niño empieza a protestar. Ki le sujeta por los pies para que no se dé la vuelta. Yo le doy palmaditas en las piernas para consolarle.

—Cállate, protestón —le digo, sabiendo que se encuentra perfectamente.

Sé por experiencia que, aunque las ventosas están calientes, no son dolorosas. Pero a Nisay le da igual. Ha estado demasiadas veces en el médico como para confiar en mí.

El hombre toma la primera ventosa y aplica la llama del soplete en la esfera. Cuando la llama está a punto de extinguirse, la retira y coloca la ventosa en la espalda de Nisay. Mi hijo se pone a gritar con todas sus fuerzas.

El hombre repite el proceso con el resto de las ventosas, alineándolas en perfecta simetría sobre el cuerpo de mi hijo. Una vez que el cristal se enfría, veo que la piel de Nisay sobresale, y que el exceso de energía o *aire* es absorbido de su cuerpo. Cuando el hombre termina, la espalda de mi hijo está cubierta de ventosas, y tiene un aspecto bastante extraño. A los adultos les aplican ventosas no solo en la espalda, sino también en los brazos, las piernas, el pecho e incluso en la frente. Pero Nisay tiene los brazos y las piernas tan delgados, que hemos decidido aplicarle el tratamiento solo en la espalda. A pesar de mis palabras de consuelo, el niño no deja de llorar. Nisay sigue pataleando durante diez minutos (que parecen cuarenta), pero las ventosas no se desprenden. Entonces, el hombre despega las ventosas con el dedo y, con la misma rapidez que las ha

pegado, vuelve a colocarlas en la bandeja. El tratamiento ha terminado.

Cojo a mi hijo y abrazo su cuerpo desnudo.

—Ya está —digo—. Deja de llorar.

Sorprendentemente, mi hijo obedece.

Después de pagar al especialista, regresamos a casa. En el camino de vuelta nos encontramos con Gordito.

—Acabo de ir a vuestra casa, pero no estabais —dice.

—No, hemos salido un momento —respondo.

El muchacho observa el cuerpo de Nisay, que está lleno de círculos, pero no nos pregunta dónde hemos estado.

—Os he dejado un libro que he encontrado esta tarde. Mañana seguiré buscando. Ah, por cierto. Cuando iba a vuestra casa me encontré con Sopeap.

—¿Ya ha vuelto?

—Sí, y me ha dado un recado para ti. «Cuando veas a Sang Ly —ha dicho—, dile que ya puede ir preparándose para el viernes». Dice que tú ya sabes lo que eso significa.

—Sí —respondo—. Significa que se me está acabando el tiempo.



CAPÍTULO 9

Sopeap dijo que estaba por todas partes, que estamos inundados de ella. Puede que encontrar literatura en un vertedero sea más fácil cuando estás borracha. He leído envoltorios, latas, revistas, notas escritas en servilletas, direcciones, facturas, etiquetas, hasta los tatuajes de las personas que escarban en los desperdicios. Pero nada parece literatura. Les he pedido a mis amigas que mantengan los ojos bien abiertos por si se encuentran algún libro. Obviamente, la literatura tiene que estar en los libros. Pero el que me dejó Gordito solo servía para arreglar motos. Puede que eso sea literatura para un mecánico o un aficionado a las motos, pero yo no soy ni una cosa ni la otra. Solo necesito un ejemplo. Si me presento delante de Sopeap con las manos vacías, ya no habrá más clases.

Después de cenar, cuando Nisay se ha dormido, Ki dice:

—Por cierto, casi se me olvida. Hoy ha venido tu prima a buscarte.

—¿Narin? ¿Cuándo? ¿Qué quería?

—Vino cuando aún estabas fuera, *trabajando*.

Ki enfatiza la última palabra. No sé si se burla de mí por estar buscando literatura en un vertedero, o echándome en cara que no cumplo con mis tareas.

—No me has dicho qué quería.

—Me dijo que había encontrado algo, pero no sé el qué.

Respiro profundamente, tratando de conservar la calma.

—¿Te ha dado algo para mí?

—No. Pero me dijo que el viernes, cuando venga a recoger a Nisay, te lo dará.

Ese es el día que viene Sopeap. No puedo esperar tanto.

—La verdad es que no tengo sueño —digo—. Creo que voy a tomar un poco de aire fresco.

Ki se echa a reír. Supongo que resulta gracioso asociar el *aire fresco* con el hedor que reina en el vertedero por la noche.

—Llévate la linterna —dice, sin molestarse en preguntar adónde voy—. Y vete bordeando las chabolas. El camino es más largo, pero más seguro. No se te ocurra atravesar el vertedero.

Le doy un beso y tomo la linterna que usamos para recoger basura en la oscuridad.

No me molesto en encenderla, no vaya a ser que no funcione y Ki no me deje salir. En cualquier caso, la luz de la luna será suficiente para iluminarme el camino.

Cuando llego a casa de Narin, no veo ninguna luz. ¿Debería darme la vuelta y regresar con las manos vacías? Decido llamarla desde una ventana.

—¿Narin?

Nada. Vuelvo a intentarlo.

—¿Narin?

La puerta de la chabola se abre.

—¡Sang Ly! ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo malo? —pregunta mi prima, preocupada.

—Tranquila, no ha pasado nada. Ki me dijo que habías venido a buscarme. ¿Has encontrado algo? ¿Un libro tal vez?

—No, lo siento. No he encontrado ningún libro. Simplemente me acordé de un poema que aprendí en la provincia. Mi madre solía recitármelo antes de dormir.

—No sé si un poema servirá. Sopeap no me aclaró si los poemas eran literatura, pero de todas formas me encantaría verlo.

Narin baja la cabeza.

—Lo siento, pero no tengo nada escrito. Yo no sé leer. Pero lo recuerdo muy bien. No sé si te servirá, pero...

—Narin, me encantaría *escucharlo*.

Mi prima señala un escalón y ambas nos sentamos fuera de la casa para no molestar a sus hijos, que están durmiendo. Cuando Narin empieza a recitar el poema, me parece oír la voz de mi tía.



Ríe conmigo, mono. Diviérteme con tus juegos y travesuras antes de que el sol se tiña de rojo.

Corre conmigo, tigre, con tu piel anaranjada y tu potente rugido. Ahuyenta a los enemigos y dame valor para afrontar la noche.

Trabaja conmigo, búfalo. Convierte los campos baldíos en dulces y dorados granos de arroz. Muéstrame el valor del esfuerzo.

Descansa conmigo, tortuga, con tu escudo esmeralda y tu sabiduría, tan antigua como el tiempo. Enséñame a apreciar una casa segura para refugiarse de la lluvia.

Nada conmigo, pez, por las aguas azules y profundas. Limpia mi cuerpo y refréscalo de los rayos del sol.

Canta conmigo, pájaro. Entona la canción de la selva y transporta mis cansados miembros por el cielo añil. Abre mis ojos a la hermosura del mundo y a las maravillas de la naturaleza.

Huye conmigo, escarabajo. Recuérdame la brevedad de la vida y el valor del tiempo. Golpea mi cuerpo con tus patas violeta para mantenerme despierta.

Huye, escarabajo; canta, pájaro; nada, pez; descansa, tortuga; trabaja, búfalo; corre, tigre; ríe, mono. Jugad todos juntos en mis sueños. Danzad en el cielo de la naturaleza. Ya es hora de dormir.



Las dos nos quedamos sumidas en nuestros pensamientos, que se mezclan con los ruidos nocturnos del vertedero. Ambas recordamos la vida en la provincia. Pero sobre todo recordamos a mi tía.

—Echo de menos a mi madre —dice finalmente Narin.

—Lo sé. Yo también la echo de menos.

Le pongo una mano en el hombro, intentando consolarla.

Mi tía, la madre de Narin, murió poco después de que mi prima se instalara en el vertedero. Como la familia no sabía cómo contactar con ella, tardaron varias semanas en darle la noticia.

—¿Tú crees que esto es literatura? —pregunta.

—No estoy segura, pero lo parece —contesto.

Narin me mira con cara de satisfacción.

—Tendré que escribirlo —le digo—. Si vuelvo mañana con lápiz y papel, ¿serás capaz de repetirlo lentamente?

—Claro. ¿Pero podría pedirte algo a cambio?

—Por supuesto.

—¿Te importaría escribir una copia para mí? Me gustaría conservarla.

Mi prima se sabe el poema de memoria, pero aun así quiere guardarlo. Sí, esto tiene que ser literatura.

—Muchas gracias —le digo.

—¿Por qué? —pregunta.

—Por ayudarme a encontrar mi primer ejemplo de literatura. Ahora solo queda una

cosa.

—¿El qué?

—Que Sopeap esté de acuerdo.



Mi profesora llega a casa dando tumbos. Seguro que ha estado bebiendo. Pero, cuando abro la cortina, no huele a alcohol.

—¿Qué tal el viaje? –pregunto.

—Ha sido más difícil de lo que esperaba. Pero he conseguido llegar a tiempo, así que vamos a empezar.

Durante la primera hora, Sopeap me explica el uso de la gramática. Como prometió, la gramática de mi lengua es bastante sencilla, y la mayoría de las reglas ya las conozco. Aunque estoy deseando que pase a otro tema, Sopeap sigue hablando, como si quisiera molestarme.

—¿Tienes alguna pregunta? –dice al fin—. Si te ha quedado todo claro, podemos dar por terminada la clase.

Luego se queda esperando. ¿Se estará burlando de mí?

—Hice mis deberes –le digo.

—Lo suponía –responde—. ¿Piensas enseñármelos, o vas a quedarte ahí sentada, sonriendo como un mono?

Cojo las dos copias del poema y le doy una.

—Antes de leerlo, me gustaría que cuentes la historia que hay detrás.

Le hablo de las circunstancias de Narin, de su vida en la provincia y de la muerte de su madre. No sé exactamente qué quiere saber, de modo que me explayo más de la cuenta. Luego le pido disculpas y espero sus instrucciones.

—Léelo en voz alta –dice—. Yo lo iré siguiendo en el papel.

Trato de ser metódica y pronunciar bien todas las palabras. Quiero conservar el ritmo natural del poema y leerlo tal como lo recitó Narin. Los sonidos fluyen suavemente de mis labios, y, cuando termino, Sopeap se queda callada y pensativa.

—¿Sabías –dice, sin revelar si le gusta o no— que la poesía precede a la escritura?

—¿Qué significa eso?

—Que la gente recitaba poemas antes de aprender a leer o escribir. Los repetían en voz alta, transmitiéndolos oralmente en forma de canciones, leyendas y cuentos. Me da la impresión de que este poema se ha transmitido de la misma manera. Es probable que

tú, Sang Ly, hayas sido la primera en escribirlo.

Me quedo pensando mientras acaricio mis garabatos con el dedo, que de pronto parecen especiales. Sopeap aún no ha terminado su inspección. Mientras vuelve a leer el poema, observo el susurrar de sus labios, el movimiento de sus ojos y el rítmico asentimiento de su cabeza. Sus dedos rodean la hoja, como si la estuvieran abrazando. A partir de ahora pienso leer con más pasión y diligencia.

—¿Lo ves? —pregunta.

—¿El qué?

—Observa el orden de las palabras. ¿No te das cuenta de que los versos siguen la misma estructura? La última estrofa repite el principio de cada verso, pero al revés.

No me había dado cuenta. Me siento como si fuera un babuino ciego.

—Supongo que era un poema para antes de dormir.

—Sí, eso me dijo Narin.

—Observa la última línea. Me ha llamado mucho la atención. Dice: «Danzad en el cielo de la naturaleza». ¿Entiendes por qué?

Me quedo mirando el poema y vuelvo a leer la frase.

—No.

—Cada estrofa se refiere a un color. ¿Lo ves? Rojo, naranja, dorado, que supongo que equivale a amarillo, etc. ¿Ves los colores?

—Sí.

Pero solo ahora, cuando ella me lo ha dicho.

—El poema está pintando los colores del arco iris —dice—. Colores que *danzan en el cielo*. Qué interesante.

Leer es tan nuevo para mí. Es imposible que sea capaz de apreciar este tipo de cosas. Aun así, me siento como si hubiera suspendido mi primer examen. Y tal vez el último.

—Tengo una pregunta para ti, Sang Ly. ¿Por qué crees que esto es literatura?

De pronto, su voz se ha vuelto firme.

—Lo acabas de decir, porque hay palabras y estructuras que se repiten...

Sopeap me interrumpe.

—Las palabras y las estructuras no significan nada.

—Pero si lo acabas de decir. Tú eres la profesora, y has dicho que...

—¡Ya basta! —grita, interrumpiéndome en medio de la frase—. No me importa lo que haya dicho la profesora. Te lo estoy preguntando *a ti*. Además, si preguntas a una docena de profesores qué es la literatura, te darán miles de respuestas diferentes. Ahora escúchame, Sang Ly. ¿POR QUÉ ES ESTO LITERATURA PARA TI?

Sopeap levanta la voz, y no termino de entender por qué. No sé qué espera de mí. Aunque normalmente no suelo callarme, hoy no tengo fuerzas para defenderme.

—Solo es un poema. ¿Por qué estás tan enfadada conmigo? —alcanzo a decir, como si

fuera una niña herida.

Puede que Sopeap se haya apiadado de mí, porque se da la vuelta y pisotea con frustración el suelo de bambú. Luego empieza a murmurar para sí misma y no logro entender lo que dice. Trago saliva y me quedo esperando, atemorizada.

A continuación, Sopeap empieza a hablar con una voz tan suave que no parece provenir de la misma mujer.

—No estoy enfadada contigo. Solo soy una vieja frustrada, perdida y exhausta. Ahora dime, ¿tienes alguna respuesta?

Soy incapaz de mentir con Sopeap mirándome a los ojos. No tardará en darse cuenta de que soy una impostora. Así que decido decirle la verdad.

—No sé lo que es la literatura. No termino de entenderlo. ¿Esa es la respuesta que estabas esperando? Si es así, ya puedes marcharte.

—Eso no es cierto —dice—. Como le decía siempre a mis alumnos, *en realidad sí que lo sabes*. El problema es que aún no te has dado cuenta.

Sopeap consulta su viejo reloj de muñeca.

—No pensaba seguir con las clases —dice—. Pero creo que he cambiado de opinión.

—¿De veras?

—Durante las próximas semanas —prosigue—, intentaré recordar las lecciones de literatura que enseñaba en la universidad. Pero tendremos que ir muy rápido.

—¿Por qué?

Sopeap se queda dudando un momento. Sus ojos recorren todos los objetos que hay en la habitación.

—No quería... No pensaba decírtelo —responde cautelosamente—, pero estoy pensando en dejar Stung Meanchey para siempre.



90

CAPÍTULO 10

Estoy arrodillada en el suelo, limpiando las cenizas de la cocina, cuando Gordito irrumpe en mi casa. Estoy a punto de regañarle por entrar sin llamar, pero parece tan asustado que no digo nada. Jadeando, Gordito echa un vistazo a su espalda antes de hablar.

—Sang Ly, necesito tu ayuda. ¡Ven, deprisa!

—¿Qué pasa?

—Mi amiga está sangrando... No sé qué hacer.

Le tiembla tanto la voz que decido levantarme. Me limpio las manos y busco la camiseta de Nisay. Mientras visto a mi hijo, bombardeo al muchacho a preguntas.

—¿Dónde está tu amiga?

—En mi casa.

—¿Qué le ha pasado?

—No estoy seguro.

—Has dicho que estaba sangrando, ¿no?

—Sí.

—Vamos a buscar a Teva. Ella puede...

—¡No! —grita—. ¡Tienes que venir tú sola!

Estoy empezando a asustarme, de modo que cojo a mi hijo en brazos y salgo de la casa.

Decido parar un momento en casa de Teva, para preguntarle si puede quedarse con Nisay. Gordito se queda esperando con cara de terror, como si pudiera contárselo y causar una catástrofe. Pero no le cuento nada.

El muchacho vive al otro lado del vertedero, y hay dos caminos que llevan a su casa. El más largo rodea las montañas de basura, trazando un círculo. Es un camino más llano y fácil de recorrer. El más corto atraviesa dos montañas de basura, recorre el valle que hay entre ellas y luego baja hasta la explanada. Gordito no duda en subir la colina. Aunque el muchacho es conocido por ser gordito y feliz —pero no rápido—, hoy tengo que correr para seguirle.

Su casa es una pequeña chabola de cañas de bambú, tablas de madera, cartones y chapas. Es más pequeña que la mía, pero para él es más que suficiente.

El chico se detiene delante de la chabola, echa un vistazo a su alrededor y luego me invita a pasar. Yo abro la puerta con cuidado y miro al suelo.

Teniendo en cuenta lo que me había contado, esperaba encontrarme con una niña herida, tal vez atropellada por un camión. Pero, cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad, veo efectivamente a una niña, pero no hay sangre por ningún lado. La chica está tumbada en una esquina, y, aunque le da miedo moverse, le tiembla todo el cuerpo. Las lágrimas le corren por las mejillas, y sus ojos hinchados me dicen que lleva llorando un buen rato.

Puede que tenga un año o dos más que Gordito, once o doce como mucho, y hay que reconocer que es muy guapa. Su cabello negro asoma debajo de un gorro de tela que lleva calado hasta las orejas. Va vestida con una camiseta de algodón que alguna vez fue blanca, pero que ahora está llena de manchas oscuras.

Entonces veo la sangre.

La niña lleva unos pantalones que están prácticamente empapados entre los muslos. Asustada, corro a arrodillarme junto a ella, deseando que mis miedos sean infundados.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te duele? —pregunto, agarrándola de la mano.

—Me duele la tripa —susurra.

—No te preocupes. Respira profundamente. ¿Cómo te llamas?

La niña sigue temblando, así que le acaricio el brazo para tranquilizarla, como haría con mi propio hijo. Al cabo del rato, susurra:

—Maly.

—¿Maly? Qué nombre más bonito —respondo—. Significa *flor*.

La niña asiente. Está claro que ya lo sabe.

—Maly, ¿alguien te ha hecho daño? ¿Alguien te ha tocado?

La niña sacude la cabeza de un lado a otro.

—No. Nadie me ha tocado.

Miro a Gordito en busca de explicaciones.

—¿Podrías aclararme qué ha pasado?

—Estábamos recogiendo basura en el vertedero cuando, de repente, Maly comenzó a sangrar. Se asustó mucho, así que la traje aquí. No sabemos qué hacer.

Cuando comprendo la naturaleza de la situación, emito un suspiro de alivio.

—Maly, ¿dónde está tu madre? —pregunto, aunque sospecho la respuesta.

—Mi madre murió.

—¿Y tu padre?

La niña vuelve a sacudir la cabeza, haciéndome saber que su padre está muerto o desaparecido.

—Lo siento mucho. ¿Dónde vives?

Gordito nos interrumpe.

—Vive con su hermano mayor. Hace poco que se instalaron aquí.

Me vuelvo hacia él y pregunto:

—¿Podrías traernos un poco de agua? ¿Y unos trapos limpios?

—Tengo dos camisetas limpias.

—Con eso será suficiente.

El chico coge unas camisetas de una caja y sale a llenar un cubo de agua. A continuación lo coloca todo en el suelo, mirándonos nerviosamente.

—¿Te importaría esperar fuera? —pregunto—. Necesito quedarme a solas con Maly. Tengo que... explicarle algunas cosas.

Pero Gordito no se mueve. Se limita a retorcerse las manos nerviosamente.

—¿Qué cosas? —pregunta.

—Cosas de mujeres. No creo que te interesen.

—Pero necesito saber...

—¡Vete! ¡Por favor!

El chico se va muy disgustado, aunque sospecho que está escuchando detrás de la puerta. Aunque no tengo hijas, me alegra que me haya llamado, y no pienso defraudar a esta chica. En primer lugar trato de tranquilizarla. Luego, con una mezcla de claridad y preocupación, intento explicarle la causa de su sangrado, lo que significa y por qué no hay motivo para asustarse. Maly me escucha en silencio, asintiendo de vez en cuando.

A continuación la ayudo a limpiarse. Ambas frotamos el pantalón lo mejor que podemos, lo escurrimos y lo colgamos en el interior de la casa para que se seque. Doblo una de las camisetas y le ayudo a colocársela entre las piernas. Luego busco en la caja hasta que encuentro unos pantalones cortos que pueda utilizar temporalmente.

—Te ha venido el *rodow*, o *período* —añado—. Es un momento que todas las chicas deben celebrar, no temer.

—Pero no a todas las mandan a la ciudad cuando eso ocurre —susurra, tan tímidamente que apenas logro escucharla.

—¿A la ciudad? ¿De qué estás hablando, Maly? No tienes que ir a ninguna parte. Basta con que le cuentes a tu hermano lo que hemos hablado. Él lo entenderá.

En ese momento, Gordito empieza a gritar desde fuera.

—¡No, Sang Ly! ¡No lo entenderá! ¡No debe enterarse!

El chico entra corriendo en la casa y se planta delante de mí con los brazos en jarras. Esta vez no parece dispuesto a marcharse.

—¡Iba a decírtelo! —exclama—. Su hermano se ha unido a una banda. Ahora que Maly es... en fin, una mujer, quiere llevarla a *Tuol Kork*.

Al escuchar sus palabras, por fin logro entender las lágrimas de Maly. El hermano de esta chica tan guapa e inocente, de apenas doce años de edad, piensa llevarla al barrio rojo y venderla como prostituta en un burdel.

Se trata de algo inconcebible para cualquier persona civilizada, pero en Camboya ocurre constantemente. La familia suele ser pobre, y muchas veces los padres ni siquiera son conscientes de lo que pasa. A sugerencia de un primo lejano o un conocido, llega un hombre y ofrece a la familia una gran suma de dinero, normalmente unos doscientos dólares, con la promesa de ofrecer a su hija un trabajo de camarera en un restaurante. Pero dicho restaurante no existe, y, cuando la chica se quiere dar cuenta, ya es demasiado tarde.

En una semana, el burdel consigue amortizar con creces el dinero que han pagado por la niña. Después, la chica pasa a formar parte de los cientos de prostitutas que hay en Camboya, que se ven obligadas a realizar actos indescriptibles por tan solo dos dólares la hora. Si se niegan a hacerlo, reciben palizas de muerte. Además, por mucho que se esfuercen, nunca consiguen pagar las deudas que acumulan por la comida y el alojamiento.

Incapaz de contenerse, Gordito se echa a llorar. Sus ojos se detienen en Maly y, por primera vez en toda la mañana, su rostro se ilumina. Ahora entiendo por qué está tan preocupado por ella.

—¡Sang Ly! —implora—. No podemos permitir que eso ocurra. ¡Tenemos que hacer algo, y tenemos que hacerlo ahora!



Hasta donde alcanza mi memoria, siempre ha habido bandas en el vertedero. Sus miembros prefieren Stung Meanchey a las calles de la ciudad porque la policía se niega a patrullar aquí debido a los malos olores (y porque los habitantes del vertedero no tienen dinero para sobornar a los agentes). Los delincuentes suelen ser muy jóvenes, normalmente adolescentes abandonados o huérfanos. Por lo general, sus crímenes son de poca importancia, pero muy molestos. Si te descubren solo, te rodean entre todos y te *piden* dinero: es decir, robo con intimidación. Si un día se te olvida meter la bolsa en casa, lo más seguro es que a la mañana siguiente no la encuentres. Otras veces, los chicos causan destrozos por pura diversión: agujerean las cisternas, rajan las bolsas de tela, dejan excrementos delante de tu puerta (aunque, teniendo en cuenta que vivimos en Stung Meanchey y estamos rodeados de excrementos, esto último nunca lo he entendido).

Sin embargo, últimamente las bandas se han vuelto más agresivas y pendenticias. Se trata de una paradoja muy curiosa. Como se están volviendo más violentas, Ki insiste en

recurrir a la violencia. Pero por esa misma razón –el miedo a la violencia–, mucha gente se niega a involucrarse, y en el fondo los entiendo.

A mediados de los años setenta, durante la revolución comunista de los jemeres rojos, más de un millón de camboyanos fueron masacrados por el sanguinario dictador Pol Pot y su gobierno. Desde aquel genocidio, una generación entera de niños aprendió que, para sobrevivir en este mundo, lo mejor es pasar desapercibido y ocuparte de tus propios asuntos.

Me acerco a la zona de los camiones para buscar a Ki. Quiero hablarle de Maly. Pero está hablando con los hombres del vertedero sobre las bandas y, cuando termina, está demasiado enfadado para escucharme.

—No son más que unos cobardes –refunfuña.

—Trata de entenderlos... –le digo.

—No, si lo entiendo. Entiendo que las bandas estuvieron a punto de matarme. Entiendo que, si no hacemos nada, alguien puede resultar herido. Entiendo que, si nos quedamos de brazos cruzados...

—Está bien –le interrumpo—. Ya veo por dónde vas.

—¡Solo piensan en sí mismos!

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Estás protegiendo a tu familia, o hay algo más?

—¿Qué quieres decir?

—¿Realmente quieres ayudar a los demás, o solo buscas vengarte?

Ki no responde. Yo aprovecho para cambiar de tema.

—Necesito que me ayudes a resolver un problemilla. Bueno, más bien un problemón.

Le hablo de la existencia de Maly, de su edad y de lo que puede pasarle si vuelve a casa. Cuando le digo que su hermano forma parte de una banda, mi marido frunce el ceño.

—¿Qué clase de animal puede vender a su propia hermana? –pregunta, asqueado.

—No lo sé –respondo—. Pero la pregunta más importante es: ¿qué podemos hacer para solucionarlo?

—¿Nosotros?

—Sí. ¡Tenemos que ayudarle!

Ki sabe que tengo razón, pero tiene sus dudas.

—¿Pero cómo? –pregunta—. Vivimos en el mismo vertedero que ella. Podríamos esconderla en nuestra casa, pero, si su hermano forma parte de una banda, no tardará en encontrarla. Si se queda aquí, nunca estará a salvo.

—¿Y por qué no se lo contamos a la policía? –sugiero, aunque ya conozco su

respuesta.

—¿Para qué? —responde—. Ellos mismos la arrastrarán al burdel. Después de violarla, claro.

—¿Entonces qué hacemos?

—No lo sé, pero mientras no se nos ocurra nada, dile a Gordito que la esconda en su casa. Y ten cuidado con lo que dices... La gente habla. Si la noticia llega a oídos de la persona equivocada, una cosa es segura.

—¿El qué?

—Que no podremos hacer nada para salvarla.



Sopeap llega puntual, pero, en vez de hablarme de literatura, se dedica a escucharme leer en voz alta mientras toma notas de sus libros.

Aunque estoy preocupada por Maly, trato de comportarme como si nada ocurriera. Cuando hago una pausa, Sopeap aprovecha para decirme:

—Has mejorado mucho, pero, si nos tiramos a la piscina antes de tiempo, puede que nos abramos la cabeza.

—¿Es esa una lección de literatura? —pregunto, con cierta ironía.

—No —responde bruscamente—. Es una lección de sentido común.

Teniendo en cuenta que Sopeap quería enseñarme literatura *rápido*, hay que reconocer que se lo está tomando con mucha calma. Tampoco me ha dicho por qué quiere marcharse del vertedero. Solo me ha contado que lleva un tiempo pensándolo y que aún no sabe cuándo será. Siempre que intento sonsacarle algo más, se pone a la defensiva y me llama estúpida por preguntar cosas que *no son de mi incumbencia*.

—¿Estás preparada? —pregunta de repente, bajando su cuaderno de notas.

—Sí —contesto, sin saber a qué se refiere.

—Muy bien. Ya te he enseñado a leer. Ahora voy a enseñarte a ver.

Sopeap arranca unas hojas de su cuaderno y me las entrega.

—Cuando llegue el momento, leeremos historias del mundo entero —anuncia—. Pero hoy empezaremos con una de las historias más sencillas que se han escrito nunca. Se trata de una historia atemporal que procede de la antigua Grecia —Sopeap señala las hojas mientras hace su introducción—. Sang Ly, te presento a Esopo, autor de innumerables fábulas para niños.

Yo asiento con la cabeza, como si Esopo y yo fuéramos amigos de toda la vida.

Sopeap hace un gesto para invitarme a leer. Y eso es lo que hago.



Los monos danzarines

Cuentan que un rey egipcio enseñó a unos monos a bailar. Como estas bestias son unos grandes imitadores de las acciones humanas, aprendieron rápido y, vestidos con ropas púrpura y máscaras, bailaban tan bien como cualquier cortesano. El público estaba maravillado, hasta que un hombre decidió tirarles unas nueces que llevaba en el bolsillo. Cuando los monos las vieron, dejaron de bailar y empezaron a comportarse como lo que eran: monos, y no bailarines. Se quitaron las máscaras, rasgaron sus vestidos y empezaron a pelearse entre ellos. El espectáculo llegó entonces a su fin, entre las risas y las burlas del público.



Hay palabras que me cuesta pronunciar, palabras que no conozco. Pero capto la idea general. Es una historia divertida y no puedo evitar sonreír. Pero a Sopeap no le hace tanta gracia.

—Lo primero que debes saber es que, cuando te adentres en el mundo de la literatura, siempre podrás aprender algo, incluso de historias tan sencillas como esta.

—¿Siempre? —pregunto.

—¡Siempre! —repite—. *¡Las buenas historias siempre nos enseñan!*

—Pues esta debería hablar más alto, porque no la oigo —bromeo.

En lugar de sonreír, Sopeap frunce el ceño.

—Sang Ly —dice, levantando la voz—, ¿qué hemos aprendido de esta historia?

Me dan ganas de decir: «Que no se deben tirar nueces a los monos cuando están bailando». Pero estoy segura de que esa no es la respuesta.

—¿El mensaje siempre está claro? —decido preguntar.

Sopeap emite un suspiro de frustración.

—Las historias están llenas de significados —explica—. Si no entiendes el mensaje, si lo pasas por alto o lo desprecias, aunque no estés de acuerdo con él, no solo estarás malgastando tu tiempo, sino también el del autor. Así que voy a preguntártelo una vez más: ¿qué nos enseña esta sencilla fábula? ¿Qué significa esta historia para ti?

Tengo que acertar, pero con tanta presión me pongo nerviosa, se me acelera el pulso y mi mente se queda en blanco. Sopeap ha dicho que una buena historia siempre tiene algo que decir, aunque no estemos de acuerdo con su mensaje. *Abuelo, por favor, ayúdame a encontrar la respuesta.*

Entonces se me ocurre una pregunta. Se trata de una pregunta sincera, así que espero que no se enfade.

—¿Y qué significa esta historia para *ti*? —pregunto.

Sopeap responde con un suspiro de impaciencia. De pronto, su rostro se llena de tristeza. Entonces empiezo a entender que, al igual que las historias, también Sopeap está llena de significados.

Cuando responde, lo hace tan débilmente que apenas logro escucharla.

—Esta fábula me ayuda a recordar que, a lo largo de mi vida, muchas veces he fingido ser alguien que no soy. Que, cuando me tiran nueces, yo también dejo de bailar, me quito la máscara y empiezo a gatear como una estúpida para cogerlas. Que...

Sopeap se apoya en la pizarra, como si estuviera recordando algo.

—Perdóname, Sang Ly —prosigue—, pero hoy no he sido una buena profesora. Todavía estoy un poco cansada del viaje. Voy a volver a casa para prepararme mejor.

Me gustaría saber en qué está pensando. Me gustaría entender las partes de su vida que se empeña en ocultarme y, por qué no, compartir con ella las mías.

—¿Y yo qué puedo hacer? —pregunto.

—Estar aquí mañana a la misma hora.



Cuando estoy a punto de salir de casa para ir a ver a Maly, llega mi marido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto.

No parece muy contento.

—Hay algo que deberías saber.

—¿El qué?

—Te dije que la gente habla. Pues bien, se ha expandido el rumor de que una niña ha

sido secuestrada aquí, en el vertedero. Ya tenemos otro problema además de las bandas: ahora todo el mundo va a empezar a buscarla.



Hoy no he pegado ojo. Nisay sigue con fiebre y, para calmarle, me he pasado toda la noche envolviéndole en paños mojados. Por si fuera poco, Gordito apareció en mitad de la noche con Maly. Le había parecido escuchar a alguien cerca de su casa, así que, cuando los pasos se alejaron, despertó a la chica y ambos atravesaron el vertedero, buscando un lugar donde ocultarse.

Ki Lim se ha levantado al amanecer y se ha ido a trabajar. Como tenemos que llevar a Nisay al médico, ha decidido que lo mejor será empezar temprano para conseguir dinero suficiente.

Cuando Sopeap llama a la puerta, me siento como si hubiera pasado la noche bebiendo. Tengo la impresión de que aún no ha amanecido, pero el sol que ilumina mi casa indica lo contrario.

—Mi hijo está enfermo —le digo, sin apenas abrir la cortina—. No puedo dejarle con nadie.

Sopeap consulta su reloj, un gesto que he terminado identificando como una señal de impaciencia o de frustración. Teniendo en cuenta que hace poco se negaba a enseñarme literatura, su decepción resulta sorprendente.

—Bueno, entonces lo intentaremos mañana —dice al fin.

Me vuelvo un momento para consolar a Nisay, que ha empezado a llorar. Cuando me giro, veo que Sopeap se ha acercado a la cortina. Tampoco ella tiene buen aspecto. Estoy a punto de sugerirle que se vaya a casa a descansar, cuando advierto que está mirando a Gordito y a Maly, que duermen en el suelo. En su rostro se dibuja una expresión de curiosidad. Discretamente, bajo la tela para taparlos.

—¿Realmente quieres salir de este vertedero? —pregunta.

Qué pregunta más ridícula. Sabe perfectamente que estoy deseando librarme de este lugar.

—Desde luego —respondo.

—Las personas solo van a los lugares que han visitado previamente en su imaginación —dice, como si estuviera revelando el secreto del universo—. Puede que la literatura consiga ayudarte. Pero antes tienes que verla, sentirla y creer en ella. Y, cuando lo hagas, te llevará a lugares que no esperabas.

Sopeap entrelaza las manos, esperando mi respuesta, pero, cuando consigo reaccionar, ya se ha dado la vuelta y está abriéndose camino entre la basura.

Yo me quedo de pie bajo el sol abrasador, con los ojos inyectados en sangre, un niño que no para de llorar y un cerebro incapaz de responder a la pregunta más importante:

¿Cómo puedo ayudar a Maly?



২২

CAPÍTULO 11

Han pasado dos días y mi profesora aún no ha vuelto. Tengo los nervios de punta. No quiero que Sopeap haga preguntas sobre Maly, así que todas las mañanas, antes de que salga el sol, la llevamos a casa de Gordito. Luego, al anochecer, Gordito la trae de vuelta para que duerma con nosotros. Le da miedo que alguien la encuentre.

Es agotador. Y, por si fuera poco, aún no sabemos cómo ayudarle, y yo estoy empezando a tomarle cariño. Al tercer día, Sopeap sigue sin aparecer, y yo decido hacer lo que tenía que haber hecho desde el principio: ir a ver a mi madre.

—¡Sang Ly! ¿Dónde está Nisay?

—De eso quería hablarte. ¿Recuerdas que siempre quise tener una niña?

Mi madre me mira con incredulidad.

—¿Qué pasa? ¿Estás embarazada?

—No. No que yo sepa.

Su incredulidad se torna en asombro.

—¿Entonces?

Señalo el suelo y me siento a su lado. Después de respirar profundamente, tomo su mano y le explico las razones que me han llevado a convertirme en la secuestradora más famosa de Stung Meanchey. Cuando termino, mi madre no responde.

Me quedo esperando. Mamá parece pensativa.

—Gracias —responde al fin.

—¿Por qué?

—Por confirmarme que te he educado como es debido. En cuanto a nuestro problemilla, me llevará un día o dos, pero creo que podré solucionarlo.



Sopeap no me aclara dónde ha estado los últimos días, así que decido no preguntárselo. Sin embargo, hay que reconocer que tiene buena cara. Además, lleva un

par de calcetines nuevos, y, aunque sigue mostrándose tan autoritaria como siempre, nunca ha tenido mejor aspecto.

—Sang Ly —empieza diciendo—, soy una mujer mayor. Hace mucho que dejó de importarme lo que la gente opina de mí.

Eso ya me lo figuraba, pero asiento con la cabeza para mostrar mi aprobación.

—Cuando te haces mayor, suceden dos cosas —prosigue—. La primera es que adquieres experiencia y sabiduría. Aprendes de tus errores y ofreces consejos a los demás. La segunda es que te vuelves olvidadiza, cascarrabias y senil, y cuando das consejos... en fin. Muchas veces no sabes ni lo que dices. Llevo mucho tiempo sin enseñar, y la última vez que nos vimos cometí un error imperdonable. Me adentré en el tema sin enseñarte la regla más importante.

Me apresuro a coger el lápiz.

—La literatura hay que disfrutarla.

Levanto la mano para hacer una pregunta, pero sus labios ya están respondiendo.

—Cuando era pequeña, mi padre visitó un país lejano en un viaje de negocios. Cuando volvió, me regaló una caja que contenía un dulce. Me dijo que se trataba de un dulce muy especial porque, al parecer, en aquel país tenían la costumbre de introducir un pequeño regalo en la masa y hornearla con el regalo dentro. Se supone que el regalo debía ser una sorpresa, pero mi padre no quería que me rompiera un diente o me lo tragara sin querer. Sabiendo que había un regalo, empecé a engullir el dulce a toda prisa, deseando encontrar la estúpida sorpresa.

—¿Y la encontraste?

—Sí, al final. Estaba escondida en un extremo y, cuando quise encontrarla, casi me había comido el dulce entero.

—¿Tú sola?

—Sí, claro. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que me comí el dulce tan deprisa, tan obsesionada con la sorpresa, que ahora mismo no sabría describir su sabor. No recuerdo su textura, ni si estaba bueno o malo. Ni siquiera recuerdo de qué país era. ¿Y sabes por qué?

—Porque... porque solo te importaba el regalo.

—¡Efectivamente! —exclama—. La literatura se parece a un dulce con un montón de regalos dentro. Aunque los encuentres, si no disfrutas el camino que te conduce a ellos, tu hazaña no servirá de nada. Un novelista americano llamado Heller lo resumió de esta manera: «*Lo sabía todo sobre la literatura, salvo cómo disfrutar de ella*».

Anoto también la cita.

—Aprender —sigue diciendo— es un proceso que lleva toda la vida. Por eso debes tener paciencia. Cuando empecemos a sumergirnos en las historias —que es lo que vamos a hacer—, lograrás entenderlo. Como decía Plauto: «*La paciencia es el remedio para*

todos los problemas».

—¿Cómo puedes recordar tantas citas? —pregunto.

—Desgraciadamente —responde— tengo una memoria que solo el licor de arroz consigue borrar. Lady Macbeth tenía razón cuando llamó a la memoria «*el guardián del cerebro*».

—¿Te das cuenta de que has respondido a mi pregunta con otra cita? —señalo.

Sopeap sonrío, y con eso termina la clase.



Cuando mi marido entra en casa, esperaba verle decepcionado. Hoy se ha reunido con los hombres del vertedero para hablar de las bandas. Quiere convencerles de hacer algo contra ellas. Pero, mientras se quita las botas, le veo sonreír.

—¿Has conseguido convencerlos? —pregunto.

—He convencido a tres —dice—. Bueno, a dos y medio.

—Es un buen comienzo, pero... ¿tú crees que tres personas —bueno, tú y una y media— seréis capaces de darles su merecido?

—¿Por qué no?

Ya hemos tenido esta discusión mil veces y sé cómo termina. Pero decido volver a insistir.

—Ki —imploro—, sabes que no merece la pena morir por eso.

En vez de llevarme la contraria, mi marido me responde con una pregunta.

—Tú has decidido ayudar a tu familia aprendiendo literatura; yo le voy a ayudar con mi cuchillo. ¿Cuál es la diferencia?

Guardo silencio durante al menos diez segundos.

—Puede que no sea tan distinto —digo al fin—, pero al menos leer no va a acabar con mi vida.

—Hay momentos en que no queda más remedio que defenderse —dice Ki tranquilamente—, ya sea con palabras o con un cuchillo. Tú sigue leyendo. Tus historias te lo enseñarán.

Cada uno ha recitado su papel y la obra termina como siempre. Pero hay algo que me preocupa.

—Me gustaría preguntarte una cosa: ¿la media persona de la que hablas... es Gordito?

Mi marido sonrío ligeramente.

—No —responde al fin, muy serio—, no es Gordito. La persona que he contado como media, la persona que está dispuesta a plantar cara a las bandas es Lena, tu madre.



Hoy, el aire es cálido y pesado. Aparto la cortina y me siento en el suelo, a la sombra. Observo la casa de Teva Mao, mientras escucho el llanto de mi hijo en la distancia. Últimamente, mi amiga se muere por cuidar a Nisay. Sospecho que Sopeap ha llegado a un acuerdo con ella para perdonarle parte del alquiler.

Estoy muy preocupada por mi hijo. No me gusta dejarle con Teva todas las mañanas. Cuando lo dejo en sus manos y Nisay se echa a llorar, me dan ganas de tirar los libros y abrazarlo con todas mis fuerzas. Luego, su llanto constante me recuerda que, a no ser que haga algo, mi hijo nunca conseguirá curarse. Me pregunto si la vida será igual de complicada para todo el mundo.

Sopeap percibe mi angustia.

—No te preocupes por tu hijo —dice—. Seguro que se pondrá bien.

—¿Tú crees que mi aprendizaje le ayudará? —pregunto, deseando confirmar que estoy haciendo bien.

—La educación siempre es buena. Nos ayuda a entender nuestro lugar en el mundo.

—¿Y tú crees que la literatura me ayudará a averiguarlo?

—Sang Ly, todos *somos* literatura: nuestras vidas, nuestras esperanzas, nuestros deseos, nuestras pasiones, nuestras debilidades... Las historias no solo reflejan los anhelos de hoy, sino también las esperanzas del mañana. A la literatura se la ha llamado *el manual del ser humano*. De modo que sí, la literatura te ayudará a averiguarlo.

—¿Conseguiré averiguar qué le pasa a mi hijo?

Sopeap baja un momento el libro.

—Sang Ly, yo solo soy una pobre anciana que vive en un vertedero. No sé si estás tomando la decisión correcta. Esa es una pregunta que solo tú puedes responder. Pero antes debo advertirte una cosa.

—¿Advertirme? ¿De qué?

—Cuando empieces a relacionar la literatura contigo y con tu familia, empezarán a surgir preguntas inesperadas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Las más importantes: ¿cuál es el sentido de mi vida? ¿Por qué estoy aquí, en este vertedero? ¿Qué me deparará el futuro? ¿Se preocupan por mí los antepasados? ¿Por qué

la vida es tan difícil? ¿Qué es el bien? ¿Qué es el mal? Y la lista continúa...

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible que las historias de los demás me hagan plantearme preguntas sobre mí misma?

—Porque, de un modo u otro, todas las historias hablan de nosotros.

—¿Pero cómo?

—Guárdate las preguntas para otro momento. No vaya a ser que terminemos la clase sin abrir un libro. Hoy vamos a empezar con *Tum Teav*, una historia del escritor camboyano Preah Bothumthera Som.

Sopeap me entrega un libro usado.

—Estoy segura de que te encantará —dice—. Trata de una joven llamada Teav, que se ve envuelta en extrañas circunstancias.

Sopeap me mira a los ojos, como si pudiera leer mis pensamientos. Estoy segura de que está pensando en Maly. Me pregunto quién más estará al corriente.

Luego señala el libro y dice:

—Ya puedes empezar a leer.



৭৬

CAPÍTULO 12

Mi madre está volviendo a hacer de las suyas en la zona de los cobertizos, pero parece que yo soy la única en darse cuenta. Cuando llego, ya ha conseguido convencer a Sida Son y a Jorani Kahn para que construyan un cobertizo juntas.

—Entre las dos crearéis el cobertizo más bonito de Stung Meanchey —les ha dicho.

El problema es que Sida y Jorani se odian, y mi madre lo sabe. Si sus intenciones fueran buenas, si lo que quisiera es que las dos mujeres hicieran las paces, yo sería la primera en aplaudirle. Pero las ha convencido con el único propósito de divertirse.

—Debería darte vergüenza —le digo, mientras me siento a su lado.

Las dos mujeres están discutiendo sobre el tamaño de los cartones y el color del techado. Me dan ganas de acercarme a separarlas, pero sé por experiencia que eso es imposible.

—¿Qué diría papá si te viera? —pregunto a mi madre.

—En primer lugar, no sé a qué te refieres —dice—, y en segundo lugar, más te vale cerrar la boca. Al fin y al cabo, *tú* le mataste.

Naturalmente no lo recuerdo, pero dicen que, antes de nacer, yo me negaba a abandonar el vientre de mi madre. Mi madre empujaba, animada por la comadrona, mientras mi padre fumaba nervioso en el jardín.

Según mi abuelo, yo no quería abandonar a los antepasados porque estaban todos reunidos contándome chistes. Yo sospecho que alguien me había advertido de mi futuro en Stung Meanchey. En cualquier caso, el parto duró horas. Cuando por fin llegué al mundo, la comadrona salió a dar la buena noticia y encontró a mi padre desplomado en el suelo.

Cuando era niña, me gustaba pensar que mi padre había renunciado a su vida por mí. Pensaba que yo era la destinada a morir, pero que, en el último momento, mi padre hizo un *phlah bdo* (un intercambio secreto) y se ofreció en mi lugar.

Ya sé que es una historia ridícula, pero durante años me consoló de una de las mayores desgracias de mi infancia: no haber conocido a mi padre. Ni siquiera sé qué aspecto tenía. En la provincia no suelen hacerse fotos, y la única fotografía que mi madre conservaba de él se perdió cuando yo era recién nacida.

—¿Te apetece quedarte un rato más? —pregunta mi madre, mientras Sida y Jorani

empiezan a tirarse basura a la cabeza.

Intento no reírme, pero ambas mujeres resultan bastante cómicas.

—No me extraña que las dos vivamos en Stung Meanchey —le digo, aguantándome las ganas de aplaudir—. Lo tenemos bien merecido.

Cuando la pelea termina, mi madre dice como por casualidad:

—Por cierto, ya he solucionado lo de la chica.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Que lo has solucionado? ¿Cómo...?

—Por el bien de todos, será mejor que me guarde los detalles. Digamos que le he encontrado un refugio lejos de la ciudad. Allí estará a salvo.

—¿Cuándo?

—Mañana me marcharé con ella.

—¿Tan pronto?

—Sí, pero hay un problemilla.

Odio cuando mi madre dice la palabra *problemilla*.

—¿Qué clase de *problemilla*?

—Para que todo salga bien, necesitaremos la ayuda de Sopeap Sin.



Estoy esperando en la puerta de mi casa cuando por fin llega Sopeap. Mandé a Gordito a decirle que necesitaba hablar con ella.

—¿Se puede saber qué pasa? —pregunta, enfadada.

—Lo siento —empiezo a decir, sin saber cómo explicarlo—. Es solo que...

Sopeap pierde la paciencia.

—¿Es por la chica?

Respiro profundamente.

—¿La conoces?

—Sí. La vi durmiendo en tu casa.

—Siento no habértelo contado, pero teníamos que esconderla.

—¿Tienes algún plan? —me interrumpe.

—Sí, pero...

—Suéltalo de una vez.

—Necesitamos tu ayuda. La chica necesita dinero para el autobús, y luego para la familia, para cubrir sus gastos.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

Está claro por qué, pero prosigo:

—El único dinero que tenemos es el que estamos ahorrando para pagar el alquiler.

Sopeap levanta la voz.

—¿Estás insinuando que ayudar a esa chica, a la que ninguna de las dos conocemos de nada, es más importante que pagar el alquiler?

No termino de entender por qué me grita. Su pregunta reclama una respuesta, pero no sé qué decir.

—¿Es eso lo que estás insinuando? —insiste.

—Sí —le digo—. Eso es.

Entonces responde:

—¡No pienso permitir que utilices el dinero del alquiler para eso!

—Pero Sopeap...

Bruscamente se mete la mano en el bolsillo, saca un fajo de billetes y me lo da.

—Con esto será suficiente. Pero, por el bien de la chica, debes entregárselo a una persona de confianza. ¿Cuándo se va?

Me quedo tan sorprendida que soy incapaz de responder.

—Te estoy preguntando que cuándo se va —repite.

—Esta noche.

—Así que hoy no habrá clase, ¿no?

—No, hoy no.

—Entonces me voy a tomar una copa. Espero que mañana logres concentrarte por fin en tus estudios.

Mientras se aleja, grita:

—¡Y no te retrases con el alquiler!



La vida es muy extraña. Un día estás preocupada por Maly, y al día siguiente te da pena dejarla marchar. Aunque hace un calor asfixiante y necesito un poco de aire fresco, dejo la cortina bajada hasta que anochece.

Gordito es el primero en despedirse. Al principio no sabe si abrazarla o no. Maly le ayuda a decidirse echándole los brazos al cuello. Ambos susurran palabras inaudibles y, cuando se separan, el chico anuncia que va a salir fuera a echar un vistazo. Pero todos sabemos que solo quiere llorar a escondidas.

Luego me toca a mí. Yo también le doy un abrazo.

—Tengo una cosa para ti —digo, mientras le entrego una copia de *Reamker*, un libro que me regaló Sopeap.

—Pero si yo no sé leer...

—Aún no —añado—, pero ya aprenderás.

Maly acaricia la cubierta.

—¿De qué trata?

—Lo acabo de terminar. Es un poema épico que te va a encantar. Volarás con el príncipe Rama y la reina Sita, lucharás contra unos gigantes, te harás amiga de unos monos, nadarás con las sirenas y rescatarás a una triste princesa. Es una historia maravillosa y llena de magia, en la que el bien vence al mal y la amistad dura para siempre. Cuando la leas, podrás acordarte de nosotros.

La abrazo un rato más, hasta que mi madre me interrumpe para indicarme que ha llegado la hora.

—Sé fuerte —le digo—. Ya verás cómo todo sale bien.

—¿Y cómo voy a sobrevivir yo sola? —pregunta la chica, llorando.

—No estarás sola. Todos estaremos animándote desde aquí.

Maly asiente. Luego, tan rápido como entró en mi vida, la muchacha desaparece. Aunque sé que no es mi hija y que esto es lo mejor para ella, cada vez que la recuerdo me duele el corazón.



၉၈

CAPÍTULO 13

A veces, los libros que leo con Sopeap son de autores camboyanos. Sin embargo, la mayoría son traducciones de escritores extranjeros. Muchos están en inglés, pero tienen la traducción jemer escrita entre líneas. Todavía no sé de dónde los saca.

Al parecer, Sopeap no solo fue profesora en la universidad de Nom Pen, sino que, antes que eso, estudió literatura inglesa en Estados Unidos. (Su familia debía de ser muy rica para permitirse semejantes lujos).

En la portada del libro de hoy se ve la cola de un pez sumergiéndose en el mar.

—La versión que vamos a leer está resumida —dice—. Aun así, sospecho que tardaremos al menos dos días en terminarla. La novela original es de un autor americano llamado Herman Melville. Está traducida por Khun Chhean.

A excepción de algunos escritores camboyanos, cuyos nombres me resultan familiares, el nombre de los autores no me suele decir nada. Sopeap dice que eso no tardará en cambiar.

Como a veces me cuesta asimilar el significado de las historias, Sopeap suele contarme de antemano lo que va a pasar, para que, cuando lleguemos a los fragmentos importantes, preste atención.

—Algunos dicen que, en la novela de hoy, el capitán Ahab representa el mal, porque está sediento de venganza. La ballena blanca, por el contrario, representaría el bien.

—¿En las novelas todo tiene que tener un significado? —pregunto, antes de empezar.

¿Quién iba a imaginar que la literatura sería tan complicada?

—Esa es una lección maravillosa, Sang Ly. Recuérdala.

—¿El qué? —pregunto, sin saber a qué se refiere.

Sopeap lo repite por mí:

—En la literatura, todo tiene un significado.

Abro el libro y empiezo a leer.



Pueden llamarme Ismael. Hace algunos años –no importa cuántos exactamente–, con poco o ningún dinero en el bolsillo y nada en particular que me interesara en tierra, decidí darme al mar y ver la parte líquida del mundo...



Tardamos cuatro días en leer la versión resumida de *Moby Dick*, pero son los cuatro días más emocionantes de mi vida. Además, leer me ha ayudado a olvidarme momentáneamente de Maly. El libro termina con una trepidante batalla entre el capitán y la ballena.

El capitán Ahab es un viejo amargado, cuya única motivación en la vida es vengarse de lo que su enemiga le hizo hace años (concretamente, arrancarle una pierna). Sus palabras y sus acciones son violentas y despiadadas, y en el último momento, mientras arponea al animal desde su bote zozobante, el capitán grita: «*Lucho contigo hasta el último instante; desde el centro del infierno te atravieso; en nombre del odio vomito mi último aliento sobre ti*». Pero, a pesar de su tosquedad, Ahab no es un ser del todo despreciable. Es un hombre mezquino, sin duda, pero también consumido por un erróneo deseo de venganza.

Por otro lado, la ballena blanca, que según Sopeap representa el bien, tampoco es una criatura celestial. Aunque gana la batalla –significando que el bien prevalece sobre el mal–, también termina matando al capitán y al resto de su tripulación (salvo al joven que cuenta la historia), un acto que puede considerarse de todo menos bondadoso.

Después de leer la historia, las palabras de Sopeap siguen resonando en mi mente: *En la literatura, todo tiene un significado*. No puedo evitar pensar en mi marido. También él parece ávido de venganza, aunque a menor escala que el capitán Ahab. Sin embargo, Ki es un buen hombre, un gran trabajador y un marido maravilloso. La pregunta que me preocupa es la siguiente: *¿Quién será Ki, Ahab o la ballena?* Es una pregunta muy inquietante, porque si Ki no es la ballena, si se parece más al capitán Ahab y a su

tripulación, más le vale tener cuidado. Porque tanto el capitán como sus hombres terminan todos muertos.

—¿Podrías explicarme qué nos dice esta historia sobre el mal? —pregunto a Sopeap con mucho interés.

—¿Podrías ser más específica?

—¿Cómo debemos reaccionar ante el mal en nuestra propia vida? ¿Debemos combatirlo, como Ahab y la ballena? ¿O debemos mantenernos al margen y preocuparnos de nuestros propios asuntos, como hace la gente del vertedero? Hemos ayudado a Maly a escapar, pero las bandas siguen aquí, y cada día son más violentas.

Como mi profesora es una mujer educada y sabe mucho de literatura, espero una respuesta larga y razonada. Pero Sopeap se limita a contestarme con una sencilla frase.

—Si estás segura de que combates el mal y no la ignorancia —dice al fin—, entonces debes destruirlo, antes de que él te destruya a ti.

Con el tiempo he llegado a conocer muy bien a mi profesora. Sé leer las emociones en su rostro e interpretar todos sus gestos. Cuando consulta su reloj, significa que está impaciente. Cuando golpea el suelo con el pie, significa que está enfadada. Cuando frunce los labios, significa que está intentando aguantarse la risa. Ahora, cuando me dice que debo destruir el mal, una nueva emoción se dibuja en su cara. Una emoción que no había visto nunca. Cuando Sopeap habla del mal —del mal verdadero—, su rostro refleja miedo.

No quiero presionarla, pero necesito entenderlo.

—Siempre le digo a Ki que estoy aprendiendo literatura para ayudar a mi familia. Él asegura hacer lo mismo, pero con su cuchillo. ¿Cuál de los dos tiene razón? ¿Qué es mejor, ayudar con las palabras o con un cuchillo?

Sopeap me ofrece una respuesta clara y solemne, que no deja lugar a dudas:

—A la ignorancia se la combate con palabras. Al mal se lo combate con el cuchillo. Dile a tu marido que tiene razón.



১৬

CAPÍTULO 14

Mientras espero a Ki cerca de los camiones, encuentro una muestra de literatura (o al menos eso creo). El papel estaba atrapado entre dos revistas rotas. Por poco lo tiro. El título reza así: *Consejos de Sy Mao para cultivar el arroz*. No es el título lo que me llama la atención, sino las palabras que hay escritas debajo. Decido leerlo en voz alta para que mi madre, que está a mi lado con Nisay, pueda escucharme.



El arroz es el cereal más importante del mundo. Los siguientes consejos te ayudarán a cultivarlo de manera satisfactoria.

Cultivar arroz es difícil, pero no imposible. Requiere paciencia, mimo y un esfuerzo considerable.

Aunque el arroz puede adaptarse a muchos entornos, necesita abundante sol, agua y nutrientes para crecer.

Este cereal se presenta en muchas variedades: marrón, blanco, negro y rojo. Puede ser de grano largo (más fino), de grano medio (corto y grueso) y de grano corto (casi redondo), dulce, pegajoso, etc. Todas las variedades son buenas.

El secreto para cultivarlo consiste en proporcionarle un entorno adecuado. Elimina todos los elementos nocivos que puedan dañar las plantas. Utiliza grandes cantidades de materia orgánica en buen estado.

Asegúrate de que tus plantas tienen espacio suficiente para crecer. No llenes el espacio de semillas. Cultivar demasiadas plantas a la vez puede resultar difícil y fatigoso.

Aunque el arroz crece mejor en ciertos entornos, a veces no podrás controlar las condiciones naturales. No te preocupes. El arroz tiene una

extraña habilidad para soportar tanto la sequía como las inundaciones.

A veces, el arroz se planta en un pequeño vivero y luego se traslada al jardín. Otras, el arroz puede cultivarse directamente en el propio jardín. Ambos métodos funcionan. La ventaja de plantarlo en el jardín es que se reduce el impacto que supone el trasplante para los brotes más jóvenes.

Ante todo, cuida por igual de todas las plantas, sin olvidar ninguna. Todas las plantas son importantes. Cuídalas adecuadamente y todas crecerán hasta hacerse maduras y fuertes.

Buena suerte.

Sy Mao.



A primera vista, la página solo contiene unos consejos para cultivar el arroz, por eso mi madre no termina de entender de qué me río. Así que decido explicárselo:

—Aunque solo son unas instrucciones para cultivar el arroz, alguien ha escrito debajo: «*y educar a los niños*». Ahora, el título dice: *Consejos de Sy Mao para cultivar el arroz y educar a los niños*.

Mi madre no termina de entenderme, así que trato de enfocarlo de otra manera.

—Voy a leerlo otra vez, pero, cuando diga *arroz* o *plantas*, sustitúyelo por *niños*, y, cuando diga *cultivar*, piensa en *educar*.

Mientras lo leo, hago una pausa cada vez que aparece la palabra *arroz*, dándole tiempo para captar el nuevo significado. Al cabo de un rato, mi madre está sonriendo igual que yo.

Como sabe que estoy estudiando literatura, mi madre pregunta:

—¿Cómo es posible que solo dos palabras puedan convertir unas instrucciones en literatura?

Me quedo pensando un buen rato antes de responder.

—No estoy segura de que sea literatura —respondo, como si de pronto yo fuera la profesora—. Solo sé que esas dos palabras me llevan a ver el texto de otra manera. ¡Y tengo que reconocer que me encanta el resultado!



Después de entregarle a Sopeap una copia de los *Consejos de Sy Mao para cultivar el arroz*, me pongo a brincar como si fuera una colegiala.

—Esto sirve para ilustrar una lección que pensaba abordar mañana —dice—. Pero ¿por qué no abordarla ahora? Sang Ly, debes saber que las palabras son muy poderosas. Las palabras son más valiosas que el oro.

Me quedo callada. La duda se dibuja en mi rostro.

—¿No me crees? —pregunta.

—Pues no —digo—. Con el oro puedes pagar la comida, la ropa, el alquiler... todo. Pero... ¿qué puedes pagar con las palabras?

—Cuando llevas a tu hijo al médico, ¿cómo le explicas lo que le pasa? ¿Con oro?

—No —respondo.

—Entonces... ¿cómo lo averigua?

—Porque yo se lo digo...

—Efectivamente. Y lo haces con palabras. Utilizas las palabras. Aunque el oro pueda servir para pagar las facturas, las palabras pueden ayudarte a salvar a tu hijo.

La lección no termina aquí.

—Si quieres decirle a tu marido lo mucho que significa para ti... ¿cómo lo haces? ¿Le das oro?

—Seguro que le encantaría.

—Si le dieras camiones llenos de oro, solo le estarías entregando riquezas vacías, sin significado. Para expresar el amor verdadero, ¿qué le dices?

—Palabras.

—¿Qué clase de palabras? ¿Qué le dirías?

—Supongo que le diría *te quiero*.

—Dos palabras, Sang Ly, dos simples palabras expresan mucho más que todas las riquezas del mundo. Las palabras ponen voz a nuestros sentimientos más profundos. Te aseguro que las palabras han causado y resuelto muchas guerras. Han amasado y arruinado numerosas fortunas. Las palabras han salvado y arrebatado muchas vidas. Han hecho perder y ganar grandes imperios. El propio Buda dijo: «*Sean cuales sean las palabras que pronunciamos, debemos elegirlas con cuidado, pues pueden influir extraordinariamente en las personas que nos rodean*». ¿Lo entiendes?

—Creo que sí, salvo una cosa.

—¿El qué?

—Si las palabras son tan poderosas, ¿cómo es posible que tú —una mujer educada, que conoces tantas palabras— vivas en Stung Meanchey?

Mi profesora tarda un buen rato en responder.

—A veces, las palabras pueden ser cadenas —dice al fin—. Pueden ayudarnos a levantar el vuelo pero, si no tenemos cuidado, pueden amarrarnos a la tierra, a veces por nuestra propia voluntad.

—¿Me estás diciendo que vives en el vertedero porque quieres? —le pregunto.

Siempre que abordo un tema espinoso, Sopeap suele responderme con otra pregunta. Dice que eso es lo que hacen los buenos profesores. Yo creo que eso es lo que hacen los profesores que no quieren contestar.

Esta vez no es ninguna excepción.

—Sang Ly —responde—, ¿no crees que, en cierto modo, todos elegimos vivir en un vertedero en ciertos aspectos de nuestra vida?



Después de cenar, le cuento a mi marido que Sopeap ha hablado de él.

—Ya puede ser algo bueno. ¿Qué ha dicho mi profesora favorita?

—Ha dicho que tienes razón.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿Que tengo razón sobre qué? —pregunta.

—Que, si nos enfrentamos al mal, debemos defendernos y plantarle cara. Dice que la única manera de acabar con el mal es destruirlo.

—Y cuando dijo eso... ¿estaba borracha?

—Me da la impresión de que ya no bebe.

Ki tarda un minuto en asimilar lo que acabo de decir: *Sopeap está de acuerdo con él en algo*. Aunque su encogimiento de hombros parece sugerir que *tampoco es para tanto*, sé que está deseando gritar: *¡Te lo dije!*

—Por cierto, quiero que me prometas una cosa.

—¿El qué?

—Que no vas a ser el capitán Ahab.

—¿Quién es el capitán Ahab?

—Un hombre que luchaba contra una ballena.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Pues que al final muere. ¿Te parece poco?



၁၂

CAPÍTULO 15

La mayoría de los libros que trae Sopeap no tienen dibujos. Sin embargo, hoy saca uno con ilustraciones, parecido al libro de Nisay.

—¿Vamos a leer un cuento para niños? —le pregunto.

—Algunos lo llamarían así.

—¿Y tú cómo lo llamarías?

Sopeap se queda un rato pensando.

—Yo lo llamaría... una historia *maravillosa*.

Sé que ha hecho una pausa para despertar mi interés, y la verdad es que lo ha conseguido. Cojo el libro para verlo mejor, pero Sopeap me lo arrebató de las manos.

—¿Y qué tiene *esta* historia de maravillosa? —pregunto, dándome por vencida.

—Es maravillosa porque tiene muchos siglos de antigüedad. Pero lo más importante es que pertenece a una distinguida familia de historias famosas en todo el mundo.

A veces me da la impresión de que Sopeap quiere confundirme a propósito. Finjo que la entiendo y paso a la siguiente pregunta:

—¿Y cómo se llama?

—*Sarann*.

—¿Sarann? ¿Y quién es Sarann?

—Sarann es una muchacha camboyana. Pero, antes de que sigas haciendo preguntas, vamos a leerla.

Sopeap abre el libro y empieza a leer.



Hace muchos años, cuando el Imperio jemer se extendía desde Tailandia hasta las costas de Vietnam, cerca del reino de Angkor vivía un rico campesino con su mujer y su única hija, Sarann.

La familia residía en la ribera de un río, el Tonle Sap, en una casa levantada sobre estacas para protegerla de las inundaciones. Como el padre poseía todos los arrozales de los alrededores y tenía muchos sirvientes, a su hija nunca le faltó de nada. Sin embargo, a pesar de su riqueza, Sarann nunca fue una muchacha egoísta. En vez de pensar en sí misma, como hacen muchos niños, llevaba la comida a los sirvientes mientras ellos trabajaban los campos. En casa, cuando su madre estaba cansada, Sarann se sentaba a su lado y le cepillaba el cabello; y si algún mendigo necesitaba cobijo, ropas o comida, Sarann no dudaba en ayudarlo.

Aunque la joven era feliz con su vida, lo que más le gustaba era ir al Festival del Agua. Dicha celebración tenía lugar una vez al año, cuando las aguas del lago regresaban al río, fenómeno natural que solo se producía en aquella parte del mundo. El festival coincidía con la luna llena del mes de Kadeuk.

Además de la abundante comida, los magníficos bailes y las ceremonias sagradas, los pueblos de los alrededores competían en una carrera de canoas, con proas bellamente pintadas y popas que se curvaban hacia el cielo. Una vez que se decidía el ganador, el propio rey le entregaba el premio, consistente en un remo ceremonial con el sello de la corte. Muchas veces, el rey se montaba en la canoa ganadora para dar suerte al pueblo vencedor.

Fue en el Festival del Agua donde los padres de Sarann le compraron su regalo máspreciado: una *sampot* (falda) de seda, bordada de oro y plata. Se trataba de una *sampot* muy especial, que debía conservar hasta el día de su boda, y que venía guardada en una caja de madera con un cierre de seguridad.

Acababa de caer un aguacero vespertino y el sol asomaba entre las nubes, dibujando un precioso arcoíris que brillaba en el cielo. Sarann y sus padres se sentaron en la ribera del río y desdoblaron la falda. Para Sarann, la falda significaba que se había hecho mayor. Cuando le dio el regalo, su padre susurró unas palabras de advertencia: «Hija mía, cuando crezcas, no dejes de servir a los demás, y, lo que es más importante, nunca pierdas de vista tus sueños».

Pero los sueños, al igual que los arcoíris, pueden ser fugaces, porque, cuando Sarann cumplió catorce años, una epidemia se extendió por el pueblo, y tanto su padre como su madre cayeron gravemente enfermos. A los tres días, su madre murió, y su padre habría seguido su mismo camino de no ser por los cuidados de Sarann, que se quedó al pie de su cama, poniéndole paños húmedos sobre la frente y susurrándole palabras de amor.

Aunque su padre se recuperó, la enfermedad debilitó su corazón (y, según

algunos, también su mente). Temiendo que la fiebre pudiera regresar y arrebatarse la vida, dejando sola a Sarann, el hombre decidió casarse con una viuda que acababa de instalarse en el pueblo con su hija. Aunque algunos la consideraban la mujer más hermosa del pueblo, otros, tal vez más inteligentes, la consideraban una mujer astuta, malvada e implacable.

A pesar de las habladurías, Sarann deseaba que el matrimonio fuera beneficioso para su padre. Además, por fin tendría una hermana (o al menos una hermanastra). Sin embargo, tan solo unos meses después del enlace, su padre murió silenciosamente mientras dormía. Después de la muerte de su esposo, la verdadera naturaleza de la madrastra salió a la luz. Con su recién estrenada fortuna, la mujer se obsesionó con su belleza y empezó a desconfiar de cualquier persona que pudiera amenazar su estatus, especialmente de Sarann.

La engreída mujer gastaba verdaderas fortunas buscando a astrólogos, hechiceros y magos que supieran preparar pociones y conjuros para preservar su belleza y conservar su juventud. Pero la envidia es muy difícil de ocultar.

La madrastra codiciaba la belleza natural de Sarann, y todos los días le asignaba las tareas más penosas: alimentar a los cerdos, limpiar el pozo, frotar el suelo... Pero no importaba lo penosa que fuera la tarea porque, al igual que la envidia, el brillo de la virtud también es difícil de ocultar. Y, aunque la hermanastra de Sarann no aprobaba el trato que esta recibía de su madre, tampoco hacía nada para impedirlo.

Pasaron los años, y Sarann fue perdiendo su belleza. Su piel se tornó áspera, sus cabellos ralos y sus mejillas hundidas, aunque ella se esforzaba en estar siempre contenta. Todas las mañanas, nada más levantarse, la muchacha abría su caja de madera (que escondía en la pared de su habitación) para admirar los bordados de su *sampot* y recordar la bondad y el amor de sus padres. A continuación repetía en voz baja las palabras de advertencia de su padre: «Sirve siempre a los demás y nunca pierdas de vista tus sueños».

Un día, una hechicera vino a informar a su madrastra de la existencia de una extraña flor. La flor, que tenía el centro amarillo y los pétalos púrpura, solo crecía en la zona más profunda y peligrosa de la selva. Muchos hombres habían intentado encontrarla, pero ninguno lo había conseguido. De hecho, la mayoría no habían vuelto, probablemente devorados por los animales salvajes. Se decía que, si uno se frotaba la piel con sus pétalos, de su interior surgía una belleza tan radiante que la persona se volvía irresistible.

La madrastra era cada día más codiciosa. Como ansiaba la flor, ideó un malvado plan para conseguirla: decidió enviar a Sarann a las profundidades de

la selva para buscarla. Si regresaba con los pétalos, mejor. Y si era devorada por las bestias salvajes, ¡mejor aún! El plan no podía ser más perfecto.

Pero Sarann no pensaba lo mismo. Temía la selva y conocía sus peligros, pues su padre le había advertido de ellos muchas veces. De modo que se negó a ir. Su madrastra gritó, pataleó y la amenazó. Incluso llegó a abofetearla varias veces, pero nada consiguió hacerle cambiar de opinión. Porque no había tareas más penosas que las que ya hacía. Tampoco podía trabajar más, pues no había más horas en el día. En resumidas cuentas, no había castigo que Sarann no hubiera sufrido.

Una mañana (por orden de su madre), su hermanastra se escondió bajo una montaña de ropa que había en la habitación de Sarann, esperando a ser remendada. Desde su escondite, vio cómo Sarann sacaba la caja de la pared, admiraba la falda bordada y susurraba palabras cariñosas en recuerdo de sus padres. Al contemplar la escena, cualquier persona se habría conmovido hasta las lágrimas pero, lejos de conmoverse, la hermanastra corrió a informar a su madre de lo que había visto.

Ese mismo día, cuando Sarann regresaba a casa después de limpiar la pocilga, encontró a su madrastra sosteniendo su caja encima del fuego.

—¡Por favor, tenga compasión de mí! —gritó Sarann.

Pero su madrastra no sabía lo que era la compasión.

—Si no vas a la selva a por la flor, quemaré tu preciosa *sampot* y los últimos recuerdos de tus patéticos padres.

A la mañana siguiente, Sarann se adentró en la selva. Siguió caminando hasta que dejaron de oírse los sonidos del pueblo y se desdibujó el camino. A cada paso que daba, pensaba que pronto sería devorada por los animales salvajes. Pero no ocurrió nada de eso, y Sarann siguió adentrándose en las profundidades de la selva.

Cuando llegó la noche, encontró un árbol y durmió en sus ramas, hasta que el sol surgió de nuevo en el horizonte. Aunque tenía hambre y sed, Sarann siguió su camino, alejándose cada vez más de su casa. De vez en cuando observaba la densa vegetación en busca de una flor con el centro amarillo y los pétalos púrpura.

Pronto sus manos y sus pies, heridos por los tallos, los pinchos y las hojas afiladas de las plantas, se hincharon y se cubrieron de sangre. Su cuello y su rostro, cubiertos de picaduras de mosquito, ardían.

Al atardecer, cuando ya no podía dar ni un paso más, Sarann encontró un oscuro matorral de ramas espinosas. Allí, entre las hojas, descubrió las flores más brillantes y maravillosas que había visto en su vida. Todas ellas

mostraban unos bellos pistilos dorados y unos pétalos púrpura.

Pero lo verdaderamente curioso era que, posada en una rama, había una irena azul tan brillante y colorida como las propias flores. El pájaro no se asustó en absoluto de su presencia. De hecho, daba la impresión de que estaba deseando hablar, pero su pico se lo impedía. El ave entonó un precioso canto y luego se alejó, dejándola a solas para admirar las preciosas flores.

Sarann se acercó a tocarlas, para comprobar si eran de verdad. Efectivamente lo eran y, después de arrancar una, lo que resultó más difícil de lo que esperaba, Sarann acarició los aterciopelados pétalos con los dedos.

Aunque seguía teniendo hambre y sed, estaba tan emocionada de haber encontrado las flores, que empezó a arrancarlas a puñados para llevárselas a su casa. Pero enseguida se dio cuenta de que aquello era imposible, porque la vegetación de la selva era tan espesa que, para atravesarla, tendría que servirse de ambas manos para separar las hojas y las ramas. Nunca lograría regresar a casa con las flores.

Entonces se le ocurrió una idea. Aunque las flores tenían un aspecto delicado, eran muy resistentes y sus tallos, increíblemente flexibles. Sarann ató varias flores juntas, creando una robusta y hermosa corona. Cuando se la puso en la cabeza, le ajustaba tan bien que se sintió como una princesa. Además, los pétalos de las flores eran muy suaves y sirvieron para calmar su piel.

Una vez que estuvo lista para partir, Sarann buscó el camino de vuelta, pero toda la selva le parecía igual. No conseguía recordar por dónde había venido. Entonces escuchó a la irena, que la llamaba desde lejos. El pájaro parecía invitarla a seguirlo, y eso fue lo que hizo.

Aunque el camino de vuelta era igual de peligroso que el de ida, a Sarann no le importó. Cuando ya estaba cerca de casa, un apuesto joven surgió de la espesura.

Al verla, el muchacho tragó saliva y dijo:

—Buenos días, me llamo Kamol.

Cuando iba a decirle su nombre, Sarann se acordó del aspecto que debía de tener después de haber pasado tanto tiempo caminando por la selva. Quiso disculparse por estar tan sucia y herida, pero, cuando bajó la vista, se sorprendió al descubrir que no era así. Las picaduras de los mosquitos habían desaparecido. Los cortes que tenía en las manos y en los pies, que habían ido dejando un rastro de sangre, se habían esfumado. Tenía la piel lisa, suave y brillante. En cuanto al hambre y la sed... pues bien, no había vuelto a sentir las desde que emprendió el camino de vuelta. Entonces se acordó de la corona de

flores que llevaba en la frente, rozándole la piel. La hechicera tenía razón: los pétalos poseían un efecto mágico y poderoso.

Picada por la curiosidad, Sarann preguntó a Kamol qué estaba haciendo solo por la selva. El joven le contó que estaba recogiendo frutos de pircanta, una baya silvestre que, al cocerla, sirve para crear un tinte. Su objetivo era pintar con él su canoa para participar en la carrera del Festival del Agua. Cuando mencionó el festival, el rostro de Sarann se iluminó de alegría. Los dos se sentaron en el tronco de un árbol caído y empezaron a hablar del maravilloso evento y de las cosas que querían hacer. Cuando quisieron darse cuenta, el sol ya estaba ocultándose en el horizonte. Pronto sería de noche. Sarann buscó al pájaro que la había guiado hasta allí, pero no lo encontró. Afortunadamente, Kamol se sabía el camino de memoria y, juntos, salieron de la selva.

Cuando Sarann vislumbró su casa, se despidió del joven y corrió a recuperar su preciada *sampot*. En la puerta se encontró con su hermanastra, que estaba cocinando arroz sobre un fuego. La hermanastra la miró muy sorprendida, como si hubiera visto un fantasma, porque las flores la habían vuelto tan bella y radiante que apenas lograba reconocerla. Además, ni la hermanastra ni su madre esperaban volver a verla con vida.

Sarann estaba a punto de enseñarle las flores y contarle lo del pájaro cuando, de pronto, entre las llamas del fuego, vio los restos de su caja. Entre las cenizas brillaban también unos hilos dorados. Cuando Sarann se dio cuenta de lo que había pasado, exclamó:

—¿Pero qué has hecho? ¿Qué has hecho?

Al oír sus gritos, su madrastra salió de la casa, pero ya era demasiado tarde. Con lágrimas en los ojos, Sarann echó a correr y se sumergió en la oscuridad de la selva. Cuando la vegetación le impidió seguir avanzando, cayó de rodillas en el suelo y rezó para que un animal viniera a devorarla, pues ya no podía soportar tantas desgracias. Y efectivamente apareció un animal, pero no era un jabalí, ni una serpiente, ni tampoco un cocodrilo. Se trataba de la irena azul que la había guiado hasta casa. El pájaro revoloteó a su alrededor y finalmente se posó a su lado. Luego, delante de sus ojos, el animal se convirtió en una hermosa mujer con una túnica dorada y una bonita rama de sauce.

—¿Quién eres? —preguntó Sarann.

—Soy la diosa de la misericordia. He venido para consolarte.

—Es demasiado tarde —lloró la muchacha.

—Nunca es demasiado tarde. De hecho, tu vida no ha hecho más que empezar.

—Pero han quemado mi *sampot*. Ya no me queda nada para recordar a mis padres.

—Querida —repuso la diosa—, no necesitas una *sampot* para recordarlos. Tu corazón está lleno de recuerdos. Las muestras de su amor están por todas partes, solo tienes que abrir los ojos para verlas. Tus padres siempre desearon que fueras feliz. Así que ha llegado la hora de ponerse manos a la obra.

La diosa de la misericordia agitó su rama y, al hacerlo, todas las estrellas del cielo empezaron a dar vueltas.

El sonido de una risa distante despertó a Sarann en el mismo lugar donde se había quedado dormida. Mientras se incorporaba y frotaba sus ojos, se preguntó si todo habría sido un sueño. Pero, cuando se miró, se dio cuenta de que iba vestida con una *sampot* roja y dorada de las tonalidades más brillantes. Su cabello caía como un oscuro manto por encima de sus hombros, como si acabara de lavárselo en el río, y la corona de flores seguía adornando su frente.

De pronto oyó unas voces a su alrededor y, al salir de la espesura, vio a una muchedumbre que avanzaba hacia el pueblo.

—¿Adónde vais? —preguntó.

—Al Festival del Agua, por supuesto. ¿Acaso has estado viviendo en la selva?

Los aldeanos invitaron a la hermosa extranjera a acompañarles. Sarann llevaba varios días sin probar bocado, de modo que, nada más llegar al festival, se detuvo en los puestos de comida. Esperaba encontrar sus bolsillos vacíos, pero se sorprendió al descubrir que no solo no estaban vacíos, sino que contenían dinero suficiente para cubrir todas sus necesidades. Compró un gran cuenco de arroz con cerdo y verduras, como el que solía compartir con sus padres. Mientras se lo comía, sonrió al recordar cuando su padre le obligaba a comerse las verduras primero, antes de devorar los trozos de cerdo.

A continuación vagó por el mar de comerciantes que vendían bebidas, pescado, sombreros, sandalias, juguetes, incienso, ropas y todo lo imaginable, hasta *sampots* ceremoniales. Sarann se detuvo a observarlas, hasta que encontró una *sampot* parecida a la suya. Entonces se acordó del día en que sus padres se la compraron.

—Te estás haciendo mayor, hija mía —le dijo entonces su padre—. Ha llegado la hora de elegir tu propia *sampot lbak*, que conservarás hasta el día de tu boda.

Cuando volvió a recordar las palabras de su padre, Sarann susurró:

—Padre, gracias por confiar en una muchacha tan joven e ingenua como yo.

Sarann se acercó al río. Cuando era pequeña, su padre y ella solían encaramarse al muro de piedra que se alzaba en la orilla. Su padre solía subir primero y a continuación daba la mano a su querida hija para ayudarle. Aquel era un lugar perfecto para ver la carrera, pues el muro se levantaba por encima de la muchedumbre y permitía ver todas las canoas, por lejos que estuvieran. Como hoy no había nadie para ayudarle, Sarann subió sola. Aunque estaba triste porque su padre ya no estaba con ella, le agradeció mentalmente que le hubiera enseñado a subir. Allí, en lo alto del muro, sintió una extraña sensación de paz.

Cuando aparecieron las canoas, los aldeanos empezaron a gritar de alegría. Todo era igual que en los viejos tiempos y, animada por la gente que la rodeaba, Sarann se puso a vitorear a los remeros como una más. Desde allí vislumbró una canoa carmesí, del mismo color que su *sampot*. Sarann dedujo que se trataba de la canoa de Kamol.

La canoa carmesí ganó la carrera entre los gritos y los aplausos del público. Kamol, el capitán, volvió un momento la cabeza hacia ella, como si quisiera agradecer su presencia. *Debe de ser un joven muy apreciado en el pueblo*, pensó Sarann. Con aquella victoria, su nuevo amigo no solo se ganaría el respeto de los ancianos, sino que tendría el honor de conocer al rey.

Sarann bajó del muro y se abrió paso entre la multitud para contemplar a los vencedores. Para su sorpresa, el apuesto joven le hizo una señal para que se acercara.

—¡Eres tú! —gritó Kamol—. ¡Tú nos ayudaste a ganar!

—No te comprendo. Yo solo me limité a observaros —respondió Sarann.

—Para ganar la carrera —explicó Kamol—, el capitán debe elegir un punto de referencia y guiar la canoa hacia él. Si te desvías a derecha o izquierda, la distancia se incrementa. Cuando remábamos hacia la meta, elegí a una mujer con una falda roja y guie la canoa hacia ella, sin desviarme ni un milímetro. Al principio íbamos los últimos pero, concentrándonos en nuestro objetivo, conseguimos ponernos a la cabeza. Cuando pasamos al lado del muro, me di cuenta de que la mujer eras tú, la muchacha de la selva, y ni siquiera sé cómo te llamas.

—Me llamo Sarann.

Kamol le estrechó la mano ante la mirada curiosa de la muchedumbre, que se preguntaba quién sería aquella hermosa mujer.

—Señorita Sarann —prosiguió—, ¿le apetece dar un paseo en la canoa vencedora?

Sarann se sintió halagada, pero también confundida, porque el propio rey

estaba contemplando la escena a escasa distancia.

—Imposible —repuso Sarann—. El rey debe ser el primero.

—¿El rey? Por supuesto —dijo Kamol, volviéndose hacia él—. Padre, esta es la muchacha de la que te hablé. ¿A que es más bella de lo que pensabas? ¿Podría montarse ella primero?

El rey sonrió y, con un gesto, les dio permiso.

—¿Tú eres Kamol, el príncipe de Angkor? —preguntó Sarann, sorprendida.

Antes de que el joven pudiera responder, Sarann sintió un terrible tirón en el cabello. Alguien le había arrancado la corona de la cabeza. Sin que se diera cuenta, su madrastra y su hermanastra se habían abierto camino entre la multitud para arrebatarse la corona.

—¡Por fin son mías! —gritó la madrastra, mientras arrancaba una flor de la corona y se la frotaba frenéticamente por el rostro, los brazos y las manos.

La hermanastra siguió el ejemplo de su madre, arrancando dos flores en vez de una.

Antes de que el rey pudiera ordenar a sus soldados que arrestaran a las dos mujeres, la magia de las flores empezó a surtir efecto. Sin embargo, los pétalos solo revelaban la belleza interior, la verdadera naturaleza de las personas. Como hacía tiempo que la madrastra había sustituido la bondad por la vanidad y la codicia, ya no tenía ninguna virtud que mostrar. Y allí, delante de Sarann, el rey, el príncipe y todo el pueblo, la madrastra empezó a retorcerse penosamente hasta convertirse en una asquerosa sanguijuela. Después dio un salto y se sumergió en las turbias profundidades del río.

Al cabo del rato, la hermanastra inició su propia transformación. Pero, en lugar de convertirse en una sanguijuela, se encogió hasta transformarse en una pequeña roca inerte —incapaz de hacer el mal, pero también de combatirlo—. Al igual que su madre, salió rodando hacia el río y se hundió en las profundidades.

Comprendiendo el peligro que aquellas flores podían ocasionar a sus súbditos, el príncipe tomó lo que quedaba de la corona mágica y, antes de que nadie pudiera tocarla, la arrojó al río, donde desapareció para siempre en la profundidad de las aguas. Como él también había tocado las flores, todos contuvieron la respiración para ver qué ocurría. Pero, al igual que Sarann, su verdadera naturaleza era por todos conocida y no podía cambiar a peor. El príncipe se acercó a Sarann, le dio la mano y la ayudó a montarse en la canoa victoriosa para dar un paseo por el río. Mientras surcaban las aguas, todos los súbditos aclamaron a la joven, que pronto se convertiría en la nueva princesa de Angkor.



Sopeap cierra el libro y se queda esperando mi reacción.

—¿Te ha gustado? –pregunta.

—Desde luego. Es una historia maravillosa –respondo.

—¿Podrías explicarme por qué?

Como estoy hablando con mi profesora, me siento obligada a ofrecer una respuesta exhaustiva y razonada, que explique todas las virtudes de la historia. Pero la verdad es mucho más sencilla.

—Porque me hace feliz.

Sopeap inclina la cabeza ligeramente, como si estuviera de acuerdo, aunque puede que sean imaginaciones mías.

—La historia que acabamos de leer –dice– puede encontrarse en cientos de versiones en todos los países del mundo.

—¿Todos conocen la historia de Sarann?

—El nombre de la protagonista y sus circunstancias varían. Sin embargo, el mensaje sigue siendo el mismo. Sarann, más conocida como *Cenicienta*, es *Ye Xian* en China, *Cendrillon* en Francia, *Aschenputtel* en Alemania, *Critheanach* en Escocia, *Nyasha* en África o *Cinderella* en Estados Unidos. Y la lista continúa.

—¿Dónde empezó la historia?

—Nadie lo sabe con seguridad. Existen tantas versiones que ni siquiera los investigadores se ponen de acuerdo en cuanto al número. Algunos dicen que son cientos, otros, que miles. Muchos creen que la primera *Cenicienta* fue escrita en el siglo XVII por un francés llamado Charles Perrault. Entonces descubrieron la versión china, que era varios siglos más antigua. Otros dicen que la primera versión es *Ródope*, un cuento egipcio recogido en el siglo I a. C. por un historiador griego. Cada cierto tiempo aparecen nuevas versiones.

Sopeap me mira con entusiasmo.

—¿Entiendes, Sang Ly? Cientos de pueblos de islas lejanas, aislados de otras civilizaciones, crearon su propia Sarann.

—¿Pero por qué?

—Yo creo que la respuesta reside en la propia historia. Puede que la clave esté en lo que tú has dicho, que la historia te hace feliz. Da la impresión de que los seres humanos estamos predispuestos a la esperanza.

—¿A la esperanza? –pregunto, arqueando una ceja–. Pero tú dijiste que la esperanza

había muerto en Stung Meanchey.

—Y eso nos lleva a la siguiente lección de hoy: *Comprueba siempre tus fuentes*.

—No te entiendo.

—Significa que nunca debes fiarte de los consejos de una borracha pesimista como yo.

—¿Entonces sí que crees en la esperanza? —pregunto.

Sopeap hace una pausa y suspira.

—Creo que el mensaje de esta historia está profundamente arraigado en nuestro corazón.

Estoy demasiado cansada para intentar entender sus palabras, así que Sopeap decide ayudarme:

—Sang Ly, el deseo de creer, de soñar con días mejores, forma parte de nuestro ser. Nos guste o no, la esperanza está inscrita en nuestro corazón, por más que nos empeñemos en olvidarla. Esta historia nos gusta porque todos nos sentimos Sarann, o Cenicienta, o Aschenputtel. Todos nos enfrentamos a las mismas dudas y a los mismos problemas. Todos deseamos obtener una recompensa. Y eso nos plantea un problema.

—¿Un problema?

—Sí, una cuestión que preocupa a muchos profesores —incluido a mí—, y que nadie logra resolver. ¿Es la genética la responsable de ese inherente deseo de esperanza? ¿O es solo un mecanismo de supervivencia? ¿Por eso nos gusta tanto la historia de Sarann? ¿O es que hay algo más?

—¿A qué te refieres?

—Algunos compañeros míos se dedicaban a diseccionar las historias, como si fueran ranas de laboratorio. Analizaban cada una de las frases y escribían teorías sobre el porqué, el cómo y el cuándo. Pero, al final, sus respuestas siempre apuntaban a algo más profundo. Aquello les traía de cabeza. Y tengo que reconocer que a mí también.

—Cuando dices *más profundo*... ¿te refieres a los antepasados?

—Me refiero a la naturaleza constante de la *verdad*. Considera la filosofía de Buda. Toda ella habla de un viaje y un camino. De eso tratan las enseñanzas del *Óctuple sendero*. ¿Entiendes? ¿Conoces algún clásico de la literatura que no trate de un viaje, ya sea exterior o interior?

No se me ocurre ninguno. Pero no importa. Sopeap responde por mí.

—No hay ninguno. Ya no es solo *Sarann*, o *Cenicienta*. Piensa en todos los libros y películas que conoces: no dejamos de repetir las mismas historias, con los mismos personajes y el mismo mensaje. ¿Por qué crees que es así?

—¿Porque nadie tiene una idea original?

Sopeap me mira fijamente a los ojos.

—¿O porque la *idea original* nos resulta tan intrínseca, tan inherente a nosotros

mismos, que no podemos dejar de repetirla?

Trato de entender sus palabras, pero me limito a encogerme de hombros.

—Lo que trato de decir es que los escritores no pueden evitar repetirse —dice—. Recreamos una y otra vez las mismas dificultades, los mismos problemas, porque esas historias sirven para explicar nuestra vida. Los mensajes son los mismos porque se hacen eco de sentimientos muy profundos. Nos conmueven porque interpretan una música que hemos oído muchas veces. Las tramas coinciden porque, desde el origen del hombre, exploran las razones de nuestra existencia. Nos enseñan a no renunciar a la esperanza, porque hay momentos en que no debemos renunciar a la esperanza. Nos enseñan a ser fuertes, porque en la vida hay que ser fuerte. Transmiten mensajes que son más antiguos que las propias palabras, mensajes que trascienden las páginas.

Sopeap toma aire y se queda esperando.

—Lo que dices es muy bonito —susurro—. ¿Por qué abandonaste la enseñanza? ¿Por qué dejaste la literatura?

—A lo mejor fue la literatura la que me dejó a mí —dice Sopeap en voz baja.

—¿Tú crees que los antepasados se preocupan de nosotros? —pregunto, sin terminar de entender lo que quiere decir.

Sopeap se lame sus labios gordezuelos.

—Supongo que sí, pero...

—¿Pero qué?

—Todos queremos ser Sarann. Todos deseamos tener un final feliz, incluida yo. Pero a veces pienso que solo soy una hermanastra más.

—¿Lo dices porque no todas las historias terminan bien?

—Esa es la gran paradoja, Sang Ly, la parte más sorprendente —prosigue—. Si interpretamos las historias literalmente, si esperamos que un príncipe azul venga a rescatarnos, nos llevaremos una gran decepción. Pero, por otro lado —y esto es lo más paradójico—, si despreciamos el mensaje de la historia, si la consideramos un simple entretenimiento, nos perdemos su aspecto más profundo y transformador. Nos perdemos la verdadera razón de su existencia.

Esta vez, la pausa es más larga.

—Y, si eso ocurre, nos volvemos cínicos, empezamos a dar clase de literatura en la universidad y terminamos bebiendo licor de arroz en un vertedero.

Sopeap sonríe ligeramente, como si quisiera quitarle importancia a su comentario.

—Además —añade—, si todas las historias terminaran con un príncipe azul, no quedaría nadie en el reino para celebrarlo.



১৬

CAPÍTULO 16

En el extremo suroeste del vertedero, donde los buldóceres nunca se aventuran, el terreno se vuelve cenagoso y el agua forma pequeñas charcas irregulares, de unos cincuenta centímetros de profundidad. Los juncos crecen en la orilla y, durante ciertas épocas del año, los caracoles que viven en el agua crecen hasta alcanzar un tamaño apetecible.

Como últimamente no estoy recogiendo basura y Sopeap no me ha perdonado el alquiler de este mes, no me queda más remedio que ahorrar. Así que, cuando mi marido vuelve a casa, tomo una bolsa y le digo que volveré dentro de un rato.

Una vez, un médico extranjero me preguntó por la dieta de Nisay. Cuando le conté que en ciertas ocasiones le daba caracoles cocidos, el hombre se echó a reír. Al parecer, él solía comer caracoles en *Le Bouillon chartier*, uno de los restaurantes más selectos de Francia. Como se trataba del mismo médico que me dijo que el frotado era una pérdida de tiempo, no supe si lo decía en serio o en broma. Me imaginé que decía la verdad, de modo que, cuando volví a preparar caracoles, le dije a mi marido que íbamos a cenar lo que comen los ricos en Francia. No recuerdo exactamente su respuesta, pero sé que contenía la palabra *chkuat* (loca).

Las hijas de Teva Mao están jugando en la puerta de mi casa. Cuando les digo que voy a recoger caracoles, deciden acompañarme en mi pequeña aventura. Antes de llegar, vemos a varias mujeres reunidas alrededor de la charca y, aunque solo son caracoles, decido apretar el paso para no quedarme sin ellos. Las aguas están turbias, pero me basta una breve inspección para confirmar que los caracoles son demasiado pequeños. Decidimos sumergirnos en aguas más profundas. Allí, los caracoles no solo son más grandes, sino mucho más abundantes. Entonces empieza a llover.

Cuando el agua empieza a llegarme por las rodillas, me detengo y recojo varios caracoles del tamaño de un limón. Mientras los meto en la bolsa, la lluvia empieza a arreciar. El terreno está muy resbaladizo y tengo que esforzarme para mantener el equilibrio, pero no me puedo quejar. El trabajo es soportable hasta que avanzo por el agua y veo una mancha oscura en mi tobillo.

En esta vida todos tenemos nuestras fobias. Lena odia las serpientes. A Narin le dan miedo los escarabajos. Dara Neak no soporta las arañas. A mí me aterrorizan las

sanguijuelas, como la que tengo ahora mismo pegada en el tobillo.

No soy tan tonta como para olvidar la bolsa, pero la agarro con fuerza y salgo del agua como si estuviera a punto de ser devorada por el monstruo del pantano (que es exactamente lo que está ocurriendo). Cuando llego a tierra firme, dejo la bolsa en el suelo y me agacho para arrancar a la miserable criatura de mi piel, pero no lo consigo. No sé si tengo los dedos demasiado resbaladizos por los caracoles o si me tiemblan las manos por el miedo. En cualquier caso, por mucho que intento agarrar al monstruo que chupa mi sangre, no consigo atraparlo. Pruebo una técnica alternativa, que consiste en golpear repetidamente el pie contra el suelo, como si me hubieran prendido fuego a los pantalones, pero el testarudo animal se resiste a soltarme.

—¡Chicas! ¡Venid, deprisa! –grito, como si todo el vertedero estuviera en llamas. Las muchachas siguen jugando sin prestarme atención.

Decido gritar más fuerte.

Cuando por fin me oyen, la hija mayor de Teva, Vanna, se acerca a mí y me mira aguantándose la risa.

—¡Quítamela, rápido! –grito, mientras ella se agacha a intentarlo.

La sanguijuela se estira, resbalándose entre sus finos dedos. Estoy segura de que cada segundo que pasa está más gorda.

—Esta es difícil de quitar –dice, intentándolo de nuevo. Pero, una vez más, vuelve a fallar.

—Hay que esperar a que se haya saciado de sangre –dice la más pequeña.

Es un consejo muy interesante que no pienso seguir.

—¡Dame tu sandalia, deprisa! –le digo a Vanna.

La muchacha se la quita y me la da. Con la suela, consigo arrancarme por fin la sanguijuela de la pierna. Después, la sangre continúa brotando de la herida.

—Me voy a casa. Estoy harta de coger caracoles –digo, mientras recojo la bolsa y echo a andar.

Sé que me estoy comportando como una niña, pero no me importa. A las hijas de Teva, tampoco. Las chicas se encogen de hombros, me dicen adiós con la mano y, cuando estoy lo bastante lejos, se echan a reír.

Cuando llego a casa, le doy a mi marido los caracoles que he conseguido reunir antes de que me atacara la sanguijuela. Ki los mete en una caja de corcho y, después de enjuagarlos con agua, les echa sal para sacarlos de la concha. Mientras, yo le cuento el terrible accidente que he sufrido. Él hace un esfuerzo para no sonreír.

—¿Dónde te ha mordido exactamente? –pregunta.

No sé si está preocupado de verdad o está fingiendo. Me parece que ya se lo he enseñado pero, para despertar su compasión, me subo el pantalón para que pueda verlo con sus propios ojos.

—Aquí —digo, señalándome la herida.

Pero, cuando miro el tobillo, no veo nada. Debo de haberme confundido. Me subo la otra pernera.

—No, estaba...

Pero la herida tampoco está en ese tobillo, lo cual es muy extraño. De pronto, no consigo recordar dónde me mordió.

Da igual; Ki apenas puede contener la risa. Me gustaría imitarle, pues la situación es muy divertida, pero, en lugar de eso, sacudo la cabeza y traslado la cena a una cacerola, prometiéndome no volver a dirigirle la palabra en todo el día.



—He estado pensando en una cosa que dijiste —le digo a Sopeap, después de analizar una historia.

—Y yo que pensaba que no escuchas...

Decido ignorar su tono sarcástico.

—Dijiste que todos queremos ser el héroe de la historia.

—Así es.

—Pues bien, pregunté a Sida qué pensaba de los héroes.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que mirara a mi alrededor, al lugar donde vivimos. «El día que veas pasar a un héroe —dijo—, avísame. Pero ya puedes morirte esperando». Y después se marchó.

—A lo mejor estaba pensando en otra clase de héroe.

—¿A qué te refieres?

—Hay muchos tipos de héroes: algunos lo son en contra de su propia voluntad; otros quieren serlo desde el principio. Unos actúan solos; otros, en grupo. Casi ninguno es perfecto.

—Entonces... ¿qué los convierte en héroes?

—La mayoría de los expertos coincide en que la verdadera característica del héroe, lo que lo distingue de los demás, es su voluntad de sacrificio. El héroe suele renunciar a algo, a veces a su propia vida, por el bien de los demás.

—¿Eso incluye renunciar al *tiempo*, como haces tú conmigo?

Hasta ahora la conversación se había desarrollado en términos amistosos. Pero, de pronto, Sopeap se pone hecha una furia.

—¡No trates de adularme! ¡No pienso consentirlo! ¿Te enteras?

No entiendo a qué viene esto.

—Yo... yo no pretendía hacer eso. Ni siquiera sé lo que significa *adular*.

Pero Sopeap aún no ha terminado.

—Debes entenderlo, Sang Ly. Yo no soy la heroína de nadie, ¿está claro?

—Pero tú me estás *enseñando* literatura. ¿No es eso un sacrificio?

Sopeap se acerca tanto a mí que me cuesta mirarla a los ojos. Su tono de voz me produce escalofríos.

—No se te ocurra *pensar* que estoy haciendo esto por ti. Yo *no* soy ninguna heroína. Ni de ti, ni de nadie. ¿Entiendes?

No sé qué mosca le ha picado.

—Sí —respondo—, lo entiendo.

A veces, cuando Sopeap se enfada, terminamos la clase antes de tiempo. La verdad es que, si tuviera que aguantarme a mí misma, yo también me daría a la bebida. Pero esta vez consigue recobrar la compostura y prosigue.

—En la literatura, hay otros personajes fundamentales además del héroe. Las historias están plagadas de personajes que puedes reconocer en tu vida cotidiana.

—¿Como quiénes?

—¿Alguna vez has conocido a una persona que fingía ser alguien que no era? ¿Por ejemplo, una amiga que luego te traicionó?

—Sí, claro.

—Entonces has conocido a un personaje dinámico, o evolutivo. Los personajes dinámicos no siempre son personas. De hecho, el destino es uno de los personajes más dinámicos que existen.

Sopeap está hablando tan deprisa que tengo que concentrarme para no perderme.

—Háblame de otros tipos de personajes.

—¿Conoces a alguien que siempre esté haciendo bromas?

—Todo el mundo conoce a alguien así.

—Ese tipo de personas no solo entretienen a los demás con su ingenio, sino que, indirectamente, denuncian la injusticia.

—Como Gordito.

—Explica lo que quieres decir.

—El otro día, Gordito estaba burlándose de un comprador que siempre paga menos a las mujeres y a los niños, y lo hizo delante de él. A mí me hizo mucha gracia, pero el hombre se enfadó. Sin embargo, aquel día me pagó igual que a mi marido.

—Entonces ya te has beneficiado de las ventajas del bufón.

Sopeap levanta la mano para cubrirse la boca. A continuación se frota el estómago y mira desesperada a su alrededor. Cuando habla, su voz tiene un tono siniestro.

—Y luego está el antagonista —dice—. Suele ser un personaje muy astuto.

—Supongo que es un personaje malvado, como los miembros de las bandas —digo.

—Puede ser —admite—. A veces, el antagonista es el malo de la historia, pero también puede ser un personaje que simplemente discrepa del héroe y trata de conducirlo en otra dirección. Otras veces, el antagonista ni siquiera es un personaje.

—¿Por qué no?

—A veces puede ser nuestro lado oscuro, como los secretos ocultos que no queremos confesar, ni siquiera a nosotros mismos.

—Hay algo que no termino de entender —digo.

—Yo tampoco termino de entenderlo todo —responde—. ¿Qué es?

—Si el antagonista no tiene por qué ser malo, si puede ser alguien que simplemente discrepa de nosotros... ¿significa eso que, cuando no está de acuerdo conmigo, Ki es mi antagonista?

—Buena pregunta. Recuerda que, desde el punto de vista del antagonista, *nosotros* somos el antagonista y él es el héroe. Y hay algo que viene a complicar las cosas: muchas veces, los personajes están mezclados. En una historia, un mismo personaje puede llevar la máscara de todos ellos, incluida la del héroe.

—¿Entonces cómo podemos distinguirlos?

—Muchas veces es imposible. Por eso la literatura —y la vida— es tan fascinante. Es posible que estos personajes convivan con nosotros y no seamos capaces de reconocerlos.

Sopeap vacila un instante.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Una última cosa, y con esto terminamos. Recuerda que las dificultades de estos personajes que hemos mencionado, y de muchos otros que abordaremos más adelante, no siempre son evidentes. En la mayoría de las historias, las batallas más importantes se libran en el interior de uno mismo.

Sopeap guarda el libro en su bolso, señal de que hemos terminado. Antes de salir, plantea una cuestión que me tiene pensando el resto de la tarde.

—Recuerda una cosa, Sang Ly: los héroes pueden surgir donde menos te lo esperes.



La *momordica charantia* es una planta tropical que crece en Camboya, muy conocida por su fruto comestible. El fruto es verde y rugoso y aparece en una gran variedad de formas y tamaños, aunque suele ser oblongo y estrecho en las puntas. Para

resumir, parece un pepino delgado al que le hubieran salido un montón de verrugas. Se lo conoce también como *melón amargo*, y con razón. De todas las frutas de Camboya, no hay ninguna más agria.

Teva Mao asegura que las hojas de esta planta estimulan la digestión, reducen la fiebre y pueden ayudar a mi hijo. Cuando regresa de dar un paseo por la ciudad, me trae unas hojas del mercado. Yo le doy las gracias, entusiasmada. Nisay no está tan entusiasmado, pero me da igual. No hace más que empeorar y tengo que hacer algo. Hiervo la planta hasta que el agua absorbe la sustancia de las hojas, volviéndose de un color verde esmeralda. Tiene un aspecto delicioso pero, cuando la pruebo, mis labios se contraen y mi lengua bloquea involuntariamente el acceso a la garganta. Eso me lleva a preguntarme una cosa: si apenas puedo soportar su sabor, ¿cómo voy a conseguir que mi hijo lo pruebe?

A Ki le parece todo muy gracioso, así que se lo encargo a él. Mi marido empieza llenando una cuchara, y, aunque Nisay se muestra dispuesto a probarla, el niño no es tonto. Cuando Ki intenta meterle la cuchara en la boca, la mitad del líquido termina resbalando por su pecho desnudo. Al segundo intento, Nisay se echa a llorar, escupe y gira la cabeza. Está claro –al menos para mí– que esto no está funcionando. Pero Ki puede ser muy testarudo. Dice que ahora mismo vuelve, y al poco tiempo regresa con un pequeño envase de zumo de *tieb*, también conocido como *chirimoya*. (No tengo ni idea de dónde lo ha sacado, y él se niega a decírmelo). Mientras el melón amargo es conocido por su áspero sabor, la chirimoya es un fruto muy dulce. Al tercer intento, Ki consigue meter la cuchara de zumo entre los labios del niño. Nisay deja de llorar y mira a su padre con interés.

La transformación es tan radical que nos entra la risa. Ahora, Nisay parece un pajarito reclamando su desayuno. Me da un poco de pena, porque sé lo que viene a continuación. El niño traga el líquido, se da cuenta de lo que es, tose y se echa a llorar. Entonces, Ki mete otra cuchara de zumo entre sus labios y el proceso vuelve a empezar. Mi marido le está engañando y está muy orgulloso de ello, aunque es posible que, en el futuro, Nisay no vuelva a confiar en él.

Aun así, espero que la medicina consiga ayudarle. Sin embargo, al día siguiente Nisay amanece con más diarrea, esta vez de color verde, y se pasa llorando toda la mañana, hasta que lo dejo al cuidado de otra persona. Después, regreso a casa para aprender literatura porque, supuestamente, eso va a servir para ayudar a mi hijo.

Nada más llegar, Sopeap me pregunta:

—¿Estás bien? Parece que has estado llorando.



১৮

CAPÍTULO 17

Los sueños son muy extraños.

Muchos son escenas sin sentido que a la mañana siguiente nos hacen reír. Otros son terribles pesadillas, en las que somos perseguidos por un camión de la basura o caemos en un pozo sin fondo. Y algunos son tan reales, tan minuciosos y profundos, que pueden cambiar el curso de nuestra vida. Anoche tuve un sueño así.

No era sobre mi infancia. No hablaba con mi abuelo, ni trataba de descifrar sus extraños consejos. De hecho, yo no decía ni una palabra. En el sueño, me desperté por la mañana –o eso parecía–, abrí la cortina de nuestra pequeña casa en Stung Meanchey y encontré todo el vertedero cubierto de una capa de ceniza blanca. Pensé que toda la basura habría ardido por la noche. Cuando miré al horizonte, vi a Jorani Kahn. Jorani me hizo un gesto para invitarme a seguirla, y entonces me di cuenta de que Stung Meanchey no estaba cubierto de ceniza, sino de nieve.

Yo nunca he visto la nieve. Tampoco la he tocado. Solo la conozco por las fotos que he visto en las revistas, y por las historias de Jorani Kahn. Cuando era niña, Jorani viajó con su padre a un lugar llamado *Co-lo-ra-do*, en América. Jorani me contó que, en aquel lugar, recogían la nieve y hacían con ella unas bolas maleables como el algodón, pero tan resistentes como el barro, y luego se las tiraban entre ellos para divertirse. Al parecer, en ese país la nieve forma unas colinas tan altas como las montañas de basura de Stung Meanchey.

Pero yo no tuve tiempo para jugar con ella. Nisay estaba enfermo, y yo no tenía dinero para el médico. Tenía que trabajar, pero, cuando busqué a Jorani para contárselo, había desaparecido. En el vertedero reinaba una calma absoluta. No había camiones, ni buldóceres, ni recolectores, ni cerdos gruñendo, ni gallinas cloqueando, ni niños llorando, ni moscas zumbando. Toda la suciedad había desaparecido. No había gérmenes, ni malos olores, ni agua contaminada, ni humo, ni fuego, ni ruidos, ni bandas, ni alimentos podridos. El lugar más sucio del planeta estaba limpio.

Cuando miré a mi alrededor, vi a lo lejos mi casa en Prey Veng. Sabía que aquello era imposible, pues Prey Veng está muy lejos de Stung Meanchey. Los separa un largo trayecto en autobús y un viaje en barca, pero de todas formas vi mi casa. En la puerta había un hombre esperándome con los brazos abiertos, como si quisiera abrazarme o

invitarme a entrar. Al principio pensé que se trataba de mi abuelo, porque muchas veces me visita en sueños. Pero el hombre era demasiado alto y fuerte para ser mi abuelo.

Entonces, el desconocido dijo:

—Deberías haber venido antes. ¿Por qué no has venido antes?

El hombre repitió la pregunta tres veces antes de que pudiera responder. Pero, justo cuando iba a preguntarle su nombre y el significado de aquella pregunta, me desperté con su voz resonando en mis oídos:

—Sang Ly, deberías haber venido antes.



—¿Tú sueñas? —le pregunto a Sopeap al final de la clase.

—¿A qué te refieres? ¿A los deseos, como cuando dices «hay que perseguir tus sueños»? ¿O cuando sueñas que estás paseando desnuda por el vertedero?

Hasta que he conocido Sopeap, no sabía lo divertida que es.

—Me refiero a los sueños en los que ves personas y lugares conocidos, pero que no sabes muy bien qué significan, si es que significan algo.

—¿Te refieres a los sueños serios?

—Sí.

—Yo solo tengo sueños desagradables.

—¿Pesadillas?

Sopeap asiente.

—Puede que sea consecuencia de la edad.

—Lo siento —digo—. ¿Y cómo consigues mantenerlas a raya?

—Con licor de arroz. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—Anoche tuve un sueño que me pareció importante, aunque no estoy del todo segura.

—Eso dependerá de a quién se lo preguntes.

—¿A qué te refieres?

—William Shakespeare llamaba a los sueños los «hijos de un cerebro ocioso, engendros de la vana fantasía».

—¿Cuál es la otra opción?

—Los sueños también pueden ser un síntoma de la ambición. Creo que la cita exacta era: «Los sueños son un efecto de la ambición, pues la esencia del ambicioso es solo la sombra de un sueño».

—¿Y quién dijo eso?

—El mismo. Shakespeare.

—¿Qué pasa? ¿Es que no conseguía decidirse?

Sopeap se encoge de hombros.

—Yo pienso que, si el sueño te pareció importante, es porque lo es. Nuestro subconsciente puede ser muy tenaz cuando quiere llevarnos por un camino determinado, aunque sea difícil.

—¿Entonces los sueños son importantes?

—Desde luego. Algunas de las historias más famosas del mundo, obras que han transformado la vida de mucha gente, proceden de sueños.

—¿En serio?

—Veamos. Muchos escritos sagrados de Buda describen imágenes oníricas concretas. Y luego está *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll, que es una historia inspirada en sueños. El poema *Kubla Khan*, de Coleridge, que celebra la creatividad y nuestra conexión con el universo, fue escrito una noche después de un sueño. El novelista escocés Robert Louis Stevenson era un gran soñador, así como Bunyan, que atribuye la creación de su *Progreso del peregrino* a los sueños. El escritor camboyano Nhean Uy convirtió muchos de sus sueños en historias. Si me das tiempo, podría nombrarte decenas, incluso cientos de casos. Y no debemos olvidar a Carl Gustav Jung, el famoso psiquiatra suizo. Jung fue uno de los padres de la psicología de los sueños. Según él, los sueños influyen profundamente en la literatura. Él mismo documentó la relación entre los sueños de sus pacientes y algunas figuras de la mitología, incluso en el caso de personas que no habían leído nunca sobre el tema.

—¿Y eso cómo es posible?

—Su conclusión es que tanto la literatura como los sueños tienen un origen más profundo.

—¿Y cómo puedo averiguar el significado de *mi* sueño?

—Si hacemos caso de Jung, para aprender de nuestros sueños debemos reflexionar sobre ellos. Él lo expresaba así: «La consciencia sucumbe demasiado fácilmente a las influencias del inconsciente, que suelen ser más sabias y verdaderas que nuestro pensamiento consciente».

—No entiendo nada.

—Quiere decir que los sueños son más importantes de lo que pensamos. Por eso debemos tenerlos en cuenta.



Nisay está sucísimo, de modo que lo llevo a la parte de atrás de la casa y le echo agua por encima. Quiero que, cuando vuelva, su papá lo encuentre limpito. Pero es demasiado tarde. Ki llega antes de tiempo y da la vuelta a la casa para buscarnos. Antes de abrir la boca, la expresión de su rostro me dice que algo va mal.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—No te preocupes, todo va bien. Se trata de Gordito.

—¡Dime qué ha pasado!

—Hoy no le hemos visto en todo el día, así que tu madre decidió pasarse por su casa para ver cómo estaba.

—¿Y?

—Al parecer, el hermano de Maly aún está buscándola.

—¿Ha ido a casa de Gordito? ¿Cómo lo sabía? ¿Qué le ha hecho? —pregunto, angustiada.

—El chico fue a amenazarle con su banda pero, como no consiguieron sonsacarle nada, decidieron darle un escarmiento.

Siento un vuelco al corazón.

—Por favor, dime qué le ha pasado.

—Le rompieron todos sus budas. Luego le golpearon en el ojo. Ahora lo tiene hinchado, pero Lena está cuidándole y dice que se pondrá bien.

—Solo es un niño. ¿Cómo pueden hacer daño a un niño?

Sé que es una pregunta estúpida, pues se trata de los mismos que estaban dispuestos a vender a una niña inocente. Yo siempre he sido pacifista, pero de pronto me dan ganas de romperles un buda en la cabeza.

—¿Qué podemos hacer? —pregunto, dispuesta a coger el cuchillo de Ki e ir en su busca.

—Acabo de reunirme con los hombres del vertedero. Al parecer, Gordito es una persona muy apreciada. Eso, unido a las palabras de Sopeap sobre la necesidad de luchar contra el mal, que he utilizado para la ocasión... En fin, parece que vamos progresando.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que las personas que están dispuestas a plantar cara a las bandas son ahora más de treinta.



১৬

CAPÍTULO 18

Como hoy está un poco cansada, Sopeap ha decidido sentarse y compartir conmigo el espacio de la habitación. A continuación abre el libro por la señal.

—Ha llegado el momento de hablar de la tragedia —dice.

—¿De veras? No quiero más tragedias en mi vida.

—Nadie las quiere, Sang Ly.

Sopeap señala el libro y explica:

—Muchos estudiosos creen que esta historia inspiró *Romeo y Julieta*, de Shakespeare.

Yo asiento con la cabeza, pues he oído hablar de esa historia.

—En el relato original, los protagonistas se llamaban Píramo y Tisbe.

—¿Y por qué les cambiaron los nombres?

—No se los cambiaron. Son historias diferentes, con personajes diferentes. Pero se cree que la historia de Píramo y Tisbe es anterior... Bueno, vamos a empezar. Ya lo entenderás.

Esta vez me toca leer a mí.



A última hora de la tarde, contemplo un panorama de Stung Meanchey que resulta más sorprendente que la nieve. Cuatro camiones están detenidos en fila descargando basura, pero alrededor no hay nadie —absolutamente *nadie*— peleándose por su carga. Observo la curiosa escena sin saber qué hacer al respecto, mientras mi mente se esfuerza en procesar un sonido poco habitual. Mezclado con los pitidos de los camiones y el zumbido de las moscas, oigo lo que parecen los vítores de un partido de fútbol. Pero, cuando miro a mi alrededor, no veo nada. Solo el vacío.

Entonces se acerca una mujer. La reconozco, pero no logro recordar su nombre. Suele quedarse esperando en los cobertizos mientras su marido, que es nuevo en el

vertedero, escarba entre la basura.

—Ven, corre —dice, señalando hacia el lugar de donde procede el sonido—. Han atrapado a uno —añade—. Al parecer es el ladrón que pegó al chico.

Cuando me acerco a la multitud, los gritos ya han cesado. Trato de abrirme paso entre vecinos, amigos y desconocidos. Cuando llego al centro del círculo, tropiezo y caigo de rodillas. No estoy preparada para la escena que encuentro. Han dejado un espacio alrededor del culpable, que ya no puede ir a ninguna parte. No es más que un niño. Tiene los ojos abiertos, pero su mirada se dirige directamente al sol. Sus brazos están apoyados en el suelo, como si estuviera a punto de levantarse y salir corriendo, pero sus miembros están retorcidos, adoptando una posición imposible. Un hilo de sangre mana de su boca, y su camiseta está desgarrada, revelando los pinchazos provocados por los ganchos de escarbar en la basura.

El muchacho —que está a tan solo unos centímetros de mí— está muerto.

Entonces percibo algo familiar en la forma de sus mejillas. Parpadeo, y la visión empieza a dar vueltas. De pronto me pesa la cabeza y empiezo a hiperventilar. Me cubro la boca, no solo para controlar la respiración, sino para bloquear el contenido de mi estómago, que amenaza con abrirse paso hacia el exterior.

—Es el chico que pegó a Gordito —dice un hombre.

—Es un ladrón —añade otro.

—Le sorprendimos robando —exclama un tercero.

Sus voces se confunden, formando una espiral de justificación dirigida al muchacho, incapaz de responder.

—¿Qué ha robado? —pregunto, sin dirigirme a nadie en particular.

Una mujer responde:

—Él y tres más intentaron robarle una bolsa de latas a Menn Chim. Gordito estaba descansando en los cobertizos y los reconoció.

Busco con los ojos a Gordito, pero no lo veo por ninguna parte.

—¿Cómo se llamaba el chico? —pregunto—. Por favor, ¿alguien sabe su nombre?

Me gustaría equivocarme, me gustaría pensar que el chico no es el hermano de Maly. Entonces, una voz responde:

—No sé cómo se llamaba, pero al parecer era el chico que estaba buscando a la niña fugitiva.

Antes de procesar la respuesta, me agacho y vomito encima de la basura.

Hace tan solo unos días, quería matar a los criminales con mis propias manos. Pero mi deseo de venganza se dirigía a unos ladrones, a unos delincuentes —las oscuras imágenes del mal que imaginaba cuando pensaba en los hombres que atacaron a mi marido—. Pero no a unos niños. Y menos a este.

Entonces noto una mano en el hombro. Es mi marido, que me ayuda a levantarme del

suelo. Juntos nos alejamos de la multitud, que ya ha empezado a dispersarse. Ki respira con dificultad mientras empuña su cuchillo con la otra mano.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, cuando encontramos un lugar donde sentarnos.

No sé si estoy preparada para la respuesta. Mi marido intenta recuperar el aliento antes de contestar. Tiene la voz rota y le tiemblan las manos. Cuando miro las mías, veo que también están temblando.

—Estaba trabajando con los hombres... al lado de los camiones. De pronto, alguien empezó a gritar desde los cobertizos. Cuando vieron a los chicos, unos hombres empezaron a perseguirlos. Al cabo de un rato, todo el mundo corría detrás de ellos.

Ki se mira la mano. De pronto se da cuenta de que sigue empuñando el cuchillo. Entonces mira a su alrededor, como si buscara un lugar donde esconderlo.

—Cuando el chico tropezó —prosigue—, lo atraparon entre todos. La gente gritaba *ladrón* mientras le golpeaba con los ganchos.

—¿Quién?

—No sé, supongo que todo el mundo. Lo tenían rodeado, así que me fui en busca de los otros en compañía de Chey y Pran Teo. Estuvimos a punto de atraparlos, aunque yo no estaba seguro de querer hacerlo.

Ki se sube la pernera del pantalón y, con mano temblorosa, desliza el cuchillo en su funda. Luego se limpia las manos en la camiseta.

—Los chicos consiguieron llegar a la fábrica de Choam Chao —dice—, y allí los perdimos... Yo me alegré. Luego, cuando regresamos... en fin, fue entonces cuando te encontré en el suelo, al lado de...

Ki desconoce el nombre de la víctima. Tampoco sospecha su identidad, y se niega a llamarle *chico*, de modo que hace una pausa antes de continuar.

—Me di cuenta de que estaba muerto y... no quería que tú lo vieras.

—No tenían derecho a pegarle. No tenían derecho a matarle... —consigo murmurar.

—Ya lo sé, Sang Ly —dice mi marido, todavía asustado—. Intenté impedirselo, pero...

Después, los dos nos quedamos callados. Sentados en la basura, mi marido y yo lloramos la muerte de un ladrón, de un delincuente, de un hermano —de un niño— al que ni siquiera conocíamos. En mi mente se dibuja la imagen de un capitán y una ballena blanca. Disfruté tanto leyendo ese libro... El capitán sediento de venganza, arponeando a la ballena desde su bote, para terminar siendo arrastrado hacia las profundidades...

Sopeap insistió en que debía entender el mensaje de la novela: *la lucha del bien contra el mal*. Pero ya entonces pensé: ¿quién es quién? ¿Por qué el escritor no lo dejó claro? ¿Acaso era un autor inexperto? En la historia, el capitán Ahab no siempre es tan despreciable, ni la ballena tan pura y bondadosa. Ahora comprendo que el hombre que escribió ese libro entendía el mundo a la perfección, y no puedo evitar preguntarme si viviría él en un lugar parecido a Stung Meanchey.

Finalmente, Ki me ayuda a levantarme y los dos nos dirigimos a la casa de mi madre para recoger a Nisay. Antes de llegar, mi marido dice:

—Siento mucho que hayan matado a ese chico. Pero me gustaría aclararte una cosa.

Yo le tomo las manos.

—¿El qué?

—Quiero que sepas que, si otra banda intenta hacerte daño, a ti o a nuestro hijo, no dudaré en defenderte.

Recogemos a Nisay y volvemos a casa en silencio porque, a pesar del poder de las palabras, y como bien decía Sopeap, ninguno de los dos logramos expresar la pena y la angustia que sentimos.



A la mañana siguiente, con la imagen del cadáver todavía en la mente, le dejo a Sopeap una nota para decirle que volveré pronto. Luego, con Nisay en una mano y una bolsa en la otra, salgo a buscar a Gordito. El niño está de acuerdo conmigo, y juntos emprendemos el camino.

En Camboya, cuando muere alguien suele dejársele una ofrenda, un regalo para aplacar el alma del muerto. Cuando llegamos al lugar donde el muchacho fue asesinado, ya hay una mujer dejando un obsequio. Según ella, la policía nunca apareció y, cuando se hizo de noche, el cadáver seguía allí, mirando pacíficamente hacia el cielo. A la mañana siguiente, el cuerpo había desaparecido y podían verse las huellas de los buldóceres, que habían limpiado la zona.

—Que tengas más suerte en tu próxima vida —dice Gordito.

A continuación depositamos nuestras ofrendas: un plátano, un cuenco de arroz, sal, incienso y una estatuilla de Buda que Gordito encontró intacta.

El ojo de Gordito tiene mejor aspecto y, de camino a casa, vuelve a estar tan feliz y parlanchín como siempre.

—¿Cómo crees que estará? —dice.

No hace falta que pregunte a quién se refiere.

—Estoy segura de que Maly se encuentra perfectamente.

Entonces, Gordito pronuncia una frase que demuestra lo maduro que es para su edad.

—Seguro que su hermano está ahora en un lugar donde puede cuidar de ella.

—Sí —admito—. Supongo que tienes razón.

A mi regreso, he pensado decirle a Sopeap —si es que todavía sigue esperándome—

que las últimas veinticuatro horas han sido demasiado intensas y que estoy muy cansada para dar la clase. Pero luego pienso en la vida y la muerte, en la justicia y la compasión, en el capitán Ahab y en el ladrón de Stung Meanchey, y me pregunto si en realidad no será el momento perfecto para continuar.



১৬

CAPÍTULO 19

En el vertedero, para lavar la ropa tengo que sumergirla en agua dentro de una palangana y frotarla hasta que quede limpia. Bueno, todo lo limpio que puede quedar en un lugar como este. Aunque la mayoría de las mujeres del vertedero utilizan tabla de lavar, algunas frotran directamente la ropa contra una piedra. Dicen que eso les recuerda a su vida en la provincia, cuando hacían la colada junto al río.

Nuestra ropa tiene un diseño típicamente occidental –sudaderas, camisetas, pantalones cortos–, la mayoría con el logo de la marca. No llevamos ropa occidental para ir a la moda; la llevamos porque es más barata. Las tiendas más importantes tienen fábricas aquí, en Camboya, y podemos comprar piezas defectuosas por tan solo unas monedas.

Ki da la vuelta a la casa para traerme la toalla de Nisay. Al parecer, está sucia. Al verle, le planteo una cuestión que lleva rondándome la cabeza toda la mañana.

—Sopeap dice que, en los libros, algunas palabras pueden tener distintos significados: las llama metáforas.

—¿Metáforas? ¿Y eso qué es?

—Una metáfora consiste en usar una palabra o una frase con un significado distinto. Como cuando digo que Stung Meanchey es una cárcel. En realidad no es una cárcel, pero lo parece.

Ki se queda mirando la toalla. Seguro que piensa que ha venido en mal momento.

—¿Y?

—Pues bien, llevo toda la mañana haciendo la colada, lavando sobre todo ropa tuya y de Nisay, y por fin he logrado entender su verdadero significado.

—¿De la colada?

—Sí.

—Te estás volviendo loca de tanto leer. Estás haciendo la colada porque *la ropa está sucia*.

—Yo creo que lo que realmente significa es que, puesto que los dos llevamos ropa, tú también deberías lavarla. Eso es lo que la metáfora significa para mí.

—¿Ah, sí? –dice Ki–. Pues yo creo que significa que debería quitarte la ropa ahora mismo para lavarla.

Ki se acerca y me tira de la camiseta. El problema es que todavía no se ha bañado y apesta a basura.

—¡Espera! –protesto—. Lo que significa es que ahora hueles muy mal para eso. Además, aún es de día y Nisay está despierto.

—Muy bien –dice—. Entonces significa que debería darme un baño. Así estaré limpio para *más tarde*, cuando Nisay no esté despierto.

Me parece que esta conversación se me está yendo de las manos.

—Perfecto. En ese caso significa que, ya que te bañas, podías aprovechar para bañar a tu hijo.

—¿Ah, sí? Pues yo creo que... ¡Está bien! ¡Me rindo!

Ki se marcha con una sonrisa. A continuación le oigo tomar al niño en brazos y decirle que es hora de darse un baño, porque mamá y papá tienen cosas que hacer más tarde. Me pregunto quién ha salido ganando con todo esto.

A veces, las metáforas pueden ser muy confusas.



Mi abuelo tenía un dicho: *Si eres listo, sé lo bastante listo para que te respeten. Si eres tonto, sé lo bastante tonto para que te compadezcan.*

Espero el momento oportuno, pongo cara de inocente y le digo a mi profesora:

—La próxima vez me gustaría que me trajeras un libro.

A Sopeap le agrada que tome la iniciativa, hasta que escucha cuál es el libro en cuestión.

—Me gustaría que trajeras el libro de Nisay, el que te regala...

—Sé perfectamente a qué libro te refieres.

No parece enfadada, sino más bien inexpresiva, como un libro al que le hubieran arrancado la cubierta.

—¿Por qué te interesa ese libro en concreto? –pregunta.

—Cuando te lo regalé, aún no sabía leer. Ahora que he aprendido, siento curiosidad. Parecía una historia muy bonita.

—Es un libro para niños –responde.

—Sí, lo sé.

—Pero no es un libro para niños al uso.

—¿Quieres decir que no debería leerlo?

—Quiero decir que, si lo lees, tendrás que hacerlo bien. Con tu hijo sentado en el

regazo.

Sus palabras consiguen intrigarme.

—De acuerdo, pero yo también tengo una condición.

—¿Ahora eres *tú* la que pone condiciones?

—Sí, esta vez sí.

—¿Y cuál es?

—Quiero que tú estés presente cuando lo lea.

Sopeap se queda pensando un momento.

—¿Pero por qué? —pregunta al fin.

—Tú eres la profesora. Puede que después tengas que explicármelo.

Se produce un incómodo silencio, seguido de un leve asentimiento.

—Está bien. Esta noche te lo traigo.

Como decía mi abuelo: *Sé lo bastante tonto para que te compadezcan.*



En principio, la idea parece buena: Nisay estará sentado tranquilamente en el regazo de su madre, escuchando la historia con atención. Pero, como en tantos clásicos, mi argumento es pura ficción. En la realidad, mi hijo solo quiere agarrar el libro para comérselo. Finalmente decidimos que, para que no lo destroce, lo mejor es que se siente en el regazo de Ki, para que su padre pueda sujetarlo. Eso me permitirá concentrarme en la lectura.

Me pregunto cuándo nos darán el premio a los mejores padres.

Sopeap está sentada detrás de nosotros, observándonos con una sonrisa.

La portada del libro es más bonita de lo que recordaba. Paso las páginas, admirando los dibujos de las montañas, los árboles y los océanos.

—¿Piensas empezar o no? —pregunta Ki, impaciente.

—Ahora mismo.

Leo el título de la portada, *Amor para siempre*, abro el libro por la primera página y empiezo a leer.



Si yo fuera un árbol...
Convertiría mis hojas en oro
y las esparciría por el cielo,
para que supieras lo que es la ilusión.

Si yo fuera una montaña...
Te subiría a mi cima
y te dejaría contemplar
todos mis rincones secretos,
donde fluyen los ríos
y corren los animales salvajes,
para que supieras lo que es la libertad.

Trato de hacer inflexiones de voz para que Nisay preste atención. Pero es Ki el que me escucha con los ojos abiertos de par en par, como si fuera un niño.

Si yo fuera el océano...
Te montaría en una ola y te llevaría
a nadar con las ballenas y los delfines,
para que supieras lo que es la paz.

Si yo fuera una estrella...
Brillaría intensamente
y caería en forma de lluvia,
para que supieras que las estrellas
están a tu alcance.

Si yo fuera la luna...
Te alzaría en brazos
y te enseñaría la Tierra
y todas sus maravillas,
para que supieras que

el mundo te pertenece.

Si yo fuera el Sol...
iluminaría el cielo de rosa y naranja,
para que supieras

lo que es la gloria
de los cielos.
Pero solo soy yo...
Y como soy la persona
que más te quiere,
te rodearé con mis brazos, te besaré
y te querré con todo mi corazón.

Y lo haré
hasta que las montañas
se derrumben,
los océanos se sequen,
las estrellas caigan del cielo
y el sol y la luna se apaguen.

Para siempre.

Es tan bonito... Quiero dar las gracias a Sopeap por haberme dejado leerlo, pero, cuando me doy la vuelta, ya no está.



Esta mañana, Sopeap ha venido a mi casa para preguntarme si podemos posponer la clase de hoy. Tiene fiebre y necesita descansar. Antes de que se vaya, tomo el libro de Nisay.

—No creo que mi hijo escuchara una sola palabra, pero a Ki le gustó mucho —digo.

—Ya escuchará. Dale tiempo.

Cuando intento entregarle el libro, Sopeap lo rechaza.

—En realidad me gustaría regalárselo a tu hijo.

Me dan ganas de decirle que *no*, que el libro significa demasiado para ella para

renunciar a él. Entonces pienso que, si me lo regala, es porque tiene un buen motivo.

—Te prometo que lo cuidaremos como un tesoro. Pero antes de que te vayas... ¿podría preguntarte una cosa?

—Sí.

—¿Por qué este libro significa tanto para ti?

—Ven. Voy a contarte una historia.

Ambas nos sentamos. Una vez que Sopeap se ha acomodado en el suelo, empieza a decir:

—Este libro lo escribió una amiga mía que daba clase conmigo en la universidad. Ambas estudiamos en Estados Unidos. Muchas veces, mi amiga y yo hablábamos de la cantidad de cuentos que se publican en ese país. También nos preguntábamos por qué en Camboya se publican tan pocos. Así que mi amiga, que era una persona muy creativa y tenaz, decidió crear uno. Primero lo escribió, y luego contrató a un artista para que dibujara las ilustraciones. Cuando el libro estuvo terminado, yo le ayudé a encontrar una pequeña editorial.

—¿Vendió muchos ejemplares? —pregunto.

Sopeap vacila un instante, pisando con cautela entre sus recuerdos.

—No tuvo ocasión. Cuando la editorial le envió las primeras copias, los jemeres rojos tomaron Nom Pen y saquearon todas las universidades. Lo primero que hicieron fue acumular los libros en enormes montañas y quemarlos. Sus autores fueron torturados y fusilados. ¿Te imaginas morir por haber escrito algo tan hermoso?

—¿La mataron?

—Sí. Y al ilustrador también, y a miles de personas como ellos. Se imprimieron tan pocos ejemplares que pensé que ya no quedaba ninguno. Cuando vi el tuyo, no supe si la vida me estaba ofreciendo una segunda oportunidad o burlándose de mí.

—Siento mucho lo de tu amiga.

—A pesar de los años, sigo echándola mucho de menos. Pero esa no es la única razón. El libro es importante para mí por otro motivo.

—¿Cuál?

—Sang Ly, mi amiga no tenía hijos. —Sopeap hace una pausa y suspira—. La historia estaba inspirada en mí. En mí y en mi hijo.



Alguien llama al marco de la puerta. Cuando abro la cortina, me encuentro con mi

prima Narin.

—Sang Ly, siento molestarte.

A juzgar por su voz, esta no es una visita de compromiso. Siento un vuelco al corazón.

—¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo a Ki?

Narin sacude la cabeza.

—No, a Ki, no.

—¿Entonces a quién?

Mi prima se apoya en la chabola. Yo decido imitarla.

—¿Conoces a Makara Hong? —pregunta.

—No.

—Es la mujer que tiene un puesto de fruta en la ciudad, al lado de la clínica francesa.

—Sí. Quiero decir no. No la conozco a ella, pero conozco su puesto. ¿Por qué?

—Makara y yo somos muy amigas. Su hermana mayor vive en el distrito de Dangkor.

Aprovecho que mi prima hace una pausa para preguntar:

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Verás, su hermana es enfermera en un hospital. Un día fui con Makara a visitarla. Cuando se enteró de que vivía en Stung Meanchey, me dijo que estaban tratando a una paciente del vertedero.

—¿A quién?

—Me contó que era una mujer llamada Sopeap. Sopeap Sin.

—¿Qué le pasa?

—Al parecer tiene un problema en el pecho. Prima, debes saber que Sopeap está muy enferma. Creo que se está muriendo.

Escucho sus palabras, pero no termino de creerlas.

—Eso no es verdad. Debe de tratarse de un error. Sopeap estuvo aquí esta mañana y no me dijo nada.

Entonces recuerdo los vómitos, la sangre, sus tropiezos y sus malos días. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta?

—Tiene un tumor en el pecho —sigue diciendo Narin—. Últimamente le ha crecido y está empezando a presionarle el corazón.

—¿Tiene cáncer?

—Creo que sí.

—¿Te dijo algo más?

—Sí, que...

—¿Qué? ¡Dímelo, por favor!

—Al parecer le queda poco tiempo de vida.



๒๐

CAPÍTULO 20

Nada más entrar, Sopeap deja su bolso en el suelo. Mientras se agacha para sacar un libro amarillo, yo guardo silencio. A continuación abre el libro por la señal y dice:

—Hoy vamos a leer una historia del escritor japonés Yasunari Kawabata —anuncia—. A mis alumnos les encantaba.

No puedo contenerme por más tiempo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto.

Sopeap me observa un momento, pero no le doy tiempo a responder.

—¡Te estás muriendo! —grito—. ¡Y ni siquiera me lo has dicho!

Sopeap cierra el libro.

—Te dije que iba a marcharme —responde, con una tranquilidad sorprendente—. Pero no te dije adónde.

Me dan ganas de llorar, de gritar, de golpearle en el pecho para que entienda el dolor que siento.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Pensaba hacerlo. Pero todavía no.

—Tenía derecho a saberlo.

—Lo sé. Solo estaba esperando el momento oportuno. Te veía con tantas ganas de aprender... No quería estropearlo.

—¿Estropear qué?

—Tu inocencia, tu esperanza en el futuro, tu confianza en la verdad que transmiten las palabras... No sabía cómo explicártelo.

—¿Explicarme el qué? ¿Que no todas las historias acaban bien? ¿Pensabas que era demasiado estúpida para entenderlo? ¿Olvidas que tengo un hijo enfermo y que vivo en un vertedero?

Sopeap me escucha en silencio. A continuación toma una larga bocanada de aire, como si estuviera fumando en pipa.

—Puede que tengas razón —dice al fin—. Me he comportado como una egoísta. No podemos empeñarnos en revivir cosas que no van a volver.

No sé a qué se refiere, pero parece arrepentida. Me gustaría decirle que no se preocupe, que la entiendo, pero no lo hago. Estoy demasiado enfadada para eso.

—¿Qué te ocurre exactamente? —decido preguntarle.

—Si te refieres a mi condición física, la lista es muy larga. Pero, básicamente, tengo un tumor que me está presionando una arteria. Al parecer, a las arterias no les gusta que se las presione.

—¿No te pueden operar?

—Podrían, si...

—¿Si... qué?

—Si fuera más joven, si lo hubieran descubierto antes, si tuviera más dinero, si viviera en América, en Europa o en cualquier país del Primer Mundo con los medios adecuados... En la vida hay tantos sis...

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace tiempo.

—Por favor, dime cuánto.

—El médico me dio la noticia el mismo día que te amenacé con echarte de la casa. Lo siento, pero ese día estaba un poco nerviosa.

—¿Por qué no te vas a casa a descansar?

De pronto, Sopeap se pone hecha una furia.

—¡Ni lo sueñes! Estamos aquí para aprender literatura. Me he pasado una semana traduciendo este maldito libro, así que ahora vas a escucharme, lo quieras o no. Y te advierto una cosa —dice, apuntándome con el dedo—. No pienso ceder en este tema. Voy a seguir enseñándote hasta que estés preparada, o hasta que... bueno, hasta que estés preparada.

Sopeap abre el libro y apoya el dedo en la primera frase.

—Además —añade—, no pienso morirme ahora, justo cuando empezabas a gustarme.



Las siguientes clases transcurren como en un sueño. Sopeap habla; mientras, yo la escucho y tomo apuntes, intentando no hacer demasiadas preguntas. Ahora que sé que está enferma, he empezado a fijarme en pequeños detalles: sus largas respiraciones, sus muecas de dolor, sus excusas para salir a vomitar...

A veces se me llenan los ojos de lágrimas. No puedo evitarlo. Pero Sopeap se comporta como si nada ocurriera, y eso me duele. Entonces me acuerdo de una conversación que mantuve con mi marido el día que supe que Sopeap estaba enferma.

—¿Cómo es posible que esté enferma y no me haya dicho nada? —le pregunté.

—¿No está enfadada? —preguntó Ki, ligeramente sorprendido.

—No, hace tiempo que no se enfada —dije.

—Entonces no te enfades tú.

Como pensé que mi marido no me estaba entendiendo, intenté explicárselo mejor.

—Pero es que no me parece bien seguir con las clases. Necesita tiempo para ella.

Ki hizo una pausa. A continuación me hizo una pregunta que me dejó pensando.

—¿Es ella la que necesita tiempo? ¿O eres tú?

Resulta irónico que, siendo Sopeap la que está enferma, la ofendida sea yo. ¡Pero es que no puedo entender que no le importe morir!

Dejo que mis pensamientos vaguen un rato más. Entonces me doy cuenta de que Sopeap se está dirigiendo a mí.

—Mañana voy a traerte uno de mis libros favoritos —dice.

—¿Cómo se llama?

—Es un cuento sobre... En fin, es mi libro favorito —dice.

—¿De qué trata?

—Es una metáfora, pero... ¿qué libro no lo es? Es una vieja historia que en un principio parece trágica, pero que al final... En fin, no quiero desvelarte nada más. La historia se entiende mejor si no conoces el final.

—¿Entonces no vas a contármela?

—Mañana. La leeremos mañana.



—¡Sang Ly! ¡Sang Ly!

El grito de mi madre atraviesa las paredes de la casa. Cuando abro la cortina, la encuentro jadeante y con el cuerpo inerte de mi hijo en brazos.

Habla tan rápido que apenas logro entenderla.

—El niño estaba jugando en el suelo... De pronto se desmayó y... no logro despertarlo... ¡He intentado despertarlo, pero no puedo!

—¿Nisay? ¡Nisay!

Abro con los dedos el párpado de mi hijo, pero tiene los ojos en blanco. Presiono mi cara contra la suya, tratando de identificar alguna señal de vida. Creo que respira; espero que respire. Miro al cielo.

—Abuelo, por favor, ayúdale a seguir respirando.

Tomo a mi hijo en brazos y, movida por el instinto, entro en casa para buscar a mi

marido. *Espera, Ki no está.* Ya está anocheciendo, pero Ki aún no ha vuelto. Sigue trabajando en el vertedero. ¿Qué otra persona puede ayudarme? Teva Mao.

—Vete a buscar a Ki —le digo a mi madre—. Cuéntale lo que ha pasado. Yo iré a casa de Teva Mao.

No sé cómo, pero Teva siempre sabe qué hacer en estos casos. Seguro que ella puede ayudarme. Vive cerca de aquí, detrás de una colina de basura. Con Nisay en los brazos, hago la única cosa que se me ocurre: echar a correr.

En el camino pierdo la sandalia izquierda, pero sigo corriendo. Vuelo entre la basura con un pie descalzo, sin preocuparme de los cristales. Finalmente llego a la chabola de Teva Mao.

—¡Teva! ¡Ayúdame! —grito.

No hay respuesta.

—¡Ábreme, por favor!

Pero Teva Mao no está en casa.

Nisay tiene un aspecto horrible. Quisiera gritar, llorar, rogar a los antepasados... Pero nada de eso conseguirá salvar a mi hijo.

¡La clínica! ¡Lo llevaré a la clínica francesa!

Vuelvo sobre mis pasos. Mi sandalia espera en el camino y, milagrosamente, está colocada en la posición correcta. La deslizo en el pie sin apenas detenerme. Dejo atrás mi casa y subo por una montaña de basura, hasta que el camino se allana y me lleva a las calles de la ciudad.

En un día normal, iría a la clínica andando. Pero hoy no es un día normal. Sigo corriendo hasta la parada de motos. Una vez allí me pongo a agitar los brazos, pero nadie se para. Deben de sospechar que me he dejado el dinero en casa. El tercer conductor detiene su *tuk-tuk* en la curva. Se trata de un hombre mayor.

—Por favor —le ruego—. Necesito ayuda. Tengo que llevar a mi hijo a la clínica del bulevar Khemarak, al lado del hospital ruso. ¡Está muy enfermo!

El hombre se queda dudando un momento. Finalmente echa un vistazo a mi hijo.

—¡Suba! ¡Deprisa! —dice.

Me monto en el vehículo de dos ruedas. Nada más sentarme, el *tuk-tuk* se pone en marcha en medio del tráfico. Cualquiera otro día estaría furiosa. Hoy me siento agradecida. Mientras avanzamos por las calles de la ciudad, susurro palabras cariñosas al oído de Nisay:

—Ya casi hemos llegado, cariño. Son unos médicos muy buenos, ya lo verás. Enseguida te pondrás bueno.

Pero mi hijo no se mueve.

Cuando por fin llegamos a la clínica, veo que las puertas y las ventanas están cerradas.

—¡No! –grito—. ¡Abran, por favor! –ordeno a las puertas, como si pudieran obedecerme. Obviamente no lo hacen.

Luego, mi mente se nubla. A partir de entonces ya no estoy segura de lo que ocurre, ni en qué orden. Vuelvo a estar sentada en el *tuk-tuk*, pero estoy llorando porque no sé adónde me llevan. Recorro las calles de Nom Pen con mi hijo moribundo en brazos, incapaz de despertar.

Pero no puede ser un sueño, porque, si estuviera soñando, semejante dolor ya me habría despertado.

Finalmente llegamos a un edificio acristalado. El conductor intenta ayudarme a bajar, pero yo me resisto.

—¡Suélteme! –grito—. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve?

El conductor me arrastra fuera del vehículo, pero yo sigo gritando y pidiendo ayuda. Entonces, alguien posa una mano en mi hombro. Se trata de una mujer camboyana vestida con un uniforme blanco. Estoy en el hospital infantil del bulevar Kampuchea Kron.

La mujer me acompaña a la puerta. Antes de entrar, me vuelvo para darle las gracias al conductor, pero ya se ha ido.

Alguien se lleva a mi hijo. Le cuento a la enfermera lo que ha pasado, y ella me dice que aguarde en la sala de espera. Cuando entro, no hay ninguna silla libre. Las ocupan otras madres desesperadas que están viviendo sus propias pesadillas.

Encuentro un hueco junto a la pared y me deslizo hasta sentarme en el suelo. Abrazo mis piernas y cierro los ojos. Tengo ganas de vomitar, pero estoy demasiado cansada para buscar un baño. No sé si me desmayo o me quedo dormida pero, en un momento de la noche, la enfermera me toca el hombro para despertarme. Al parecer, necesita información. Le digo mi nombre y mi dirección. Cuando escucha *Stung Meanchey*, me mira arqueando las cejas. Antes de irse, me dice que mi hijo se encuentra bien, y que un médico vendrá a informarme dentro de poco. Cuando se marcha, me siento tan feliz que lloro de alegría.

Hay un reloj en la pared. A las dos y diez, me acuerdo del reloj que tengo en casa. Pienso en Ki y en lo mal que lo estará pasando. Una hora después, mi marido irrumpe en la sala de espera. Está jadeante y bañado en sudor. Cuando me ve, se acerca al lugar donde estoy sentada y se deja caer en el suelo. Luego me abraza y pregunta:

—¿Cómo está Nisay?

—Las enfermeras están cuidando de él. Se pondrá bien.

Durante varios minutos no decimos nada, contentos de estar juntos a pesar de las circunstancias.

—¿Cómo nos has encontrado? –pregunto al fin.

—He recorrido todos los hospitales de la ciudad. Menos mal que no se te ha ocurrido

ir al norte.

Entonces me doy cuenta de que ha venido corriendo.

Desgraciadamente, en Camboya es muy habitual que los maridos beban y peguen a sus mujeres. Muchos abandonan a su familia, que a partir de entonces tiene que arreglárselas por su cuenta. Sin embargo, mi marido ha atravesado media ciudad para buscarnos.

Ambos nos quedamos sentados durante horas, descansando por turnos mientras esperamos al médico. Bien entrada la mañana, aparece un hombre de aspecto cansado con una bata blanca. Se ve que tiene mucha prisa.

—Soy el doctor Chan. No se preocupen. Su hijo está bien. Sufría una deshidratación severa, pero le hemos suministrado líquidos durante toda la noche. Ya pueden llevárselo a casa.

Me alegro de que mi hijo esté bien, pero sé que lo mandan a casa porque no tenemos dinero para pagar la estancia.

—¿Cómo es posible que se haya recuperado tan rápido? —pregunto.

En lugar de responder, el médico empieza a darme instrucciones.

—Es muy importante que le den mucha agua y...

—Lo intentaré —digo—. Pero mi hijo tiene diarrea constantemente. Y después se niega a comer y a beber.

—Le he traído unas pastillas para eso.

—Gracias. Pero, cuando las pastillas se acaban, el niño vuelve a enfermar.

—Recuerde: dele mucha agua. Tengo otros pacientes esperando, así que, si no les importa, les dejo con la enfermera.

Con la misma rapidez con la que ha venido, el médico desaparece. Sé que él no tiene la culpa. Estoy en un hospital lleno de madres desesperadas, muchas de las cuales han perdido a sus hijos. Solo puedo estarle agradecida.

La enfermera me entrega a Nisay, que está durmiendo tan tranquilo. Afortunadamente, ya le ha vuelto el color. Nadie nos pide que paguemos, así que Ki utiliza el dinero para alquilar una moto que nos lleve a casa. Me gustaría encontrar al conductor que me trajo aquí para darle las gracias, pero no le vuelvo a ver.

Cuando llegamos a casa, ya es mediodía. A pesar del calor, cerramos la cortina y nos tumbamos en el suelo. Cierro los ojos mientras los sonidos del vertedero se cuelan en mi mente.

—Ki, muchas gracias por encontrarnos. Te quiero —susurro. O eso creo.

Antes de quedarme dormida, abro la boca hacia el cielo, porque todo lo que me rodea es maravilloso. Por segunda vez en lo que va de mes, la nieve cubre Stung Meanchey.



El hombre me llama una vez más, pero su rostro sigue sumido en la oscuridad. Sin embargo, hay algo en su voz que me recuerda a alguien. Como esa persona que te encuentras por casualidad y no consigues recordar quién es. Más tarde, su nombre irrumpe en mi mente, como si estuviera escondido detrás de una cortina, esperando el momento oportuno para hacer su aparición.

Cuando despierto, mi marido ya no está a mi lado. Supongo que se habrá ido a trabajar. Ya es por la tarde y estoy muerta de hambre. Espero que Ki consiga ganar dinero suficiente para comprar algo de comer.

Nisay está acostado junto a mí, roncando. Siempre que vamos al hospital pasa lo mismo. Los médicos le dan medicinas –unas veces, antibióticos; otras, vitaminas; otras, medicamentos que ni siquiera soy capaz de pronunciar– y, casi inmediatamente, el niño mejora. La diarrea desaparece, recupera el apetito, está contento... Pero, en cuanto se acaban las medicinas, la fiebre regresa.

Nisay despertará enseguida, e imagino que estará hambriento. Me levanto con cuidado para no despertarle. El niño sigue dormido, pero sé que será por poco tiempo. Me alegro de no tener que limpiar su diarrea.

Menos mal que nos queda un poco de arroz. Meto unas ramas secas en la cocina de barro. Luego acerco el encendedor a la madera, hasta que las ramas empiezan a arder. Salgo un momento a por agua, la echo sobre el arroz y finalmente coloco la olla encima del fuego. Pronto hervirá y, si hay suerte, Ki llegará a tiempo con algo más: cerdo, ternera, verduras... lo que sea. Si no fuera por esas malditas sanguijuelas, ahora mismo saldría a buscar caracoles.

Cuando empieza a salir humo, pienso en todas las madres camboyanas que llevan cocinando el arroz de la misma manera desde hace cientos, tal vez miles de años...

¡Entonces, en mitad del pensamiento, lo recuerdo!

El desconocido de mi sueño es un hombre de mi provincia, un hombre al que no veo desde hace años. Cuando era niña, nunca me acercaba a él. No es que fuera malo conmigo, pero hay ciertos rumores, incluso los que proceden de la imaginación, que dejan impresiones profundas. El hombre vivía al lado del río, a unos diez minutos de nuestra casa. Desde que dejé la provincia no había vuelto a pensar en él. Pero ahora que me ha visitado en sueños, me pregunto si será una coincidencia, o es que mi subconsciente intenta decirme algo.

El psiquiatra suizo del que hablaba Sopeap decía que los sueños eran importantes, y que debemos reflexionar sobre ellos si queremos encontrar la respuesta a nuestros problemas. Ahora, esa idea me inquieta. Porque el hombre que me llamaba en sueños, insistiendo en que *debería haber venido antes*, era Bunna Heng. Aunque la mayoría de los médicos occidentales lo llamarían *brujo*, en el pueblo de mi infancia, Bunna era conocido como *el curandero*.

No me preocupa la opinión de los médicos modernos porque, hasta ahora, sus remedios han sido un fracaso. Lo que me preocupa son las palabras del curandero: «Deberías haber venido antes».

Si el sueño trata de mi hijo y el hombre me ha dicho que *debería haber venido antes*, ¿significa eso que ya es demasiado tarde?

Lo que está claro es que, si el médico suizo tenía razón, si los sueños son realmente importantes, si de veras ofrecen significados, e incluso advertencias, será mejor que les preste atención.

Mientras observo cómo se cuece el arroz, entiendo instintivamente lo que tengo que hacer. Tengo que viajar con mi hijo a la provincia de Prey Veng para visitar al curandero. Y tengo que hacerlo cuanto antes.



Toda nuestra ropa cabe en dos viejas maletas (cortesía de nuestros amigos del vertedero). Los objetos de valor –los utensilios de cocina, la cocina de barro, las esterillas, mi reloj– los escondo debajo del suelo. Aun así, el escondite no es seguro. Pueden robarnos en cualquier momento y nadie se daría cuenta. Pero no tenemos otra opción.

Desde que volví del hospital no he vuelto a ver a Sopeap. Cada vez que me acuerdo de ella siento una punzada en el corazón. Pensaba que vendría a darme clase y así podría despedirme de ella, pero no ha aparecido. He ido a su casa dos veces para explicarle las razones de mi partida, pero no había nadie.

—¿Tú crees que deberíamos esperar un día más? –le pregunto a mi marido—. Puede que esté a punto de volver.

Ki me ignora, y con razón. Sabe que en cualquier momento puedo cambiar de opinión y decirle que debemos darnos prisa, que hay que partir cuanto antes. Sinceramente, no sé si mi necesidad de ver al curandero es una señal o un capricho. A veces es difícil distinguirlos.

Hemos contado el dinero y solo tenemos para el viaje de ida. Cómo conseguiremos volver es todavía un misterio. Antes de marcharnos, decido ir a casa de Sopeap para llamarla por última vez. Pero, justo cuando voy a salir, veo a Gordito corriendo hacia nuestra casa.

—¡Ya ha vuelto! —grita.

Y tiene razón. Sopeap camina con paso vacilante hacia nosotros. Su inconfundible silueta se dibuja sobre el fondo de una montaña de basura.

—Yo me ocupo de Nisay y de las maletas —dice Ki—. Te esperaré en la esquina de Boeung con Keng, al lado de la pollería.

—No puedes llevarlo todo. Déjame una maleta. Me encontraré contigo dentro de un rato.

Pero Ki se las arregla para tomar al niño y las dos maletas. Gordito le sigue, decepcionado porque no puede quedarse a escuchar.

Observo a Sopeap, buscando las palabras adecuadas para expresarle mi gratitud.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto, mientras se sienta en el suelo a descansar.

—Tengo la arteria un poco comprimida —dice, esbozando una sonrisa—. Últimamente es mi frase favorita, ¿sabes? —añade.

—Dime la verdad. ¿Estás bien?

—Ahí sigo, con mis dolores. Nada que el licor de arroz no pueda solucionar.

—Sabiendo que vas a morir, no deberías beber.

—¿Por qué no iba a beber, sabiendo que voy a morir?

Decido cambiar de tema.

—He ido a tu casa muchas veces, pero no estabas.

—Sí, tenía que solucionar unos asuntos. Al final me han llevado más tiempo del que pensaba. Por cierto, me alegro de que tu hijo esté mejor.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ya sabes que yo me entero de todo. Al fin y al cabo sigo siendo la cobradora del alquiler.

De pronto, su mirada se entristece.

—Es una pena que no hayamos podido terminar —dice—. Tenía tantas cosas que enseñarte...

—No te preocupes. Ya tendremos tiempo.

—¿Conoces la historia del ave fénix? —pregunta, ignorando mi comentario.

—No, creo que no.

—Es una de mis favoritas. La estaba reservando para el final.

—La leeremos cuando vuelva —le digo.

Sopeap guarda silencio mientras observa las montañas de basura.

—Por supuesto —responde al fin, con escasa convicción. Entonces añade—: Por

mucho que nos aferremos a la esperanza, las historias siempre terminan de forma inesperada.

—¿Qué es eso? ¿Una cita?

—No, es una realidad —responde.

A continuación mete la mano en su bolso, un gesto que voy a echar mucho de menos.

—Te he traído un libro para leer por el camino —dice.

—¿De veras?

Sopeap me entrega un pequeño volumen de cuero.

—También puedes leérselo a tu hijo.

—Gracias.

Acaricio lentamente la cubierta, sin saber qué decir. Sopeap me observa un momento.

—¿Qué te preocupa? —pregunta—. Venga, suéltalo.

—Nada. Es solo que... He estado pensando qué pasará cuando... cuando te vayas de Stung Meanchey.

—¿Cuando me muera?

—Sí. ¿Qué crees que ocurrirá? ¿Estarán los antepasados esperándote? Yo no entiendo de esas cosas. Por eso me lo preguntaba.

—Esa es una cuestión que están discutiendo las personas más inteligentes del mundo.

—¿Y qué han decidido?

—Creo que todavía siguen reunidas.

—Eso es un chiste, ¿verdad?

—Sí. Además sin gracia.

—¿Alguna vez hablas con los antepasados? —pregunto.

—Normalmente solemos discutir.

—¿Discutir?

—Sí, y no te lo recomiendo. Al final siempre sales perdiendo.

—Te lo pregunto en serio.

Sopeap suspira.

—Lo siento. No debería bromear sobre estas cosas. El problema es que tú necesitas una respuesta sincera, y yo no soy la persona más indicada para dártela.

—¿Por qué no? Tú eres la profesora.

—Porque hace tiempo que me alejé del cielo. Y luego me quejo de que el cielo se ha alejado de mí. Mira, si sigues estudiando, encontrarás muchas opciones. Puedes creer al escritor Darany Ma, que opina que nos enfrentamos a un universo frío y silencioso. O a Phirun Vann, que ve una especie de fuerza que guía nuestros pasos...

—A eso me refiero —digo—. ¿Cómo puedes saberlo? Me encanta que me enseñes, me

encanta leer libros, pero a veces todo resulta tan...

—¿... confuso? —pregunta.

Sonríe. Entonces, siguiendo su costumbre, Sopeap me responde con otra pregunta:

—El poeta Leigh Hunt decía: «Existen dos mundos: el mundo que podemos abarcar con la línea y las leyes, y el que sentimos con el corazón». Si sigues su consejo, te irá muy bien.

—Echaré de menos tus citas. No siempre las entiendo, pero las echaré de menos.

Las dos nos quedamos calladas, aunque no hay ninguna incomodidad en nuestro silencio. *¿Tristeza? Tal vez. ¿Remordimiento? Un poco*, pero mezclado con una considerable dosis de alegría.

—Adiós, Sang Ly —dice al fin.

—Adiós, profesora.



၂၅

CAPÍTULO 21

Las calles de Nom Pen son un hervidero de vehículos. Miles de *tuk-tuks*, bicicletas, coches y especialmente motos pitan y se adelantan en un caos frenético del que, milagrosamente, siempre conseguimos salir con vida. Cuando llegamos a la estación, nos quedamos esperando junto al mercado. Los autobuses están aparcados en líneas simétricas, como si fueran fichas de dominó. Antes, buscar el autobús era una fuente de estrés y preocupación. Teníamos que preguntar a varias personas hasta encontrarlo. Ahora, me basta con leer los letreros.

Al verme, una anciana se acerca y me pregunta:

—Por favor, ¿podría decirme dónde está el autobús para Seim Reap?

Recorro con la vista los carteles. Cuando lo encuentro, señalo el autobús con decisión. La mujer me da las gracias y desaparece entre la multitud.

Como todavía queda mucho para que salga nuestro autobús, nos sentamos a comer el arroz que hemos traído. Hemos decidido no comprar cerdo ni verduras hasta que lleguemos a la provincia. Allí, la comida es mucho más barata. Además, cuanto más dinero ahorremos, antes podremos volver.

De pronto, un hombre llama mi atención. Debajo del brazo lleva un montón de libros y, en la otra mano, una bolsa de basura. Después de dejar su carga en el suelo, el hombre procede a tirar la bolsa en un contenedor. Obviamente, me encantaría leer el título de los libros y pasar sus páginas. Pero a la vez siento el curioso deseo de romper la bolsa de basura, para ver si contiene algo que merezca la pena.

Se trata de una mezcla de emociones tan extraña que no puede tratarse de una coincidencia. Además, sé perfectamente quién es el culpable. Miro al cielo y susurro:

—Muy gracioso, abuelo.



El autobús es un viejo vehículo desvencijado y lleno de cicatrices. Los nombres

garabateados en sus asientos son extranjeros. Se ve que, antes de jubilarse, nuestro autobús trabajó un tiempo en Tailandia. No deja de toser un humo gris que se alza hacia los laterales. El humo se disipa cuando salimos de la estación y empezamos a avanzar en medio del tráfico. Los pasajeros están como nosotros: acalorados e impacientes. A mi derecha hay una mujer acunando a un bebé dormido. Creo que es una niña. La escena sería conmovedora, si no fuera porque Nisay ha empezado a llorar y la mujer no deja de lanzarnos miradas asesinas.

Dos filas más adelante hay un ejecutivo con una montaña de papeles extendidos en el asiento. Está hablando con el hombre de delante, quejándose porque el autobús no tiene aire acondicionado. Eso me lleva a pensar en nuestra casa en Stung Meanchey, que no solo no tiene aire acondicionado, sino que tampoco tiene electricidad ni agua corriente.

Delante de mí hay dos mujeres, tal vez hermanas, que señalan escenas de la calle, como si visitaran la ciudad por primera vez.

Mientras observo a las personas que me rodean, me pregunto cuál será su historia. Sopeap me enseñó que estamos rodeados de historias, incluso en Stung Meanchey. Pero, cuando decía que la literatura habla de *nosotros* –de nuestros sueños y nuestras esperanzas–, ¿se refería a todo el mundo: amigos, vecinos, desconocidos, enemigos...? No creo. Nuestras historias son demasiado insignificantes comparadas con los relatos sobre dragones y princesas. Pero puede que en el fondo tenga razón. Al fin y al cabo, Sopeap me enseñó que las verdaderas batallas se libran en el interior de uno mismo, y eso nos atañe a todos.

Nisay no deja de llorar. Decido acunarle en mis brazos mientras le canto en voz baja. No solo quiero tranquilizarle, sino aplacar a la gente que me rodea. Sus miradas parecen decir: *¡Qué vergüenza! Asientos incómodos, un calor insoportable... ¡y encima un niño que no para de llorar!*

Decido levantarme y pasear a mi hijo por el autobús, rezando para que se duerma. Yo también estoy empezando a perder la paciencia, y sé que no debería, porque Nisay no está bien. Como el resto de los pasajeros, yo también estoy cansada y de mal humor.

Entonces, Ki se acerca y me dice:

—Sang Ly, ¿por qué no lo cojo yo y tú le lees un cuento?

Al principio me niego, pensando que eso molestará todavía más a los pasajeros. Entonces echo un vistazo a mi alrededor. A estas alturas, *nada* puede empeorar las cosas.

Le paso el niño a Ki y saco el libro que me regaló Sopeap. El texto de la cubierta dice que es una colección de relatos de la India. Qué pena. Ojalá fuera una novela, porque nos espera un largo viaje. Paso las páginas hasta que encuentro un relato con el dibujo de un tigre. Seguro que a Nisay le gusta. Debajo del dibujo hay un párrafo sobre el autor, Rajam Banerjee. Dice que nació en Sawai Madhopur, al norte de la India, y que escribió este relato hace un siglo, dato que encuentro fascinante. A diferencia de todo lo

que me rodea, la literatura, al igual que el alma, nunca envejece. El cuento fue traducido al jemer en 1963. Al parecer, el señor Banerjee también escribió muchas novelas de aventuras, y...

Ki me toca el brazo para pedirme –bueno, más bien para suplicarme– que empiece a leer.

—*El camino del tigre* –anuncio, mientras recorro las palabras con el dedo–, de Rajam Banerjee.

La historia trata de un hombre que recorre la India en busca de riquezas. El autor describe las maravillas y los horrores de su país con tanta intensidad, que las imágenes se dibujan en mi mente.

El protagonista se adentra en el corazón de la selva en busca de marfil, en una zona llamada Ranthambore. Un tigre mata a su único caballo, pero el hombre consigue salir con vida.

La muerte del animal resulta tan espantosa, que dejo de leer y miro a Ki.

—¿Crees que debería seguir leyendo? –pregunto–. Este relato no es para niños.

Nisay sigue llorando, sin prestar atención. Ki me mira con incredulidad, como si quisiera decir: *¿lo preguntas en serio o en broma?*

Decido seguir leyendo.

Como ya no tiene caballo para tirar de su carreta, el hombre se queda atrapado en las montañas Aravalli. Pero, en vez de intentar escapar, está tan furioso con el tigre que decide tomar su rifle y seguir su rastro.

Varios capítulos más tarde, Nisay sigue llorando y yo me descubro leyendo en voz alta para llamar su atención. Me da la impresión de que estoy molestando a los pasajeros. Pero, cuando levanto la cabeza para pedirles disculpas, me encuentro con una escena inesperada. La madre del bebé, que antes estaba mirando por la ventana, se ha dado la vuelta para escucharme. El ejecutivo, que tenía la cara enterrada entre sus papeles, está mirándome. Pero las que más me sorprenden son las mujeres de delante. Una se ha girado en su asiento, con las piernas hacia el pasillo. Su compañera se ha dado la vuelta completamente y está sentada en cuclillas encima del asiento para escucharme mejor.

—Por favor, querida, siga leyendo –dice.

Todo el mundo parece estar de acuerdo, de modo que prosigo.

El hombre persigue al tigre durante toda la noche, hasta que descubre que el animal se ha refugiado entre unos matorrales. Como sabe que penetrar en la vegetación sería un suicidio, pues el tigre podría verle, pero él al tigre no, decide esperar hasta el amanecer. Entonces, enciende una antorcha y prende fuego a la maleza.

Después de leer un buen rato, tengo la boca seca. No solo Nisay ha dejado de llorar, sino que todo está en silencio. Todos los pasajeros que estaban sentados delante se han trasladado a la parte de atrás del autobús para escucharme mejor. Aunque leo muy

despacio, a nadie parece importarle. Cuando el ejecutivo me ve relamerme los labios, me pasa una botella de agua. Yo le doy las gracias. De pronto me siento como si estuviera rodeada de amigos. Abro la botella y tomo un largo trago de agua. Después prosigo nuestra aventura por la India.

El fuego es tan intenso que se alza a varios metros del suelo, llenando el aire de humo y ceniza. El hombre aguarda pacientemente con el rifle preparado, dispuesto a disparar al animal en cuanto salga de su escondite.

Cuando el tigre emerge de la espesura, le siguen una hembra más pequeña y dos cachorros. El hombre apunta con cuidado pero, cuando está a punto de accionar el gatillo, un fragmento de ceniza ardiente se posa en su ojo derecho. El hombre empieza a frotarse el ojo, contorsionándose de dolor. Cuando termina de limpiárselo, solo le da tiempo a ver el rabo del último tigre, que desaparece entre la maleza.

No hay hombre en el mundo más furioso que él. En ese momento debería haber renunciado a su objetivo, pero no lo hace.

Estoy a punto de empezar el capítulo siguiente, cuando mi marido se acerca a mí y susurra:

—¿Falta mucho? Queda poco para llegar.

La mujer de delante me mira con cara asustada.

—Lea un poco más deprisa, por favor –suplica–. Tiene que terminar.

—Voy a hablar con el conductor para indicarle dónde está nuestra parada –dice Ki–.

Tú sigue leyendo. Ya me contarás la historia más tarde.

Ki se encamina a la parte delantera del autobús. Yo sigo leyendo.

En las páginas siguientes, el hombre persigue a los tigres hasta un barranco.

Cuando la vegetación empieza a escasear, vislumbra unas rayas naranja entre la maleza. El hombre levanta su arma y dispara a uno de los cachorros.

Sin embargo, cuando abre el rifle para cambiar el cartucho, el arma se atasca, dejándole indefenso ante la tigresa, que empieza a avanzar hacia él. El hombre retrocede lentamente, mientras golpea el cartucho con la mano. Sabe que su muerte es inminente, pero entonces se da cuenta de que la tigresa solo se ha acercado para proteger a su otro cachorro.

Cuando consigue desatascar el arma, el hombre aprieta el gatillo y mata al segundo cachorro. En vez de huir, la tigresa avanza hacia él. En cuestión de segundos, el hombre matará a la tigresa o ella le matará a él. El animal lanza un rugido y lo observa con una expresión tan diabólica que el hombre vacila un instante. Finalmente, el hombre dispara y mata a la criatura justo a tiempo.

Ya solo queda un tigre. El hombre debería darse por satisfecho, pero decide seguir a la bestia hasta un peñasco. Allí, el animal le espera moviendo el rabo. Antes de que el hombre pueda alzar el rifle, el tigre da un salto majestuoso desde las rocas.

Cuando paso la página, el autobús se para. Con el tigre saltando en el aire, interrumpo la lectura. No sé qué hacer, porque hemos llegado a nuestro destino.

—Lo siento —digo—, pero tenemos que bajarnos.

—De eso, nada —dice la mujer de delante—. Tiene que terminar la historia.

—¿Cuánto queda? —grita el ejecutivo.

Paso la página y veo que no llega a dos páginas.

—Una página y media —le digo—. Pero estoy leyendo lo más deprisa que puedo.

Entonces el ejecutivo, un extraño para todos nosotros, realiza un acto de generosidad que encuentro admirable y conmovedor.

—Voy a hablar con el conductor. Le retendré hasta que termine. Créanme, puedo ser muy persuasivo —dice, acariciando su cartera.

A continuación se vuelve hacia las dos mujeres.

—Por favor, escuchen la historia con atención. Luego me contarán el final.

Entonces, sin vacilar un instante, el hombre se dirige a la parte delantera del autobús.

Sopeap decía que la literatura puede cambiar vidas. Hasta este momento, que estoy leyendo a unos desconocidos sobre unos tigres de la India, no terminaba de entenderlo.

—No se preocupen —anuncio a todo el mundo—. Ahora mismo termino.

La enorme criatura vuela en el aire, dibujando un amplio arco. Cuando alcanza el punto más alto, el hombre apoya el rifle en el hombro y dispara. La bala alcanza su objetivo, pero es demasiado tarde. El tigre cae encima de él y hunde sus afilados colmillos en su muslo. El hombre lanza un grito de agonía mientras los dientes alcanzan el hueso. Pero, justo cuando se daba por muerto, el tigre afloja la mandíbula.

El animal se incorpora y lanza un rugido que hace temblar las rocas. Después se tambalea y se desploma en el suelo. El hombre se ata un pañuelo en la herida para detener el flujo de sangre. Luego, con la ayuda de los habitantes del lugar, consigue salir de la selva, pero queda lisiado para el resto de su vida.

Cierro el libro y miro las caras pensativas que me rodean. La mujer de delante es la primera en hablar:

—No me extraña que acabe lisiado —dice—. Eso le pasa por matar a los tigres.

La madre del bebé sonrío y me dice:

—Eres una lectora excelente. Lo hemos pasado muy bien.

Todo el mundo está de acuerdo. Me siento tan halagada que no sé qué decir.

—Gracias —murmuro.

Luego me levanto y me acerco a la parte delantera del autobús.

El ejecutivo está al lado del conductor. Ki baja del autobús con Nisay pero, antes de que pueda seguirle, el ejecutivo me detiene. Todo en él es perfecto, incluida su ropa. No puedo evitar preguntarme qué hace un hombre como él viajando en un autobús como este.

—Gracias —me dice, estrechándome la mano. Cuando lo hace, noto que me entrega un fajo de billetes.

—No, por favor, no puedo aceptarlo —digo—. Yo solo quería tranquilizar a mi hijo.

—Lo siento, pero debo insistir. Antes de montarme en el autobús, pensaba que este viaje sería insostenible. Pero usted me ha demostrado que estaba equivocado. Créame, es usted mejor que un audiolibro.

Está claro que el hombre está acostumbrado a salirse con la suya, así que decido aceptar su regalo. Me meto el dinero en el bolsillo y le doy las gracias. Me siento tan halagada... Un ejecutivo importante me ha dado las gracias a *mí*, una mísera mujer de Stung Meanchey. Vuelvo a darle las gracias y bajo del autobús.

Mientras el autobús se aleja, unos completos desconocidos agitan la mano para despedirse de nosotros.

—¿Qué te ha dicho el ejecutivo? —pregunta Ki.

Saco el dinero del bolsillo y cuento los billetes. Tenemos de sobra para cubrir todos nuestros gastos.

—Me ha dicho que soy mejor que un audiolibro.

Ki frunce el ceño.

—¿Y eso qué es?

—No tengo ni idea.



၂၆၆

CAPÍTULO 22

Tardamos más de una hora en llegar a la ribera del río. Los tres estamos cansados y hambrientos, de modo que utilizamos parte del dinero para comprar arroz, cerdo y pitaya. Cuando terminamos de comer, descanso un rato con Nisay a la sombra, mientras Ki alquila una barca que nos lleve al pueblo.

Antes de salir, tomo prestado un teléfono móvil y llamo a mi tío Keo para avisarle de nuestra llegada. La llamada funciona, porque al llegar nos reciben dos chicos agitando los brazos. Son dos sobrinos míos. Los chicos se ofrecen a llevarnos las maletas.

Todos los pueblos que recorren el río Mekong (y cualquier río de Camboya) son muy parecidos. Las casas se levantan en la ribera y se extienden en fila a lo largo de varios kilómetros. Detrás de las viviendas, donde el río deposita el cieno y los sedimentos, se despliegan los campos de arroz que han proporcionado sustento y esperanza a numerosas generaciones. Más allá de los campos se extiende la selva.

La casa de mi tío está muy cerca. Hace tiempo que mi tío trabaja para el ayuntamiento, pero no sé cuál es su puesto. Cada vez que se lo pregunto, recibo una respuesta distinta. Ni siquiera mi tía lo sabe con seguridad. Sin embargo, su trabajo tiene una serie de ventajas. Hace dos años le enviaron unos listones de madera para construir una casa nueva. Y hace un año se convirtió en la primera persona del pueblo en tener teléfono.

Cuando llegamos, mis tíos nos reciben con los brazos abiertos.

—Qué alegría volver a veros. ¿Cómo está mi monito? —pregunta mi tía.

Debe de referirse a Nisay, porque hace más de veinticinco años que no me llama *su monito*.

—Regular —respondo—. Por eso hemos venido. Queremos ver al curandero.

Mi tía arquea las cejas, sorprendida. Luego nos invita a seguirla.

Mientras mi tía prepara un poco de fruta, mi tío aprovecha para ponerse al día.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta.

—Igual de cabezota que siempre.

No pretendía ser graciosa, pero recibo una risa por respuesta.

Los dos charlamos —bueno, más bien cotilleamos— sobre la provincia, el vertedero y lo difícil que es la vida en ambos lugares. Mi tío me cuenta que a su vecino Munny Sap

le mordió una serpiente y murió a los tres días. Yo le cuento que Prak Sim fue atropellado por un camión y murió al instante. Estoy a punto de contarle que Sopeap Sin, una mujer maravillosa que me ha enseñado a leer, tiene un tumor que le está presionando las arterias, pero decido callarme.

Durante la conversación, mi tío menciona que, después de recibir nuestra llamada, intentó ponerse en contacto con el curandero, pero que el hombre ha salido a atender un asunto y no volverá hasta dentro de dos días. Cuando la conversación empieza a languidecer, mi tío nos dice que podemos quedarnos en su antigua casa, pero que tendremos que compartirla con su suegra.

Su antigua casa no es tan alta como la nueva, que está más protegida contra las inundaciones. Menos mal que no estamos en la estación de lluvias. Cuando el río se desborda, la única manera de acceder a las viviendas es en barca. Cuando entramos, una anciana de cabellos plateados nos recibe con un gruñido. No parece muy contenta de vernos. Mi tío me explica que, hasta hace poco, la mujer vivía en Stung Treng con una cuñada. Al parecer, las *circunstancias* (no especifica cuáles) les han obligado a reubicarla en la provincia. La palabra *reubicar* me hace pensar que se refiere a una criminal. Pronto entenderé por qué.

La mujer tiene toda la ropa extendida por el suelo.

—Nana —dice mi tío—, te dije que teníamos invitados.

La anciana no responde.

—Yo lo llamo *sordera selectiva* —dice mi tío, como si la mujer no estuviera—. Solo me oye en ciertas ocasiones, por ejemplo, a la hora de cenar. Pero, cuando tiene que hacer algo, se vuelve sorda de repente.

La mujer esboza una ligera sonrisa.

Mientras mi tío recoge la ropa, yo aprovecho para acercarme a ella.

—No se preocupe —le digo—. No vamos a quedarnos mucho tiempo. Solo hemos venido a ver al curandero.

No sé si la mujer me ha entendido. En cualquier caso, no da muestras de ello.

—Poneos cómodos. Esta es vuestra casa —dice mi tío. Antes de bajar las escaleras, se da la vuelta y dice—: Buenas noches, Nana.

Ki se queda mirando a la mujer, que está volviendo a extender su ropa por el suelo. También él decide retirarse.

—Voy a bañar a Nisay. Tú quédate aquí deshaciendo las maletas.

No entiendo por qué se va. Al fin y al cabo, él es el que tiene el cuchillo, no yo. Pero que bañe a nuestro hijo es una oferta que no puedo rechazar.

Me quedo a solas con la mujer —que todavía no ha dicho ni una palabra— y saco el libro de Sopeap. El rostro de la anciana se ilumina. *¿A quién no le gustan las historias?*, pienso. Mañana le leeré el relato del tigre. Será igual que el viaje en autobús.

Le leeré literatura. Así entenderá que no quiero hacerle daño.



Al día siguiente, el pueblo nos da la bienvenida con un sol magnífico. Mi tío ha llegado a un acuerdo con un agricultor para que mi marido le ayude a plantar arroz. No va a ganar lo mismo que reciclando basura, pero algo es algo.

Llevo a Nisay a la ribera del río. Quiero que vea a los búfalos de agua. Si estuviera bien, mi hijo se reiría y aplaudiría sin parar. Pero hoy apenas abre los ojos. Anoche tuvo mucha diarrea, y nuestra compañera de piso no parecía muy contenta. La anciana sigue sin decir una palabra, pero la he oído gruñir tantas veces que he decidido pasar el día fuera.

Cuando termina el desfile de búfalos, paseo con mi hijo por la ribera del río, trazando unos pasos que me recuerdan a mi infancia. Más tarde nos sentamos junto a las raíces de un baniano, para comer la fruta que nos ha preparado mi tía. Pero no nos quedamos mucho tiempo.

—Tenemos que irnos —digo—. ¿Sabes lo que decía el abuelo? *No puedes reclamar el Cielo si te limitas a sentarte a sus pies.*

Entonces recuerdo otra de sus frases: *Si vas a hacer algo malo, por lo menos asegúrate de que no engorda.*

Estamos cerca de la casa del curandero, así que decido pasarme para concertar una cita formal. Sé que para él no es necesario, pero para mí, sí. Su mujer nos da la bienvenida con una sonrisa. Han pasado tantos años que me cuesta reconocerla. Cuando le explico la razón de mi visita, me dice:

—Vuelve dentro de dos días. Para entonces, mi marido ya habrá vuelto.

Yo le doy las gracias y me marcho.

—Solo quedan dos días, Nisay —le digo a mi hijo mientras volvemos a casa—. Dentro de dos días te pondrás mejor.



Cuando llegamos, una nube de humo se escapa por la ventana, aunque estoy casi

segura –bueno, más bien completamente segura– de que mi marido no está haciendo la cena. Entonces lo veo al lado de un árbol, hablando con mi tío. Nisay también lo ve y balbucea algo parecido a *ba* (papá). Decido subir las escaleras para comprobar si ha pasado algo.

Cuando veo el origen del humo, lanzo un grito desesperado.

—¡NO! ¡APÁGUELO, POR FAVOR!

La anciana está cocinando arroz en un hornillo de cerámica. Al lado, proporcionándole el combustible para el fuego, está mi libro de relatos con la mitad de las páginas arrancadas.

Pienso asesinar a esta mujer, pero antes intento sacar las páginas del hornillo. Es demasiado tarde. Decido coger lo que queda del libro mientras se libra una batalla en mi interior: la ira contra las lágrimas. En respuesta a mis gritos, mi tío y Ki irrumpen en la casa. Pienso pedirle el cuchillo a mi marido, pero antes las lágrimas se alzan victoriosas y empiezan a correr por mis mejillas. Abrazando lo que queda del libro, me desplomo en el suelo de bambú, llorando como una niña. Tardo un buen rato en calmarme.

—Lo siento –dice mi tío–, pero la pobre no sabe lo que hace. Ni siquiera se le ha ocurrido pensar que sabes leer. Piensa que los libros viejos solo sirven para encender fuego.

Yo no me creo que sea tan inocente. Su cara de satisfacción la delata. Mientras seco mis lágrimas, murmuro:

—Era un regalo para Nisay.

—Tal vez pueda conseguirte otro –dice mi tío, mirando la cubierta–. Pero tendrás que esperar a que vuelva a la ciudad. En el pueblo, los únicos libros que hay son los que usa el maestro.

Sé que eso es cierto, o al menos lo era cuando yo vivía en la provincia. Pero sus palabras no me sirven de consuelo. Porque en Stung Meanchey, el lugar más sucio de Camboya –y tal vez de todo el planeta–, siempre había algo que leer.



Al día siguiente, me paso toda la mañana vigilando de reajo a la anciana. Luego, al mediodía, mi tía me invita a acompañarla a hacer la colada. Tomo a Nisay en brazos y las dos echamos a andar por la ribera del río.

—Tu madre me comentó que Ki y tú sois felices a pesar de las dificultades –dice mi tía, mientras frota las prendas contra una roca.

—¿Mi madre? ¿Cuándo has hablado con mi madre?

—Hablamos de vez en cuando.

—¿Ah, sí?

Mi tía se echa a reír.

—Querida, la provincia está lejos, pero vivimos en el siglo XXI.

Su manera de llamarme *querida* me recuerda a Sopeap, y eso me gusta.

—Desde que tenemos teléfono —prosigue—, tu madre nos llama de vez en cuando. Así mantenemos el contacto. Está muy orgullosa de que hayas aprendido a leer, pero también algo nerviosa.

—¿Nerviosa?

Mi tía vacila un instante.

—No le digas nada, por favor.

—Claro que no, pero... ¿por qué iba a estar nerviosa?

—Bueno, tal vez *nerviosa* no sea la palabra correcta. Tu madre está muy orgullosa de ti y quiere ver crecer a sus nietos.

—A su nieto —le aclaro—. En singular, no en plural. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Tu madre piensa que, ahora que sabes leer, tal vez encuentres un trabajo y dejes Stung Meanchey para siempre. Dice que nunca te ha gustado ese lugar.

—Y tiene razón. Lo *odio*. Está sucio y apesta. Nisay siempre está enfermo. En la provincia la vida es tan... tranquila. Echo de menos vivir aquí.

—Sí —dice mi tía, con aire pensativo—. La memoria puede ser muy traicionera.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que la provincia no es tan distinta del vertedero. Es igual de dura e implacable. Y, en algunos casos, más. ¿Has olvidado ya por qué te fuiste?

—Pero tú pareces feliz aquí.

—Sí. Desde que tu tío trabaja en el ayuntamiento, las cosas nos van mejor. Pero no siempre ha sido así. Además, ¿quién sabe lo que nos traerá el futuro? Aquí hay muchas familias que pasan hambre. Lo sabes perfectamente.

Tiene razón, pero no estoy dispuesta a reconocerlo.

—Sí, pero...

—Sang Ly, ¿a ti te gusta el durián? —pregunta, cambiando de tema. Sospecho que quiere tenderme una trampa.

—Sí... —respondo con cautela—. Supongo que sí.

Y es verdad. Me gusta su sabor, pero tiene muy mala fama. Aunque se considera uno de los frutos más sabrosos de Camboya, también es el más apestoso. Huele tan mal, que algunos hoteles lo tienen prohibido.

—En mi opinión —dice—, el vertedero se parece mucho al durián.

—Tienes razón. Ambos *apestan*.

—Sí, es verdad. Pero eso no es lo importante. Lo importante es lo que hay dentro. Eso es lo que hace del durián un fruto tan apreciado.

—¿Te refieres a las semillas? —pregunto, haciéndome la tonta.

—El durián no solo es sabroso —dice—, sino extremadamente nutritivo.

Entonces enuncia su moraleja.

—El vertedero es igual que el durián. Aunque huele muy mal, proporciona un medio de vida a muchas familias, entre ellas la tuya. Aunque es un lugar putrefacto, proporciona un sustento.

Pensaba que el sermón había terminado, pero no.

—La provincia, por el contrario, se parece a la pitaya. Tiene un aspecto magnífico y delicioso, y efectivamente lo es. Sin embargo, si solo nos alimentáramos de pitaya, moriríamos de hambre. Porque es un fruta muy poco nutritiva.

Me inclino y junto las manos para agradecerle sus enseñanzas. Pero es evidente que aún no ha terminado.

—Es bueno volver a casa de vez en cuando. Pero, si eso implica desviarte de tu camino, debo decirte que estás cometiendo un error.

—Pero, tía, ¿y si el destino me ata para siempre al vertedero? Yo no quiero vivir allí.

—En ese caso, vete. Pero recuerda una cosa: la provincia, a pesar de su belleza, también tiene cosas feas. Y el vertedero, a pesar de su fealdad, también tiene cosas bonitas. Encontrar la belleza depende de ti.

Dicho esto, mi tía señala la montaña de ropa.

—Cariño, Nisay no pesa tanto. ¿Por qué no me ayudas a llevar la ropa hasta casa?



၂၆၈

CAPÍTULO 23

Mientras la barca surca las aguas, hay un pensamiento que no logro quitarme de la cabeza. Si todo ocurre por algún motivo, si todo tiene un significado y la literatura imita nuestra propia vida... ¿por qué el curandero –un hombre que siempre ha sido más bien distante– ha aparecido en la mía? ¿Será el héroe de mi historia, el hombre que conseguirá curar a mi hijo? ¿O será mi antagonista y acabará convirtiendo mi esperanza en decepción?

Ki se ha quedado trabajando. Quiere reunir todo el dinero que pueda antes de volver a casa. Mi tía ha decidido acompañarme en su lugar. Cuando bajo de la barca con Nisay, mi tía posa una mano en mi hombro y me dice:

—Todo va a salir bien. No te preocupes.

El curandero nos espera en la puerta.

—Buenos días. Cuánto me alegro de veros –dice, inclinando la cabeza.

Se trata de un hombre delgado de estatura media, vestido con unos pantalones cortos, sandalias y una camiseta oscura. Hace muchos años que no lo veo, pero no es tan amenazador como recordaba. De hecho, si me lo encontrara por la calle, ni siquiera me fijaría en él.

—¿Cómo te encuentras? –pregunta, como si se acordara de mí.

—Bien –respondo, antes de recordar que me encuentro fatal–. Pero mi hijo está enfermo.

—¿Qué le pasa? –pregunta, muy sorprendido.

No sé de qué se sorprende, pues sabe perfectamente a qué hemos venido. Además, él es el curandero.

Mientras paseamos, le hablo de la diarrea de Nisay, de su falta de apetito, de su llanto constante y de mi desesperación. Le hablo de los hospitales, de los médicos extranjeros, del *koah kchol*, el *choob khyol* y de las medicinas modernas, que solo funcionan durante un tiempo. El hombre se limita a decir:

—Cuánto lo siento. Deberías haber venido antes.

—Lo sé, pero es que ahora vivimos en la ciudad, y...

Su respuesta es tan anodina, tan habitual, que mi cerebro tarda unos segundos en procesar sus palabras: *Deberías haber venido antes*.

En mi sueño, su advertencia era clara y urgente. Hoy, su actitud es más relajada. Mientras me quedo pensando, el curandero se acerca mi hijo y le acaricia la mejilla. Al principio parece un gesto cariñoso, la caricia que haría un abuelo a su nieto, pero, cuando se agacha a olerle el aliento, comprendo que el ritual ya ha comenzado.

—No te preocupes —dice, mirándome a los ojos—. Yo le ayudaré.

Subimos las escaleras que conducen a su despacho, una cabaña independiente que se alza sobre unas estacas. El hombre entra primero, seguido de mi tía. Yo tomo aire, rezo para que todo salga bien y entro con mi hijo. A continuación me siento de piernas cruzadas en el suelo de bambú, con mi hijo en brazos. El curandero se sienta delante de mí. Mi tía permanece a cierta distancia.

El hombre abre una bolsa de plástico y saca unas agujas hipodérmicas, un cuchillo, una cuchara y unos vasitos de plástico que contienen dos piedras negras de tamaño irregular. Yo le observo en silencio, pero mi hijo no. Al igual que hizo durante los tratamientos del *koah kchol* y el *choob khyol* —y en cualquier visita al médico—, Nisay se echa a llorar con todas sus fuerzas. Mientras observo las agujas, pienso que el niño tal vez tenga razón.

Después de encender un poco de incienso, el curandero rompe un trozo de piedra con el cuchillo. A continuación lo deposita en la parte de atrás de una taza y lo golpea con un trozo de madera, hasta convertirlo en una sustancia pegajosa. Sus uñas sucias me dicen que esta sustancia —sea lo que sea— es su medicina favorita.

Las agujas aguardan pacientemente en una bandeja. El hombre selecciona una que debe de funcionar muy bien, porque parece muy usada. Después de impregnarla con la mezcla, anuncia:

—Vamos a empezar.

El curandero me ordena que sostenga a mi hijo por los brazos, tarea que se presenta difícil. El niño se da cuenta de que el espectáculo está a punto de empezar y se resiste con todas sus fuerzas. Cuanto más trato de estirarle los brazos, más trata él de doblarlos.

—Tranquilo —susurro—. Es por tu bien.

Pero Nisay sabe por experiencia que su madre no es más que una *neak kohak* (sucias mentirosa).

El hombre pincha al niño en el centro de la muñeca, a la izquierda y, finalmente, a la derecha. Aunque la aguja atraviesa la piel, no sale ni una gota de sangre.

Hay un proverbio camboyano que dice: *Si quieres saber cómo está el corazón, observa la cara*. En este momento debería decir: *Si quieres saber cómo está el corazón de una madre, observa la cara de su hijo*. Nisay está tan asustado que me dan ganas de echarme a llorar.

El proceso continúa en la otra muñeca; mientras, mi hijo sigue llorando. A continuación, el curandero repite la operación en los pies. Finalmente deposita la aguja

en la bandeja. Pensaba que había terminado, pero de pronto me pasa la taza y dice:

—Coge un poco con el dedo y méteselo en la boca.

Lo intento, pero mi hijo se atraganta y solo consigo extender la sustancia en sus labios. Miro al curandero, suplicándole un poco de compasión.

—Ponle un poquito más en la lengua —dice.

Unto con el dedo el resto de la mezcla y se la meto a mi hijo en la boca, frotándole la lengua y la garganta lo mejor que puedo. Entonces, el curandero pronuncia unas palabras que me hacen llorar.

—Ya hemos terminado.

Mi tía se acerca para coger al niño en brazos.

—Voy a pasear un rato con él —dice—. Te esperaremos en la orilla del río.

Se me han dormido las piernas y tardo unos minutos en ponerme de pie. En la esquina hay una mesita donde se deja el dinero. Lo habitual es dejar un pequeño donativo, pero no hay una cantidad fija. Eso tiene que decidirlo el paciente. Cuando estoy contando los billetes, el curandero me interrumpe.

—No hace falta que me pagues.

Luego me mira a los ojos, como si quisiera transmitirme su convicción.

—Tu hijo se pondrá bien —dice—. Ya lo verás.

No quisiera ser escéptica, pero la experiencia me ha enseñado a desconfiar. Sin embargo, no quiero criar a Nisay en la duda. Quiero que mi hijo tenga fe y esperanza en el futuro.

Abuelo, ¿qué debo hacer? ¿Aceptar las dificultades de la vida, o rezar por un futuro mejor?

Entonces me acuerdo de las enseñanzas de Sopeap: «Nos guste o no, la esperanza está tan arraigada en nuestro corazón, que no podemos librarnos de ella, por mucho que lo intentemos. Nos gusta la historia porque todos nos sentimos Sarann, o Cenicienta, o Cinderella».

Y tiene razón; en mi corazón tiene que quedar algo de esperanza, porque aquí estoy, en la cabaña del curandero. Si toda la esperanza hubiera muerto en Stung Meanchey, yo no estaría aquí.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que tardo unos segundos en entender las palabras del curandero.

—Al verte así, tan pensativa, me has recordado a tu padre —dice.

—¿Usted conoció a mi padre?

—Desde luego. Éramos muy amigos. Los dos nos criamos juntos, no lejos de aquí.

—No lo sabía. Mi madre no me había dicho nada.

—Eso es culpa mía —responde, con cierta reticencia.

Espero su explicación, pero el hombre no me ofrece ninguna.

—Yo también quisiera recordarle —digo, refiriéndome a mi padre—. Pero, desgraciadamente, murió el mismo día que yo nací.

—Lo sé —dice el curandero, con tono solemne—. Yo estaba con él.

—Pero... eso es imposible. Mi padre murió solo en la puerta de mi casa, mientras mi madre daba a luz.

—Parte de tu historia es verdad —dice.

—¿Cuál?

El curandero hace una larga pausa. Está claro que no quiere contármelo, pero no pienso irme de aquí hasta que lo haga. Finalmente, el hombre me invita a sentarme con un gesto.

—Efectivamente, tu madre estaba dando a luz. Era un parto muy difícil. Yo me quedé esperando en la puerta con tu padre. Estaba tan contento de tener una hija...

—¿De veras estaba contento?

—Contentísimo. También estaba preocupado, claro, como todos los padres primerizos, pero estaba deseando enseñarte las cosas de la vida.

—¿Y qué ocurrió?

—Mientras charlábamos, tu padre perdió la movilidad del brazo izquierdo; luego empezó a tener dificultades para respirar. En aquel entonces, mi padre me estaba enseñando el arte de la curación, pero yo aún no me había decidido a seguir sus pasos. Sang Ly, lo que quiero decirte es que tu padre perdió el conocimiento, y yo no supe cómo ayudarle.

—¿Entonces qué hizo?

—Salí a buscar a mi padre, pero tomé una decisión equivocada. Cuando quise volver, ya era demasiado tarde.

Los ojos del curandero parecen suplicar mi perdón.

—Pero usted no tuvo la culpa.

—Sí, eso es verdad —admite—. Yo no pude evitar su muerte, pero al menos podía haber estado con él cuando ocurrió. Nadie debe morir solo.

Sus palabras me llevan a pensar en Sopeap. Me acerco para tomarle la mano, pero el hombre aún no ha terminado.

—También me arrepiento de otra cosa —dice—. Me gustaría haber estado más cerca de tu familia. Me convencí de que guardar las distancias me ayudaría a olvidar. Pero mis remordimientos se han vuelto más profundos. Aun así, he sacado algo bueno de todo esto.

—¿El qué?

—Si tu padre no hubiera fallecido de esa manera, nunca me habría hecho curandero. Después de su muerte, me prometí aprender todo lo que pudiera sobre el arte de la curación para que, si volvía a ocurrir lo mismo, supiera lo que hay que hacer.

—¿Y qué aspecto tenía?

El curandero alza las cejas.

—¿Quién, tu padre? Era un hombre muy guapo, igual que tu abuelo. Sí, imagínate a tu abuelo, pero más joven. ¿Nunca has visto una foto suya?

Bajo la cabeza.

—No. Mi madre me dijo que la única foto que conservaba de él se perdió en una inundación.

El curandero me mira con una sonrisa.

—Espera un momento, por favor.

El hombre baja las escaleras y echa a correr hacia su casa. Cuando vuelve, me entrega una fotografía en blanco y negro en la que se ve a dos hombres muy guapos delante de un campo de arroz. El de la derecha tiene un increíble parecido con mi abuelo. Me quedo sin palabras.

—Por favor, quédatela.

La foto está manchada y es muy antigua. Pero también es el regalo más bonito que me han hecho nunca.

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti —dice el curandero mientras me preparo para marcharme.

—Pero si vivo en un vertedero —le recuerdo.

El hombre asiente.

—Lo importante no es *dónde* vivas, Sang Ly, sino *cómo* vivas.

Seguro que ha estado hablando con mi tía. No sé cuál es el protocolo con los curanderos —lo que es aceptable y lo que no—, pero me acerco a él, estrecho sus manos entre las mías e inclino la cabeza en señal de gratitud. Él hace lo mismo.

Después de despedirme, meto a papá en el bolsillo. Cuando bajo las escaleras, encuentro a mi tía y a Nisay sentados a orillas del río, observando a un pescador. Nisay ha dejado de llorar.

Mientras montamos en la barca, observo la foto una vez más y la deslizo en mi bolso para que no se moje. A continuación miro hacia el cielo y me dirijo a un hombre al que apenas puedo imaginar.

Padre, gracias por ayudar a tu amigo a hacerse curandero. Gracias a ti, hoy ha podido curar a Nisay. Gracias por aceptar dónde vivo. Gracias por estar orgulloso de mí. Ah, y, si ves al abuelo, dile que ya puede ponerse a la cola, porque tú y yo tenemos mucho que hablar.



Cuando nos despedimos, mi tía está muy seria.

—Dale esto a tu madre –me dice, tendiéndome unos billetes—. Dile que es una ayuda para pagar las llamadas.

Tomo el dinero y agradezco a mis tíos su hospitalidad. Ki se despide a la manera de los hombres, con una leve inclinación de cabeza.

Mi marido lleva una maleta en cada mano. Yo me encargo de Nisay. Cuando bajamos las escaleras, veo que la anciana, la destructora de libros, ha salido a observarnos desde la puerta. Tal vez quiera asegurarse de que nos vamos de verdad.

—Ki, espera –digo—. Tengo que hacer una cosa.

Mi marido echa un vistazo a la anciana y después me mira a mí. Su expresión parece decir: *Espero que no hagas ninguna tontería*. Yo le respondo intercambiando a Nisay por una maleta. A continuación la abro y saco el libro roto. Ya he evaluado los daños. La mujer arrancó páginas al azar, así que no queda ningún relato completo.

La anciana me mira con desconfianza mientras subo las escaleras y le ofrezco mi regalo de despedida: el resto del libro.

Cuando la mujer comprende que solo quiero hacer las paces, su desconfianza se torna en asombro. Sus cejas se arquean y sus manos tiemblan de alegría. La anciana me arrebató el libro y, sin decir una palabra, toma unas cerillas, una cazuela y su viejo hornillo. Dentro de poco, *la muchacha que quería matarla* será solo un vago recuerdo.



၂၆၄

CAPÍTULO 24

El autobús de vuelta tiene unos asientos muy cómodos y aire acondicionado. Hemos tenido mucha suerte, porque tomar el autobús desde la provincia es una lotería. Hay que quedarse esperando al lado de la carretera y montarse en el primero que pase. Hoy, los antepasados se han mostrado favorables.

Gracias, padre.

Ki sostiene en brazos a Nisay y ambos duermen como niños. La escena es tan bonita que me encantaría tener una cámara para inmortalizarla. Mi hijo sigue teniendo unas manchas negras en los pies y en las muñecas. Olvidé preguntarle al curandero cuándo debía lavarlas pero, a estas alturas, no quiero arriesgarme.

Trato de dormir, pero mi mente está inquieta. El autobús se detiene para que baje un viejo matrimonio. Mientras, echo un vistazo a los transeúntes. Seguro que todos tienen una historia que contar.

Entonces la veo.

Me incorporo y corro a la ventana para comprobar que no se trata de una alucinación.

Sí, no hay duda. Es Maly. La muchacha está paseando con una mujer de mi edad. Ambas llevan unos rollos de tela, como si acabaran de volver del mercado. Cuando Maly pasa al lado del autobús, me dan ganas de golpear la ventana para atraer su atención, para decirle lo mucho que la he echado de menos. Pero, cuando estoy a punto de hacerlo, mi mano se detiene.

¿Sabrá Maly que su hermano ha muerto? ¿Sabrá que Gordito sigue pensando en ella? ¿O estará deseando olvidarnos?

De pronto me acuerdo de la historia de Píramo y Tisbe. Píramo y Tisbe eran dos enamorados cuyas casas estaban separadas por un muro. Sin embargo, los amantes encuentran una grieta en el muro para comunicarse. Acaricio el cristal con los dedos mientras Maly gira por una calle. La oigo reír mientras conversa con la mujer. Ni siquiera me ha visto.

Algo parecido debe de ocurrirles a los antepasados. Nos observan de cerca con amor y preocupación, en ocasiones nos susurran palabras de ánimo desde una grieta, pero, normalmente, tienen que conformarse con mirarnos.

Cuando vuelvo a mi asiento, Ki levanta la cabeza y me mira.

—¿Qué te pasa, Sang Ly? ¿Por qué lloras?

—No es nada —le digo, estrechándole la mano—. Es que acabo de echar un vistazo por una grieta. Pero ya estoy lista para volver a casa.



Es tarde cuando llegamos a Stung Meanchey, pero la luna brilla lo suficiente para iluminarnos el camino. Cuando alcanzamos nuestra chabola, nos quedamos con la boca abierta. Dejo caer mi maleta, que se estrella contra el suelo emitiendo un golpe seco.

No logro verbalizar mi sorpresa, pero mi marido me echa una mano.

—Me parece que nos han robado —dice.

No solo nos han robado; nos han saqueado, desvalijado y esquilado. La casa está completamente vacía. Aparte de las paredes y el techo, no queda nada.

Trato de echar un vistazo en el interior, pero no tengo luz. Ki me deja su mechero y, a la luz de la llama, mis temores se confirman. También se han llevado todas las posesiones que escondí debajo del suelo: mi palangana para lavar la ropa, mis ollas, mi cocina y un paquete de arroz. Se han llevado los libros y las revistas, las esterillas y las almohadas, las botas de goma de mi marido, los vasos y hasta las conchas de caracoles.

El suelo de bambú, donde antes descansaba nuestro bote de cerámica, el mismo que llevamos usando desde que nos mudamos a Stung Meanchey, ha desaparecido. También se han llevado las herramientas de Ki, así como las bolsas para recoger la basura.

Salimos de la casa para confirmar que la cortina, la que servía de puerta y de protección contra los elementos, no está por ninguna parte. También se han llevado mi reloj.

Todo lo que teníamos —salvo lo que nos llevamos para el viaje— ha desaparecido.



Un animal me observa en la oscuridad. Estoy soñando, aunque en realidad no se trata de un sueño. Cuando abro los ojos, ya es de día. Nisay está a mi lado, despierto y jugando con mi cabello. Me incorporo en el extraño lugar que me rodea. Finalmente logro recordar dónde estoy: en casa de mi madre. Anoche, cuando descubrimos que

nuestras posesiones habían desaparecido, decidimos dormir aquí para protegernos de la lluvia.

Mi marido sigue dormido, al igual que mi madre. Vuelvo a tumbarme, tomo a mi hijo en brazos y advierto que no hay diarrea que limpiar. De hecho, Nisay está tratando de comunicarse conmigo. No entiendo lo que dice, pero su tono de voz es tan alto que mi madre se despierta. Mamá echa un rápido vistazo a su alrededor. Luego se acerca para observarnos mejor. Apenas logra creer lo que ven sus ojos.

—Vaya. Nisay tiene muy buen aspecto —dice.

A continuación abre la puerta para que entre la luz, como si quisiera confirmar que es verdad.

—Está mucho mejor —le digo—. Vino durmiendo todo el camino. No tiene diarrea, y está mucho más despierto.

Mi madre no logra dar crédito a mis palabras.

—¿No tiene diarrea? —pregunta, sacudiendo la cabeza.

—Todavía no.

Mamá se acerca y toma a Nisay en brazos. Al verla jugar con el niño me dan ganas de echarme a reír, pero entonces recuerdo que no hay que cantar victoria antes de tiempo. Su enfermedad no tardará en volver. Sin embargo, eso ocurría cuando se acababan las medicinas. Y ahora no está tomando medicinas.

—Parece que mi nieto tiene hambre. ¿Tienes hambre, cariño? —pregunta mi madre, dirigiéndose al niño—. Voy a prepararte un buen desayuno para celebrarlo.

Ki, ya despierto, se incorpora del suelo. No parece muy contento.

—Debería salir a trabajar —dice—, pero no tengo botas, ni gancho, ni nada.

Tiene razón. No tenemos nada. Sin embargo, si Nisay está bien, *lo tenemos todo*.

Se trata de una esperanza —que mi hijo pueda curarse—, que llevo reprimiendo mucho tiempo. Pero, cuando por fin me abro a esa posibilidad, ya no hay nada que logre detenerlo. Las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas. No puedo evitarlo. Ki me observa con preocupación.

—Tranquila —se apresura a decir—. Ya conseguiré otro gancho.

Trato de explicarle que no lloro por el gancho, pero mis palabras se mezclan con los sollozos, creando sonidos que solo una madre puede descifrar.

—Ya se le pasará —dice mi madre. Luego nos mira a los dos—. Por cierto, no os preocupéis por vuestras cosas. Ya lo estamos solucionando.

—¿Que lo estáis solucionando? —preguntamos mi marido y yo a la vez.

—Hace unos días, Teva Mao se dio cuenta de que os habían robado. Desde entonces estamos reuniendo cosas para vosotros. Teva tiene una cocina de sobra. Narin me ha traído una olla para que puedas cocer el arroz. Yo tengo ganchos que no uso nunca. Ah, y Pran Teo os ha conseguido un toldo. Estamos encantados de que hayáis vuelto a casa.

A *casa*. La palabra resuena en mi mente. Stung Meanchey, un lugar inmundo y despreciable, donde todas nuestras pertenencias caben en una sola mano.

—Sí —admito—. Ya estamos en *casa*.



Ki ha ido a casa de Pran para recoger el toldo nuevo. *Nuevo* para nosotros, claro. Pran dice que es amarillo y que tiene el dibujo de un pollo. Ah, también tiene unas letras naranja, aunque Pran no sabe qué significan. No sé si lo decía en serio o en broma, pero estoy deseando verlo.

Mamá, Nisay, Teva y yo estamos organizando la casa. Estoy impresionada con su generosidad. Teva ha traído agua para llenar nuestra nueva cisterna mientras su hija, Vanna, vigila a Nisay, que está hecho un torbellino. Otros vecinos se han acercado a dejarnos comida, esterillas, almohadas y utensilios de cocina. Parece que el amor abunda incluso aquí, en Stung Meanchey.

La única persona que no ha aparecido es Sopeap Sin. Esta mañana me disculpé un momento y fui corriendo a su casa, pero no estaba. Esta tarde, cuando todos se hayan marchado, volveré a intentarlo. Pero decido cambiar de planes cuando aparece Gordito. El chico trae un bolso que no tardo en reconocer.

—Sopeap me pidió que te lo diera —dice.

—¿Qué es?

—No lo sé. Yo no sé leer.

Dentro, solo veo un cuaderno de notas.

—¿Cuándo te lo dio? —pregunto.

—Vino a verme hace tres días. No tenía buen aspecto. De hecho, parecía más delgada.

—¿Ha vuelto a casa? ¿Te dijo algo más? ¿La has vuelto a ver?

No quiero bombardearle a preguntas. Solo quiero saberlo. Gordito me mira con aire confundido, como si no supiera a cuál de las preguntas contestar primero. Su respuesta sirve para despejar todas mis dudas.

—Creo que se ha marchado.

Le preguntaría dónde, pero... ¿para qué? Inspecciono el bolso para comprobar si hay algo más, pero no encuentro nada. Finalmente me siento en el escalón de nuestra casa a hojear el cuaderno. Al pasar la primera página encuentro una carta.

Querida Sang Ly,

Siento mucho que no podamos despedirnos. Como te dije, no todos los finales son felices. Aun así, me gustaría terminar lo que empezamos. He recopilado algunas lecciones más. Espero que logren responder a tus innumerables preguntas.

Gracias por escuchar a esta triste anciana, cuyos huesos no merecen tu amistad. Al final ha resultado que no eras ninguna estúpida.

*Te deseo buena suerte,
Sopeap Sin*

P.D. Te he dejado unos libros en casa. Las llaves están debajo de la cisterna.

Me dan ganas de salir corriendo a su casa para confirmar lo que ya sé: que Sopeap se ha marchado. Entonces veo a Pran y a mi marido, que se acercan con una pieza de tela. Aunque lo del pollo era mentira, el toldo es efectivamente amarillo. Pero, en este momento, nada podría importarme menos. Ki no tarda en preguntarme qué me pasa.

—Sopeap se ha marchado —digo, mostrándole el cuaderno.

—¿Y eso qué es?

—Al parecer son más lecciones, pero Gordito dice que se ha ido.

—¿Adónde?

—No lo sabe. La carta tampoco decía nada. Sopeap nunca quiso contarme adónde iba.

—¿Cuándo se fue?

—Según Gordito, hace tres días.

Ki mira primero el toldo y luego a Pran.

—Tres días —repite—. Bueno, supongo que podríamos pasarnos por su casa para comprobar si ha vuelto. Cuando termine de colocar el toldo te acompañaré.

Mientras Ki hace su trabajo, me siento encima de un cartón para inspeccionar las lecciones de Sopeap.

Al pasar las páginas, me doy cuenta de que no hay relatos ilustrados, ni traducciones del inglés, ni novelas. Todas las páginas las ha escrito Sopeap de su puño y letra.

El título de la cubierta dice: *Los ensayos de Sopeap Sin*. El grosor del cuaderno es considerable. Tardaré varias semanas en leerlo. Todas las lecciones parecen interesantes, al menos a primera vista. Hay una historia sobre su vida en América, una sobre su primer amor y varias de su época en la universidad. Sin embargo, la que más me llama la atención es la última. Se titula *Epílogo*.

Me llama la atención porque, en las clases, muchas veces le pregunté a Sopeap el significado de esa palabra. Ella me explicó que el epílogo sirve para que el autor pueda ofrecer una conclusión y explicarnos qué fue del protagonista. Sopeap también lo

llamaba *el capítulo final*.

Dudo en leerlo, no solo por lo que pueda encontrar, sino porque Sopeap siempre me decía: *Nunca empieces un libro por el final*.

Mi profesora no podía soportar a esos lectores que leen el final y luego empiezan el libro con una sonrisa de superioridad. Todavía puedo escuchar sus palabras de advertencia (bueno, más que una advertencia era una orden):

Sang Ly, a menos que se trate de un diccionario, empieza siempre por la primera página y sigue leyendo hasta el final. Si el libro es aburrido, entonces déjalo y pasa a otra cosa. Lo que no voy a tolerar es que empieces por el final. No es justo, ni para el autor ni para el lector. Si los escritores quisieran que los libros se leyeran así, entonces los escribirían al revés, ¿no te parece?

Decido desoír el consejo de mi profesora y empezar por el final. Me muerdo el labio, suplico mentalmente su perdón y empiezo a leer. Cuando lo hago, escucho una voz en mi interior que dice:

¡Al final resulta que sí eras una estúpida!



၂၅၂

CAPÍTULO 25

Epílogo.
Por Sopeap Sin

Cuenta una vieja leyenda camboyana que un cazador llamado Sovann Som se sintió atraído por los encantos de la selva, pero que, en vez de encontrar las riquezas que buscaba, fue estrangulado por una serpiente.

Se trata de una historia que ningún camboyano debería olvidar.

A principios de 1975, llevábamos tantos años soportando la lucha entre guerrillas que, el 17 de abril de ese mismo año, cuando el ejército de los jemes rojos tomó la capital, hasta el bando contrario se alegró. Estábamos tan contentos de que la guerra hubiera terminado, que ni siquiera nos preocupamos de quién era el vencedor. En aquel momento no entendíamos que la paz a cualquier precio no es paz. Recibimos a la apatía con los brazos abiertos, la invitamos a cenar, le dimos las llaves de nuestra casa y nos echamos a dormir. Pero la apatía se acercó por detrás y nos cortó el cuello.

Queríamos un cambio. ¿Serían los nuevos líderes peores que los derrotados? Pronto lo descubriríamos.

El gobierno ordenó por radio que todo el mundo se quedara en casa. La mayoría de los ciudadanos obedeció. Pero yo no estaba preocupada. La historia me había enseñado que Camboya siempre había sido capaz de adaptarse a los cambios. Y esta vez no sería diferente.

Pero mi esposo, Samnang, no estaba tan seguro. Aunque no era un funcionario elegido por el gobierno, trabajaba directamente para el ministerio de educación. Además, procedía de una familia con numerosos contactos políticos. La derrota de la república significaba la pérdida de su trabajo. Pero sus contactos siempre le habían ayudado, y yo estaba segura de que al final lograría salir adelante.

Debido a los continuos bombardeos, llevábamos tres días sin salir de casa, y yo me estaba volviendo loca. Cuando los ataques cesaron, y para fingir una sensación de normalidad, tomé una cesta del armario y anuncié que iba a

visitar a Channary, la hermana de Samnang. Mi marido no quería dejarme ir sola, pero tampoco quería perderse las noticias de la radio. Como nuestro hijo estaba dormido en su habitación, ordenó a la criada que me acompañara.

—Ten cuidado —me dijo.

—No te preocupes. No pasará nada —prometí.

Mi paseo no era tan arriesgado como parecía. En aquella época vivíamos en una casa moderna de tres plantas, con un precioso techo ajardinado lleno de magnolias y flores de loto. En la parte de atrás había un camino, inaccesible por la puerta principal, que conectaba con una docena de casas similares. Como la mayoría de las casas estaban habitadas por amigos o familiares, la urbanización no solo ofrecía comodidades, sino también un sencillo método de huida en caso de emergencia.

La casa de mi cuñada era la última, pero aun así quedaba muy cerca. Mi criada llevaba la cesta mientras yo iba a la cabeza, pensando.

Los combates en las provincias habían obligado a muchas personas a buscar un refugio en la capital. La afluencia de gente había provocado un desabastecimiento en los mercados, y los precios estaban por las nubes. Dos veces había ido al mercado en busca de huevos, y las dos tuve que volver con las manos vacías.

Al igual que mi marido, su hermana parecía conocer a todo el mundo. Una vez me contó que una amiga suya había comprado cientos de gallinas y estaba vendiendo huevos a sus conocidos. Channary estaba segura de que podría conseguirme unos cuantos.

Y, al parecer, tenía razón. Cuando llegamos a la parte de atrás de su casa, vi una cesta llena de huevos en la mesa de la cocina. Pero, cuando entramos, no encontré a mi cuñada por ninguna parte.

—¿Channary? ¿Channary? —la llamé.

No hubo respuesta.

Mi criada empezó a ponerse nerviosa.

—Yo creo que deberíamos irnos —dijo.

—Tonterías. No hay de qué preocuparse.

Como no estaba segura de cuántos huevos me correspondían, metí tres docenas en la cesta y dejé una cantidad similar. Luego escribí una nota a mi cuñada para decirle que habíamos estado en su casa.

Una vez más, la criada llevaba la cesta mientras yo caminaba a la cabeza. Cuando atravesábamos el jardín, la chica tropezó y rompió varios huevos. Yo me puse furiosa y le arrebaté la cesta.

—¡Estúpida! ¡Ten más cuidado!

Tal vez debería haber sido más comprensiva. Al fin y al cabo, solo eran huevos. Sin embargo, en aquel momento pensé que la muchacha se merecía una lección. Llevaba más de un año con nosotros y aún no había aprendido a servir a los demás. Venía de la provincia y, para hacerle un favor a una amiga común, yo la había alojado en mi casa. Lo que ella no sabía era que, dos semanas antes, a pesar del tiempo que llevaba con nosotros, había decidido despedirla. Sin embargo, debido a la confusión de la guerra y a que aún no había encontrado sustituta, todavía no se lo había dicho. Pero tal vez lo sospechaba. Una semana antes, cuando le dije que debía ser más responsable y asumir las consecuencias de sus actos, la chica bajó la cabeza y dijo:

—Lo siento. La próxima vez lo haré mejor.

Pero solo eran palabras vacías. Ya estaba harta de su torpeza.

Cuando llegamos a nuestro jardín, la criada abrió la puerta y entró primero. Yo la seguí con cuidado. No quería tirar más huevos.

De pronto, cuatro soldados de los jemereros rojos nos apuntaron con su rifle y nos ordenaron que entráramos en la casa. A partir de entonces, el tiempo empezó a transcurrir a cámara lenta.

Cuando entramos en la casa, cuatro soldados más nos apuntaron en la cabeza. En el centro del salón estaba mi marido, sentado en su sillón favorito. El soldado que le apuntaba no era más que un niño. Pero, a pesar de su juventud, sus ojos brillaban de rabia.

Mis manos empezaron a temblar de tal manera que todos los huevos se fueron estrellando contra el suelo, hasta que ya no quedó ninguno. Miré a mi marido. Ignorando la barra de acero que le apuntaba, Samnang echó un vistazo por la habitación, calculando las posibilidades de escapar.

Como siempre les decía a mis alumnos, algunos de la misma edad que el soldado que nos tenía cautivos, las palabras son muy poderosas.

«¡Las palabras pueden cambiar vidas! —solía decirles—. Las palabras reclaman justicia, reivindican la libertad, cambian la mente y ablandan los corazones. Las palabras salvan».

Lo que yo no entendía era que, a pesar de su poder, el significado de las palabras puede ser oscuro o engañoso. Tampoco sospechaba las palabras que mi marido pronunció a continuación.

—Soriyan, ven aquí. Si vamos a morir, hagámoslo juntos.

Sintiendo que su muerte se acercaba, Samnang me llamó una vez más, volviendo el rostro en mi dirección. Pero no me estaba mirando a mí. Estaba mirando a nuestra criada, Sopeap Sin. Puede que la muchacha fuera torpe, pero no era ninguna estúpida. En un instante comprendió lo que mi marido

esperaba de ella.

La chica me miró un momento, como si quisiera pedirme permiso. Cuando nuestros ojos se encontraron, esperaba encontrar miedo. Pero su rostro resplandecía de convicción. Siempre que hablábamos, la muchacha solía mirar al suelo. Pero hoy, no. Sus ojos parecían decir: «Sé que solo soy una campesina y que te he decepcionado muchas veces. Pero hoy voy a hacer las cosas bien. Hoy voy a conseguir que mi familia y tú os sintáis orgullosos de mí. Da igual lo que ocurra. Pero no pienso dejar caer los huevos otra vez. Esta vez, no».

La muchacha tomó la decisión sin consultarme.

Cuando Samnang me llamó una vez más, Sopeap respondió:

—Ya voy.

Con una tranquilidad sorprendente, como si fuera una princesa en su palacio, la muchacha se acercó a él.

El soldado que apuntaba a mi marido frunció el ceño y miró a su compañero, tal vez un superior. Pero Sopeap no les dio tiempo a dudar. La misma chica a la que había regañado hace un momento empezó a comportarse como una mujer de mundo, una madre, una esposa y una reina.

En cambio, yo, su profesora, me quedé inmóvil, aferrando mi cesta vacía con desesperación. Mi corazón quería protestar, pero mi voluntad me hizo guardar silencio.

Cuando la muchacha se acercó a mi marido, él ignoró el arma que le apuntaba y tomó a Sopeap de las manos. Su plan —que yo empezaba a entender— estaba funcionando. Mi marido se arriesgó a mirarme por última vez y se despidió de mí en silencio.

Las palabras son muy poderosas. En aquel momento, yo pude hacer uso de ellas y decir: «No, esto es un error. Yo soy su mujer, Soriyan. Llevo la cesta porque la criada es muy torpe». Pero, como era tan cobarde, no dije nada.

Mi criada podía haber dicho: «No me hagan daño. Yo soy Sopeap Sin. Solo soy una campesina. Los ricos son ellos. Las personas a las que estáis buscando son ellos». Pero, como era tan valiente, no dijo nada.

¡Bum!

El joven soldado disparó contra mi marido; la sangre salpicó los muebles mientras los soldados reían a carcajadas.

¡Bum! ¡Bum!

Sopeap se retorció a ambos lados. Un disparo le dio en el pecho; el otro penetró en su cabeza, justo debajo del oído. Su cuerpo cayó sin vida encima de Samnang.

Entonces nuestro hijo, que estaba durmiendo en su habitación, empezó a llorar.

Los seis soldados volvieron la cabeza, sobresaltados por aquella interrupción inesperada. Intenté salir corriendo, pero uno de los soldados me agarró por el cuello mientras los demás me apuntaban con el rifle.

—No matéis al niño, por favor —les supliqué—. Yo me haré cargo de él.

Los soldados se acercaron a la habitación.

¡Bum! Y el llanto de mi hijo cesó.

El sonido del disparo recorrió todo mi cuerpo. Las paredes de la casa empezaron a inclinarse y a temblar. Los soldados gritaban órdenes, pero yo no podía entender sus palabras. Sus voces se distorsionaron hasta convertirse en un clamor extraño e incomprensible. Aunque intenté permanecer en pie, se me doblaron las rodillas y caí de bruces sobre las baldosas del suelo.

—Acaben conmigo, por favor —les imploré.

Pero los soldados ignoraron mis súplicas. Su objetivo no eran los campesinos, sino la gente culta. En su mente, la única persona que quedaba con vida en aquella casa era una simple criada analfabeta. Para ellos, yo era Sopeap Sin. De modo que decidí convertirme en ella.

Dos días después salí de la ciudad junto a miles de refugiados. Solo podíamos servir a la sociedad trabajando en el campo. Me trasladaron al distrito de Khum Speau y me pusieron a cultivar arroz con un grupo de mujeres. Los jemes rojos querían devolver el país a una época dorada, una época en la que la cultura occidental aún no había corrompido la sociedad, una época en la que florecía la agricultura y los trabajadores gobernaban Camboya. Y pensaban conseguirlo a la fuerza.

Yo había leído varios ensayos sobre el genocidio que se cometió durante la Revolución cultural china. También había leído a autores judíos que describían las atrocidades perpetradas por Hitler. Había leído sus palabras, pero hasta que lo viví en mis carnes no pude comprenderlas en profundidad. Entonces entendí que no hay palabras en el mundo para describir el verdadero sufrimiento.

Todos los días deseaba morir. Los «traidores a la sociedad» fueron identificados y masacrados. Al fin y al cabo, en la nueva Camboya, en la sociedad perfecta de los jemes rojos, ya no harían falta las personas instruidas. No harían falta médicos, ni ingenieros, ni conductores, ni comerciantes, ni estudiantes, ni, por supuesto, profesores. Vi a niños que se morían de hambre, a ancianos golpeados hasta la muerte, a familias enteras asesinadas porque una vez visitaron Estados Unidos.

Aquello era una completa locura.

Cuatro años después, cuando el ejército vietnamita acabó con el régimen, cerca de un millón de personas habían sido exterminadas. Los que logramos salir con vida quedamos traumatizados para siempre.

Finalmente conseguí regresar a la ciudad, pero todo había cambiado. Al igual que mi casa en Nom Pen, estaba tan destruida que nadie podía reconocerme. Empecé a vagar por las calles con la esperanza de curarme, pero sobre todo bebiendo para olvidar.

Entonces, en 1995, mis pasos me llevaron a Stung Meanchey. Aquel lugar me resultó soportable, e incluso hermoso, porque allí iban a parar las cosas viejas e inservibles, como yo. Decidí no mirar atrás y seguir siendo Sopeap Sin. Me juré guardar silencio y deseé que mi historia se confundiera con la de los demás. Estaba demasiado avergonzada para compartir mi vida con nadie. Pero entonces, otra analfabeta, otra chica de la provincia me recordó que también se puede aprender de la tragedia.

Escucha mi última lección, Sang Ly.

Pude salvar la vida de Sopeap Sin, mi criada, pero decidí guardar silencio. Desde entonces estoy pagando por ello. Ten cuidado con tus elecciones. Porque todas ellas tienen consecuencias.

Estas páginas son mi último adiós, Sang Ly.

Tu profesora,

Sopeap Sin

—¡No! —grito, cuando termino de leer las últimas palabras—. ¡Estás equivocada! ¡Esa no puede ser la última lección!

Me seco las lágrimas con la camiseta. Mi marido corre hacia mí, esperando una explicación.

—No se llama Sopeap Sin —grito, sacudiendo la cabeza—. Se llama Soriyan, no Sopeap Sin.

Teva Mao inclina la cabeza, haciendo un esfuerzo para entender mis palabras.

—Sopeap Sin era su criada —digo.

—¿Su criada? ¿Qué significa eso? —pregunta Ki.

—Significa que tenemos que encontrarla antes de que sea demasiado tarde. Ella es la profesora, y ni siquiera es capaz de entender su propia lección. ¡Tenemos que encontrarla!



ᄃᄆ

CAPÍTULO 26

Aunque sé que el verdadero nombre de mi profesora es Soriyan, voy a seguir llamándola Sopeap Sin. Es más cómodo. Además, es imposible tratar de explicar la situación a todo el mundo. No lo entenderían.

Mi madre se ofrece a visitar su casa una vez más. Cuando vuelve, me cuenta que llamó a la puerta varias veces, pero que nadie respondió. Además, unos vecinos le confirmaron que Sopeap se había marchado. No me sorprende. Aunque tengo los ojos cansados, decido seguir leyendo el cuaderno hasta el atardecer. Sus historias son graciosas y entretenidas, aunque no todas son felices. Algunas me hacen reír, otras bordean lo trágico, pero todas enseñan algo. Varias lecciones resultan evidentes; pero la mayoría son sutiles y tienen varias interpretaciones. Muy típico de Sopeap.

Hay una historia muy graciosa sobre su primer año de matrimonio. Todas las mañanas compite con su marido para ver quién se levanta primero. Ambos llegan a un acuerdo: el último en salir de la cama debe encargarse de hacerla. Es una historia que habla del amor.

Hay otra historia sobre su compañera de piso en Estados Unidos. La chica teje una intrincada colcha de punto para su abuela, pero, cuando le da el regalo, la anciana se queda tan sorprendida que sufre un ataque al corazón y se muere. Es una historia que habla de la ironía.

Hay otra historia sobre unos padres desesperados que intercambian a su hijo, al que no pueden alimentar, por una bicicleta, para poder ir al trabajo. Pero, al final, tanto la bicicleta como el niño terminan en un vertedero. El niño se llama *Gordito*, y eso me lleva a pensar.

Hay un poema que habla de la angustia. Sus versos son una ventana al alma de Sopeap.



Grito contra mi flaqueza en la oscuridad,
pero nadie me escucha.

Maldigo mi fracaso a la luz del día,
oculta tras un muro infranqueable.

En el silencio derramo lágrimas de vergüenza,
que solo yo puedo saborear.

Aspiro el humo de la desesperación,
asqueada por mi olor putrefacto y egoísta.

Suplico a los cielos,
pidiendo un milagro que logre
sanar mi corazón.

Pero no hay mano
que pueda aplacar mi dolor.

No hay luz que disperse mi tristeza.
No hay voz que responda
a mis súplicas.

Solo una joven analfabeta
que quiere aprender a leer.



Aunque las historias son conmovedoras y trágicas, ninguna me informa del paradero de mi profesora. Entonces, al anochecer, recibo la visita de mi prima Narin. Se ha enterado de nuestra llegada y ha venido a ayudarnos. Cuando la veo, se me ocurre una idea.

—¡Claro! —digo en voz alta, recordando a la hermana de su amiga Makara, la que trabaja en el hospital donde trataban a Sopeap—. ¡Si Sopeap está enferma, tiene que estar allí!

Si nos vamos ahora, llegaremos a tiempo. Ki está de acuerdo y cuenta el dinero para

alquilar una moto. Ojalá encontremos a Sopeap sana y salva.

Cuando llegamos, la sala de espera está llena de rostros que reflejan tristeza y frustración. La mujer del mostrador llama a la hermana de Makara, que aparece por la puerta a los pocos minutos. Se nota que tiene prisa. Después de presentarnos, decido ir directa al grano:

—Disculpe. ¿Ha visto a Sopeap, la mujer del vertedero?

—¿A Sopeap? Hace semanas que no la veo.

—¿No la estaban tratando aquí?

—Sí, pero suspendió el tratamiento.

—¿Que lo suspendió? ¿Por qué?

—Dijo que las drogas le estaban impidiendo solucionar ciertos *asuntos* urgentes. No se puede obligar a nadie a seguir con el tratamiento.

—Comprendo —digo, mientras mi cerebro intenta juntar las piezas del puzle—. Una última pregunta —añado, aunque en este caso la respuesta es para mí y no para encontrar a Sopeap—. Si hubiera seguido con el tratamiento... ¿habría conseguido curarse?

La mujer se queda pensando un momento. A continuación dice:

—En Camboya, no. Pero, si hubiera ido a Tailandia, tal vez sí.

—¿A Tailandia? —pregunto.

—Sí. ¿No se lo dijo? Allí hay un hospital extranjero que ofrece tratamientos experimentales, aunque bastante prometedores. Pero ella rechazó esa posibilidad por la misma razón: tenía que solucionar unos asuntos.



El sol despunta en el horizonte, armándose de valor para empezar un nuevo día en Stung Meanchey. Mi marido y yo nos hemos levantado temprano para ir a casa de Sopeap. A medio camino, me detengo.

—Espera un momento. Se me ha olvidado la bolsa para guardar los libros.

—¿Qué libros?

—¿No te lo dije? Sopeap me ha dejado unos libros. Lo decía en su carta.

Ki niega con la cabeza.

—Ya vendremos después a recogerlos.

Cuando llegamos, Ki me asegura que Sopeap no está en casa.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Observa la puerta. Está cerrada por fuera.

Decido llamar, de todas formas. Después me quedo escuchando, pero no hay respuesta.

Técnicamente, Sopeap no vive en Stung Meanchey, o al menos no en una de las casas que rodean su perímetro. La suya está situada en una de las callejuelas que parten del vertedero. La vivienda tiene dos habitaciones, paredes sólidas y un techo inclinado. Las persianas están cerradas. Sin embargo, lo que más envidia es su puerta con cerradura. Entonces me acuerdo de una cosa: al igual que su casa, Sopeap dejaba entrar a muy poca gente en su interior.

Cuando vuelvo a llamar, el vecino de al lado asoma la cabeza.

—No está en casa —dice, confirmando lo que ya sé.

—¿Sabe usted adónde ha ido, o cuándo piensa volver? —pregunto.

—No.

Dicho esto, el hombre cierra la puerta bruscamente.

Decido acercarme a la cisterna y meter la mano debajo. Mis dedos tropiezan con un anillo metálico que sujeta una sola llave. Cuando me doy la vuelta, veo que el vecino me observa desde la ventana. Ignorándole, corro a la puerta delantera y giro la llave en la cerradura. La puerta se abre inmediatamente.

—¿Preparado? —pregunto a mi marido.

Ki responde con un encogimiento de hombros.

La luz de la calle penetra en el interior de la vivienda.

—¿Sopeap? —pregunto, aunque sé que no habrá respuesta.

Cuando echo un vistazo a la habitación, me quedo con la boca abierta. Toda la casa está llena de libros.

Un sencillo colchón de dormir se apoya en una de las paredes. En la otra descansa una cocina negra y oxidada, pero de diseño moderno, con una campana extractora que se dobla en la parte de arriba para sacar el humo al exterior. Junto a la cocina hay un viejo armario con la puerta abierta. Dentro veo un paquete de arroz, un plato de verduras medio podridas, una botella de aceite y varios utensilios de cocina. Enfrente hay un pequeño escritorio con una silla.

Da igual hacia dónde extiendas las manos. En todas partes puedes encontrar libros. Me inclino un momento para echar un vistazo a los títulos. Aunque algunos están en inglés, también hay traducciones al jemer. Saco uno al azar y hojeo sus páginas. Se trata de *Vorvong y Saurivong*, una famosa leyenda camboyana, en versión de Auguste Pavie.

Paso al siguiente. Este libro está escrito en inglés pero, entre líneas, Sopeap ha anotado la traducción al jemer. Me acerco la cubierta a los ojos, pero el título está tan borroso que no consigo leerlo.

—¿De qué va? —pregunta Ki.

—No tengo ni idea.

Tomo otro libro. Este está traducido al jemer. El nombre del autor aparece impreso en letras grandes. Se trata de un americano llamado Steinbeck.

Sigo leyendo más títulos y descubro que hay libros camboyanos, rusos, chinos, africanos y de países que no conozco.

—Vaya, veo que al final no abandonaste la literatura —digo en voz alta.

—Si vas a heredar todos estos libros, no solo vas a necesitar una bolsa más grande. Vas a necesitar una casa más grande.

Aparto la vista de los libros y busco una pista que pueda indicarme el paradero de Sopeap. Me acerco al escritorio. Encima de la mesa hay un paquete de folios, una taza llena de lápices y una lista con los nombres de doce familias, incluida la nuestra.

—¿Qué pone? —pregunta Ki.

—Es una lista de inquilinos. Nuestro nombre aparece al final.

Entonces, Ki se da cuenta de una cosa.

—Si Sopeap se ha ido... ¿quién nos cobrará el alquiler a partir de ahora?

—Es verdad. ¿Quién?

Seguimos inspeccionando la casa un rato más, hasta que Ki se da por vencido y pregunta:

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Vamos a empezar por los vecinos —propongo—. Luego preguntaremos a las familias que aparecen en la lista.

Como no creo que el vecino de la derecha sea de gran ayuda, decido empezar por el de la izquierda. Después de llamar, una mujer de mediana edad sale a recibirnos.

—Buenos días —dice, como si fuéramos amigas de toda la vida.

—Buenos días —respondo—. Estoy buscando a Sopeap Sin, la vecina de al lado. ¿La conoce?

La mujer sacude la cabeza tristemente.

—Sí. Estaba muy enferma. Últimamente tenía muy mal aspecto. Creo que se fue a buscar ayuda.

—¿Cuándo? ¿Cuándo se fue?

—Hace unos días.

—¿Y adónde fue?

—No lo sé... La verdad es que era una mujer de pocas palabras. —De pronto, su rostro se ilumina, como si hubiera recordado algo—. Aunque últimamente estaba más comunicativa —añade.

Aunque aprecio su entusiasmo, esperaba descubrir algo más. Pruebo en las demás casas, pero no obtengo ninguna información. Sin ninguna pista sobre su paradero, decido volver a casa para seguir leyendo el cuaderno. En el camino, Ki plantea una curiosa cuestión.

—Si se ha marchado, no volveremos a verla...

—¡Ki, no digas eso!

—No, escucha. Si se ha marchado, los propietarios tendrán que mandar a otra persona para cobrar el alquiler.

Su comentario me entristece, de modo que decido preguntar:

—¿Tenemos que preocuparnos por eso ahora?

—No me estás entendiendo —añade—. Una manera de encontrarla sería preguntar a los propietarios.

No quiero ponerme a chillar como los cerdos del vertedero, pero no puedo evitarlo.

—¿Y dónde demonios piensas encontrarlos?

Antes de que mi marido pueda contestar, yo misma respondo a mi pregunta.

—Seguro que Teva lo sabe. Corre, vamos a preguntárselo.



၂၇

CAPÍTULO 27

El registro de la propiedad se encuentra en el bulevar Norodom, cerca de la embajada de Singapur, justo donde decía Teva. Se trata de un edificio moderno de tres pisos, con el tejado rojo y los muros blancos. Los árboles ocultan el edificio desde la calle, pero, cuando nos acercamos, vemos que el lugar es bastante acogedor, a excepción de un pequeño detalle: en la puerta hay un guardia uniformado con cara de pocos amigos.

Hemos decidido informar directamente de nuestro propósito para que nos tomen en serio.

—¿En qué puedo ayudarles? —pregunta el guardia.

—Hemos venido a investigar la propiedad de una serie de viviendas —dice Ki, con tal autoridad que me dan ganas de darle un abrazo.

Es evidente que hemos pasado la prueba, porque el guardia nos invita a pasar.

En el interior del edificio, los suelos de mármol están limpios y relucientes. Cuando miro nuestras ropas, sucias y gastadas, empiezo a sentirme incómoda. Un segundo centinela aguarda en el primer piso, detrás de un mostrador de información.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Estábamos buscando el registro de dueños —dice Ki.

Nada más pronunciar el nombre, me doy cuenta de que lo está diciendo mal. Debería ser el registro de *propietarios*. En cualquier caso, el guardia asiente una vez. Desgraciadamente, no se trata de un gesto amable, sino del tipo: *Voy a enseñar a estos desgraciados el camino de vuelta*. Entonces veo un cartel. El cartel reza *Registro de propietarios* y dirige a los visitantes a unas escaleras.

—No importa —digo, señalando el cartel—. Ya he visto que está en la segunda planta.

El guardia deja de asentir y señala las escaleras.

Por fin conseguimos localizar la oficina. Espero que sea un territorio más amistoso. En el interior vemos a un hombre detrás de una mesa. No lleva uniforme. Una vez dentro, decido tomar la palabra.

—Hola. Hemos venido a investigar el nombre de un propietario —digo—. No solo de nuestra casa, sino también la de unos vecinos.

—Entonces han venido al lugar adecuado —dice el funcionario, esbozando una sonrisa.

Emito un suspiro de alivio.

—Menos mal.

—Por favor, dígame dónde vive.

En las afueras de Nom Pen, así como en el vertedero, hay muy pocas direcciones formales. Aunque las casas están registradas, se describen en función del nombre de sus ocupantes o de algún aspecto físico de la tierra o del propio edificio.

—Vivimos en el vertedero de Stung Meanchey —digo.

—¿En el vertedero? —pregunta, lanzándome una mirada cuyo significado no logro descifrar—. Vaya, últimamente hay mucho movimiento en esa zona.

Como no sé a qué se refiere, decido ignorar su comentario y prosigo.

—Nuestra casa está al noroeste, encima de una pequeña explanada, a varios metros de la tubería que desagua cerca de un edificio con el techo azul.

A continuación le entrego la lista que encontré en casa de Sopeap.

—Estos son los inquilinos. Si quiere, le describo su casa.

El hombre estudia el papel un momento. Luego nos mira de arriba abajo.

—Esperen un momento, por favor —dice muy serio, como si hubiéramos hecho algo malo.

A continuación entra en otra oficina. Del interior surgen unas voces. Miro a Ki, preguntándome si deberíamos salir corriendo, aunque no sé muy bien por qué. Mi marido responde con un encogimiento de hombros.

Cuando el hombre regresa, sostiene un segundo papel que coloca al lado del mío. Ambos son idénticos y están escritos con la letra de Sopeap.

—Hace un mes, una mujer vino a traernos esto. Desde entonces ha vuelto a venir dos veces para completar la información que faltaba —explica—. La recuerdo muy bien. Estaba muy enferma. Tengo el nombre justo aquí...

—¿Ha dicho que estaba enferma? —pregunto.

—Sí. Tenía muy mal aspecto.

—Aquí está. Se llamaba Sopeap Sin —confirma.

—Sí —le digo—. Sopeap es la cobradora del alquiler. ¿Le dijo a usted adónde iba?

El hombre se encoge de hombros.

—No, lo siento. Además, no sabía que era la cobradora del alquiler. Aquí siempre vino en calidad de propietaria.

Mi cerebro tarda varios segundos en asimilar la información.

—¿Ha dicho *propietaria*?

—Sí —dice el funcionario, señalando la lista con el dedo—. Bueno, hasta que vendió la propiedad. Técnicamente, ella ya no es la dueña.

He venido a buscar respuestas, pero no dejan de acumularse las preguntas. ¿Por qué nunca me dijo que era la propietaria? Además, si tenía tantas propiedades... ¿por qué

vivía en el vertedero?

—Perdone —digo—. ¿Podría decirme el nombre de los nuevos propietarios?

—Sí. Esa información es pública. Sin embargo, el traspaso es tan reciente que no nos ha dado tiempo a registrarlo. Está en otro archivo. Espere un momento.

El hombre entra en la oficina una vez más. Vuelvo a oír voces. Cuando regresa, lleva una carpeta en la mano.

—La propiedad de las doce viviendas ha sido traspasada a una sola persona —dice—. Sin embargo, faltan quince días para que todo sea oficial.

Después de anotar el nombre y la dirección del nuevo propietario, el hombre me lo entrega.

Me quedo mirando el nombre: *Chenda Lai Sin*.

Estamos a punto de irnos cuando el funcionario parece recordar algo. Después de hojear el archivo, dice:

—Esperen. Hay una propiedad que no aparece en su lista.

Sigue hurgando en la carpeta hasta que encuentra el papel que buscaba.

—Aquí está.

El hombre lee unas coordenadas. Después abre un cajón y saca un plano aéreo. Es la primera vez que observo el vertedero a vista de pájaro, y tengo que reconocer que es fascinante. Al cabo de un rato logro identificar varios puntos de referencia. El funcionario señala la vivienda en cuestión. Es la casa de Sopeap. Obviamente, su casa no podía estar en la lista de inquilinos. El hombre toma sus papeles, baja sus gafas y vuelve a leer la lista.

—Sí —dice—. Esta propiedad no está incluida en el traspaso. Dentro de quince días, cuando registremos los documentos, la casa pasará a ser propiedad de... veamos. Ki Lim y Sang Ly.



La casa de la nueva propietaria está en las afueras, tan lejos que tengo que alquilar una moto para llegar. Hace poco no me habría atrevido a recorrer esta distancia yo sola, pero ya no me importa. También me preocupaba el dinero, pero Ki me ha recordado que ya no tenemos que pagar el alquiler. Mi marido me ha dicho que, si logro encontrar a Sopeap —*nuestra* Sopeap—, le dé las gracias de su parte.

Ahora, mientras aguardo junto al portero automático, me da miedo llamar. Tengo una ligera idea de quién puede ser, pero no estoy segura. Además, ¿qué le digo? ¿Cómo

empiezo? Finalmente decido tomar aire y apretar el botón.

Escucho un zumbido distante. A los pocos segundos se abre una puerta en el interior del edificio y sale una mujer de mediana edad.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarla? —pregunta la mujer, guardando las distancias.

Empezar siempre es lo más difícil.

—Buenos días —respondo, tratando de transmitir confianza—. Me llamo Sang Ly. Estoy buscando a la familia de una chica que trabajaba de criada hace muchos años, antes de la revolución. Se llamaba...

Hago una pausa a propósito para observar su reacción.

La mujer se acerca. Su expresión refleja incredulidad. Sus cejas se arquean. Sus ojos se entrecierran, como si estuviera recordando algo desagradable. Entonces, sus labios forman un sonido, el nombre de una muchacha que todavía no he pronunciado.

—Se llamaba Sopeap Sin —digo—. ¿La conoce?

La mujer echa un vistazo por encima del hombro, como si alguien pudiera escucharnos. Después pulsa el botón para abrir la puerta.

—Entre, por favor —dice, señalando el vestíbulo.

Ambas nos sentamos en unos sillones. Está claro que la mujer pretende ser amable, pero a la vez está deseando saber quién soy. Antes de que pueda añadir nada más, se inclina en su asiento y confiesa:

—Tenía una hermana llamada Sopeap, pero perdí su rastro durante la revolución. ¿Sabe algo de ella?

—Antes de continuar —le digo—, me gustaría cerciorarme de que estamos hablando de la misma persona. ¿Su hermana trabajaba de criada cuando empezó la revolución?

—Sí —responde, con tono respetuoso, aunque ávido de respuestas.

—¿Trabajaba para una profesora?

—Sí.

—Y el marido de la profesora... ¿trabajaba para el gobierno?

—Sí, así es.

Con cada respuesta, su respiración se acelera y sus ojos se llenan de lágrimas. La mujer alarga la mano para estrechar la mía.

—¿Sabe si la profesora se llamaba Soriyan? —pregunto.

—Sí, la profesora se llamaba Soriyan Song. La chica que ha mencionado, la criada, era mi hermana mayor.

Entonces, como si fuera un torrente, su historia empieza a fluir sin que pueda detenerla.

—Me llamo Rathana —dice—. Sopeap no quería dejar la provincia, pero mi padre la animó a marcharse. Le dijo que, como representante de la familia, debía esforzarse y honrar nuestro apellido. Entonces éramos muy pobres. Mi padre no lograba encontrar

trabajo, y necesitábamos dinero desesperadamente.

»Cuando los jemeres rojos tomaron el país, muchas familias se disgregaron debido a las revueltas, entre ellas, la mía. Mi padre estaba muy preocupado por Sopeap. Intentamos encontrarla, pero entonces vivíamos en la provincia, y el ejército no nos dejaba entrar en la capital. Cuando la violencia terminó, mis padres viajaron a la ciudad para buscarla. Pero la casa donde servía estaba quemada. Finalmente, mis padres encontraron trabajo en la ciudad y regresaron para buscarnos. Seguimos preguntando e investigando, pero nunca logramos encontrarla. Intentamos recurrir al nuevo gobierno pero, desgraciadamente, había miles de familias en nuestra misma situación. De vez en cuando nos llegaban noticias que sugerían que Sopeap estaba viva, pero otras parecían indicar que había muerto. Aquello era agotador, sobre todo para mi padre. Entonces empezaron a aparecer los paquetes. Nos dieron tanta esperanza...

—¿Paquetes? —pregunto.

—Sí. Fue hace muchos años. Un día encontramos un paquete en la puerta. Al abrirlo, descubrimos que contenía dinero. Nada menos que cinco mil rielees. Imagínese nuestra sorpresa. No había ninguna nota, solo los billetes agrupados cuidadosamente en fajos. Sabíamos que se trataba de un error, y estábamos dispuestos a devolverlo, pero no sabíamos dónde enviarlo. Entonces, un mes después, volvió a aparecer otro paquete.

—¿Y desde entonces han seguido llegando?

—Sí. Normalmente uno al mes. Mi padre estaba convencido de que los enviaba Sopeap, pero para mí no tenía sentido. Si mi hermana estuviera viva, habría vuelto a casa. Mi padre decía que tal vez se sentía avergonzada por algo que hizo durante la guerra. Pero, lógicamente, nadie puede saberlo con seguridad.

—¿Intentaron buscar a la persona que enviaba el dinero?

—Sí. Mis hermanos y yo nos quedamos velando varios días, porque el chico aparecía a las horas más intempestivas, incluso en mitad de la noche.

—¿El chico?

—Sí. La persona que traía los paquetes era un chico de unos catorce o quince años. Finalmente lo descubrimos, por supuesto, y confesó que trabajaba para una mujer, pero no sabía su nombre. Yo no le creí. Decidí preguntarle directamente si la mujer se llamaba Sopeap Sin. El chico no se alteró lo más mínimo. Luego nos dijo que, si seguíamos molestándole, los paquetes dejarían de llegar. Le disgustó mucho que le hubiéramos descubierto; no quería que la mujer se enterara.

—Pero... ¿alguna vez llegasteis a verla?

—Al mes siguiente decidí seguir al chico desde lejos. Quería saber si mi hermana seguía con vida, especialmente por mi padre. En aquella época estaba muy enfermo. Lo seguí hasta el vertedero de Stung Meanchey. ¿Lo conoce?

—Sí.

—Seguirle por la ciudad había sido fácil, pero, cuando llegamos al vertedero, las cosas empezaron a complicarse. Allí el terreno es más difícil, así que tuve que acercarme más por miedo a perderle. Supongo que el chico descubrió que le estaba siguiendo, porque empezó a zigzaguear por varias calles hasta que le perdí. No obstante, volví al vertedero muchas veces. Me mantenía a cierta distancia mientras buscaba con los ojos a mi hermana Sopeap. De vez en cuando veía al chico, pero a Sopeap no la vi nunca. Finalmente me convencí de que mi hermana no estaba allí y dejé de buscarla. Entonces, los paquetes empezaron a llegar a través de una empresa de mensajería.

—Entiendo.

—Seguí al repartidor, pero solo llegué a las oficinas de la empresa. Durante un tiempo estuve sentándome todos los días en la cafetería de enfrente, esperando a mi hermana. Pero nunca apareció.

—Lo siento.

—Ahora que conoce mi historia, ¿podría decirme dónde está Sopeap?

Recuerdo que Sopeap —mi Sopeap— solía decir que, a diferencia del licor de arroz, las malas noticias no mejoran con el tiempo. Yo no bebo nunca, pero ahora mismo no me vendría mal un trago.

—Siento decírselo después de tantos años, pero su hermana Sopeap, la criada, murió a manos de los jemereros rojos al principio de la revolución.

Rathana agacha la cabeza. Yo la imito, sintiéndome culpable por haber pisoteado sus esperanzas.

—¿Está segura? —pregunta.

—Sí. Hay muchas cosas que debería decirle, pero antes quisiera preguntarle una cosa: ¿están sus hermanos en casa? Me gustaría que toda su familia estuviera presente para escuchar lo que tengo que contarle, porque es una historia que deberían conocer varias generaciones.

—Lo siento —dice—, pero mis hermanos están casados y viven con su familia. Mi marido, mis tres hijos y yo vivimos aquí con mi madre, que está muy anciana. Mi padre falleció hace años. —De pronto, su rostro se ilumina—. Pero, si no le importa volver, podría reunirlos mañana mismo en mi casa. Significaría tanto para nosotros...

—Sí, por supuesto.

Es ese momento se abre la puerta del edificio y entra un hombre. Le sigue una anciana que camina con dificultad.

—Lo siento —dice el hombre al verme—. No sabía que teníamos visita.

Rathana se encarga de hacer las presentaciones.

—Sang Ly, este es mi marido, Ponleak.

Después de saludarme, el hombre entra en la casa. La anciana está a punto de seguirle, pero su hija la llama:

—¿Nana?

La mujer se da la vuelta.

—Nana, me gustaría presentarte a alguien. Esta es mi nueva amiga, Sang Ly.

Inclino la cabeza y estrecho la mano arrugada de la anciana. Estoy segura de que es la madre de Sopeap Sin, la criada.

—Es un honor conocerla —le digo.

—Nana —dice su hija—. Sang Ly quiere compartir una historia muy especial con nosotros, una historia sobre Sopeap. Va a volver mañana para que nos dé tiempo a reunir a toda la familia. ¿Te gustaría escucharla?

La anciana apenas se mueve. No sé si nos ha entendido, pero sus labios tiemblan ligeramente. Entonces se da la vuelta y entra en la casa arrastrando los pies.

—No se deje engañar por su aspecto —dice Rathana—. Tiene la mente muy despierta.

Después de acordar la hora de la reunión, Rathana pregunta:

—Por cierto, ¿podría explicarme cómo sabe tantas cosas de mi hermana?

—Por supuesto —respondo—. Pero antes me gustaría preguntarle una cosa. ¿Sabe algo de la mujer para la que trabajaba su hermana, la profesora? ¿Ha vuelto a verla?

—¿A la profesora? No... En aquel entonces yo vivía en la provincia, así que nunca llegué a conocerla. Pero lo más seguro es que muriera asesinada por los jemeres rojos. Todos los profesores fueron fusilados. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque creo que esa mujer sigue viva, y necesito encontrarla cuanto antes.



၂၀၄

CAPÍTULO 28

De camino a Stung Meanchey, visito tres hospitales. Pero nadie ha oído hablar de Sopeap, ni de Soriyan. Ya en el vertedero, Ki y yo decidimos visitar la casa de Sopeap una vez más para comprobar si se nos ha escapado algo. Lo único que está fuera de lugar es un libro abierto encima de la silla del escritorio. A juzgar por la cubierta, parece la historia de un enorme pájaro que emerge del fuego. Teniendo en cuenta los comentarios de Sopeap, me da la impresión de que este es el libro que pensaba traerme el día que tuve que llevar a Nisay al hospital; su libro favorito.

Después de contemplar la imagen, Ki dice que le recuerda a los fuegos que arden por la noche en el vertedero. Luego añade:

—La única diferencia es que, en el vertedero, el pájaro nunca conseguiría salir con vida.

Paso las páginas, pero no logro encontrar nada que me ayude a averiguar el paradero de Sopeap.

Ki echa un último vistazo por la habitación.

—No creo que este lugar consiga sobrevivir a Nisay.

Sé que está bromeando, pero la ciudad de libros que nos rodea me recuerda que tiene razón.

Después de recoger a nuestro hijo, nos encontramos con Gordito, que nos sigue hasta nuestra casa. Enciendo el fuego para hacer la cena y dejo que Gordito entretenga a Nisay. ¿O es al revés? Mientras se hace el arroz, sigo leyendo el cuaderno de Sopeap.

Después de leer unas cuantas páginas, encuentro una pista. Se trata de un ensayo que había pasado por alto, pensando que no era importante. Cuando explico lo que he encontrado, Ki me pide que lo lea en voz alta. Gordito se suma a la propuesta. El único que no dice nada es Nisay. Bueno, dos de tres no está tan mal. Ki empieza a introducir arroz en la boca de Nisay, lo que sea para que se calle, mientras yo me dedico a leer.



La anciana y la elefanta.

Por Sopeap Sin

Cuando los jemereros rojos la llevaron al campo de trabajo de Khum Speu, la anciana estaba muy cansada. Tenía cansados los huesos, la mente y el corazón.

No esperaba vivir mucho tiempo, pues las personas que la rodeaban –que eran más jóvenes, más sabias y más fuertes que ella– morían de hambre o eran asesinadas todos los días.

«Las personas cultas –decían los nuevos líderes– son un lastre para los trabajadores. Las ciudades encarnan el mal. La cultura y la educación son inútiles y egoístas. El dinero y el comercio están corruptos. La fuerza de un país es el hombre trabajador, no los parásitos que viven de él. ¡Plantad arroz para que el país prospere! ¡A partir de ahora solo comerán los que trabajen!».

A la mujer le repetían una y otra vez que no servía para nada, que solo era un grano de arroz en un enorme cuenco comunitario.

«Elimina el grano de arroz –decían–, y no se notará la diferencia». «No nos aportas ningún beneficio. Si te destruimos, no perderemos nada». Aquello era un holocausto. No solo de la vida, sino también del sentido común y de la razón.

Cuando era niña, la anciana sufría pesadillas. Se trataba de sueños terroríficos que la hacían despertar gritando y bañada en sudor. Sin embargo, siempre encontraba consuelo en una frase que solía decirle su abuela: «El miedo es pasajero. A la mañana siguiente siempre sale el sol».

Pero, en el campo de trabajo, el miedo nunca la abandonaba. Allí nada tenía sentido, todo estaba trastocado, al revés. La frase de su abuela ya no le servía de consuelo, porque ahora tenía pesadillas en pleno día, cuando estaba despierta y con los ojos bien abiertos.

Solo por la noche conseguía descansar.

Para una mujer que valoraba tanto la razón y el conocimiento, la revolución jemerera era especialmente desconcertante. Un día le pegaban por hablar, y al día siguiente por estar callada. Si cantaba las canciones comunistas

demasiado alto, la acusaban de insultar a los líderes. Si las cantaba demasiado bajo, la regañaban por no apoyar al nuevo régimen. Aquel lugar era una tumba para la razón, y, cada día que pasaba, su sed de esperanza se iba apagando.

Tal era su desesperación que, después de tres años, cuatro meses y quince días viviendo como un simple grano de arroz, la anciana decidió poner fin a su existencia. «Nadie me echará en falta», se dijo.

Como no quería dar a los soldados la satisfacción de asesinarla (como si alguien pudiera encontrar satisfacción en un acto semejante), la mujer se despertó antes del amanecer y salió a hurtadillas de su cabaña. Mientras los otros dormían, ella se adentró silenciosamente en la selva.

Muchos pensarán que internarse en la selva es una buena manera de escapar. Pero no en Camboya, y menos en la provincia de Khum Speu. Vagar por la selva solo y sin armas, especialmente una mujer mayor, es como jugar a la ruleta rusa. La cuestión no era cuándo iba a morir, sino cómo: ¿abatida por la bala de un soldado, o por una mina antipersonas? ¿De malaria o de hambre? ¿De la picadura de una araña, o de la mordedura de una serpiente? Había un montón de posibilidades, a cuál más interesante. Pero en aquel momento ya no le importaba.

Apenas se había adentrado en la vegetación, cuando escuchó un crujido que procedía de unos árboles cercanos.

—Menos mal. Ha venido antes de lo que pensaba —se dijo, cerrando los ojos y esperando la muerte.

Pero de la espesura no surgió ningún hombre, ni ningún animal. Al cabo del rato volvió a escuchar el crujido. La anciana se quedó esperando, pero no ocurrió nada.

Estaba amaneciendo. El brillo de la mañana empezaba a dibujar los contornos. La anciana esperó pacientemente, preguntándose qué le revelaría la luz del sol. Cuando logró ver con claridad, se dio cuenta de la singularidad de su situación. Como ya no le importaba morir —de hecho, lo esperaba—, pensó que no había nada de malo en acercarse a investigar. Fue entonces cuando vio a la elefanta.

El animal yacía de costado en unos matorrales, al pie de un inmenso baniano. De vez en cuando sacudía la cabeza, como si quisiera ponerse cómoda. En su pecho había unas manchas de sangre que brotaban de tres agujeros de bala. Cada una de las heridas conducía al corazón de la bestia.

La anciana sabía mucho de elefantes. Había aprendido sobre ellos en el colegio y en los ensayos que escribían sus alumnos. Cuando era niña, su padre solía llevarla a Battambang donde, más de una vez, paseó en elefante por la

selva. La mujer sabía que, aunque los elefantes son dóciles en cautividad, cuando están heridos pueden ser las criaturas más peligrosas del mundo. Pero, como había venido a la selva a morir, aquello dejó de importarle. Morir atacada por una enorme elefanta asiática no era una perspectiva agradable, pero al menos sería una muerte rápida, efectiva y, sin duda, original.

De modo que se acercó a la elefanta y acarició su piel áspera y arrugada. En vez de incorporarse para atacarla, la elefanta se limitó a levantar la cabeza para verla mejor, antes de emitir lo que sonó como un suspiro de decepción.

—No sé qué esperabas —respondió la mujer al cabo de un rato, pensando que se trataba de un sueño.

Pero no quería que fuera un sueño, porque no podía soportar la idea de despertar a la realidad un día más. Cuando vio que el animal no parecía molestarse por su presencia, la mujer se sentó y apoyó la espalda en la gruesa piel de la criatura.

Cuando llevaban un rato en silencio, la anciana se descubrió respirando al mismo ritmo que la bestia.

Inspira, espira. Inspira, espira.

Mientras llenaba sus pulmones con el aire húmedo de la mañana, la mujer se esforzó en distinguir los fuertes aromas que la rodeaban: la corteza del baniano, el follaje putrefacto de la selva, los excrementos de la elefanta, la sangre, la soledad.

La anciana se puso a reflexionar sobre su difícil situación, mientras recorría con la mano las facciones del animal y acariciaba su piel rugosa. Al hacerlo, se dio cuenta de que tanto su respiración como la de la elefanta se calmaban.

Inspira, espira. Inspira, espira.

—Lo siento mucho, mamá elefante —susurró al fin—. Ojalá pudiera ayudarte.

La mujer se quedó esperando la respuesta de la elefanta, puesto que, si efectivamente se trataba de un sueño, lo normal, o incluso lo esperable, es que el animal contestara.

Inspira, espira. Inspira, espira.

Pero, como no se trataba de un sueño, la elefanta no respondió. La criatura se limitó a mirarla con sus ojos tristes, tal vez deseando responder en su propio lenguaje, pero demasiado cansada para hacer el esfuerzo.

Inspira, espira. Inspira, espira.

Entonces, la mujer recordó que los elefantes se parecen a las personas en muchos aspectos: esperanza de vida, desarrollo, lazos familiares,

sentimientos... Al igual que los seres humanos, los elefantes muestran diversas emociones. Ayudan a los otros en la adversidad, echan de menos a los ausentes, sonríen cuando son felices y lloran cuando están tristes. Y, cuando ya no pueden ponerse en pie, mueren rodeados de sus seres queridos, al igual que los humanos. También recordaba que, cuando una manada de elefantes se topa en el camino con los huesos de otro elefante, los recogen con su trompa y los llevan al abrigo de los árboles.

—¿Qué te ha pasado, elefanta? —preguntó la mujer—. ¿Por qué te han disparado?

Inspira, espira. Inspira, espira.

—¿Te imaginas que los soldados te encuentran en medio de la selva, charlando con una anciana?

La mujer se echó a reír solo de pensarlo.

Luego se quedó dudando un momento. No sabía si confesarle su secreto. Entonces se acordó de que estaba hablando con una elefanta, de modo que prosiguió.

—Mamá elefante, quiero que sepas que estoy muy cansada y que solo he venido a morir.

Inspira, espira. Inspira, espira.

El cuerpo del animal se estremeció. Sus órganos internos empezaron a apagarse. Pero la mujer no se movió de su lado.

—Siento mucho que estés sola, mamá elefante —susurró.

No había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando se dio cuenta de que el animal no estaba en absoluto solo. Porque ella estaba a su lado, consolando a la criatura moribunda y ofreciéndole su amistad cuando más lo necesitaba.

Inspira, espira. Inspira, espira.

Entonces, la elefanta sonrió.

... *Espira.*

La enorme criatura exhaló su último suspiro. Todo había terminado.

La anciana permaneció una hora más a su lado, reflexionando sobre aquel día tan extraño y maravilloso.

Si regresaba al campo y hablaba a los soldados de la criatura, la aclamarían como a una heroína. Llevaban varias semanas alimentándose solo de arroz, y un animal de ese tamaño les proporcionaría carne para mucho tiempo. Lo cortarían en pedazos, cocerían su carne y finalmente esparcirían sus huesos por la selva.

La mujer se levantó, estiró sus músculos y habló con la elefanta por última

vez:

—Esta mañana vine a la selva pensando solo en mí misma, pero ahora me gustaría darte las gracias. Gracias por necesitarme, mamá elefante. Hacía mucho tiempo que nadie me necesitaba, ¿sabes? Quiero que sepas que me has cambiado la vida.

A continuación empezó a recoger hojas y ramas para cubrir el cuerpo de la elefanta, hasta que estuvo segura de que nadie podría encontrarlo. Finalmente regresó a su cabaña en el campo de trabajo. Cuando los soldados le preguntaron dónde había estado, la anciana señaló el sendero de la selva, se frotó el vientre y contestó:

—Esta mañana no me encontraba bien. No querríais que hiciera mis necesidades cerca de la cabaña, ¿no? Si queréis, podéis ir a la selva a comprobarlo.

Luego, con una enigmática sonrisa, empezó a plantar arroz por el bien de la nueva sociedad.



—¿Tú crees que la anciana es Sopeap? —pregunta Ki—. ¿Será verdad que encontró a una elefanta en la selva?

—No lo sé —respondo, sintiéndome frustrada porque soy incapaz de identificar el mensaje de la historia.

Vuelvo a la primera página para confirmar mis sospechas.

—La anciana no tiene nombre —digo—. ¿No os parece raro?

Gordito se encoge de hombros.

—Tú eres la profesora, ¿no?

Mi cerebro intenta juntar las piezas. *En la literatura, todo tiene un significado.*

—Además, ¿no os parece que la mujer es muy mayor para ser Sopeap? —añado—. La revolución jemer tuvo lugar a mediados de los años setenta. En esa época, Sopeap tendría, como mucho, treinta y tantos años.

Entonces me acuerdo de la frase que utilizó Sopeap para describirse a sí misma en su carta.

—¡Ya lo tengo! ¡Sopeap no es la anciana! —anuncio.

—¿Ah, no?

—No, Sopeap es la elefanta.

—¿La elefanta?

—Sí. En la historia, la elefanta muere oculta, pero tan cerca, que todo el mundo puede encontrarla. Solo tienen que saber adónde mirar.

—¿Qué quieres decir?

—¡Quiero decir que ya sé dónde puede estar Sopeap!



୧୫

CAPÍTULO 29

Salimos a la calle para alquilar una moto. Cuando el conductor se detiene, Ki sigue haciéndome preguntas.

—No lo entiendo. Para empezar, ¿por qué se fue de su casa? Llevaba muchos años viviendo en Stung Meanchey.

—Eso da igual —digo—. Por mucho que ella se empeñara, el vertedero nunca fue su casa.

—Entonces... ¿no sabes exactamente dónde está?

—No, exactamente no.

—Y supuestamente... ¿el libro que llevas en el bolso va a ayudarte a averiguarlo?

—Más o menos. Será importante una vez que lleguemos allí.

—Pero, si no sabes dónde está... ¿cómo piensas llegar *allí*?

Mi respuesta es muy sencilla.

—Conozco a una mamá elefante que puede ayudarnos.



A pesar de su antigüedad, el distrito de Daun Pen está plagado de mansiones de lujo. Muchas han sido restauradas para emular el esplendor de los años anteriores a la revolución, y poseen enormes jardines con fuentes y estatuas. En dichas mansiones residen las personas más ricas y poderosas del país. Es una zona preciosa y llena de comodidades. La urbanización está protegida por un enorme muro de piedra con dos puertas de hierro forjado. Afortunadamente llegamos en coche, gracias a Rathana y a su familia.

En el muro no solo hay un guardia, sino dos: uno en la entrada y otro para vigilar a los que salen. Las puertas sirven para proteger el lugar de los intrusos. Cuando el coche se detiene, un guardia uniformado se acerca a la ventanilla.

Yo me vuelvo hacia la abuela Sin, que está sentada en la parte de atrás.

—¿Es este el lugar? —pregunto.

La anciana levanta la cabeza, observa las casas que hay detrás de la puerta y señala con el dedo la segunda de la derecha. Al igual que las mansiones que la rodean, la casa es elegante y distinguida. Desde fuera veo que tiene tres pisos, un techo ajardinado y unas galerías abiertas que serpentean en torno a sus distintas alturas. La construcción posee unas columnas de mármol que se comunican con varias barandillas de piedra y unos muros cubiertos de flores.

El guardia espera las palabras del chófer. Él, por su parte, me señala a mí. El guardia se acerca entonces al asiento de atrás, como si yo fuera un alto dignatario o un presidente extranjero. Me acerco a la ventana para verle la cara. El hombre no dice nada. Se limita a arquear sus pobladas cejas, como si quisiera decir: «Y bien, ¿me puede decir quién es usted y qué quiere?».

—Hemos venido a hablar con el dueño de esa casa —digo, señalando la mansión que ha identificado la abuela Sin.

—¿Podría explicarme el motivo de su visita? —pregunta.

El guardia me recuerda a un soldado. Entonces se me ocurre una cosa: ¿y si estoy equivocada? O lo que es peor, ¿y si tengo razón, pero el guardia no nos deja pasar? ¿Qué puedo decirle para que lo entienda? Decido contarle una mentirijilla.

—El dueño de la casa nos espera. Por favor, dígame que hemos venido a ver a la anciana.

—¿A la anciana? ¿Qué anciana? —pregunta el guardia.

—Usted dígaselo. Él ya sabe a qué me refiero.

Ki está sentado en la parte de atrás, al lado de la abuela Sin.

—¿Y si el dueño no sabe de qué estás hablando? —pregunta.

—Lo sabrá.

—¿Cómo?

—Porque ella está allí.

El guardia se queda dudando un momento. Finalmente se dirige a un telefonillo y aprieta un botón. Solo consigo captar el final de la conversación.

—¿Señor Rangsey? Soy Chimm. Aquí hay unas personas preguntando por usted. Dicen que han venido a ver a la anciana.

Se produce una larga pausa. El guardia me mira a mí y luego a la casa.

—Sí, señor —responde—. Lo comprendo. Ahora mismo se lo digo.

Después de colgar el telefonillo, el guardia se acerca a la ventanilla.

—El señor Rangsey dice que va a salir a recibirlos. Por favor, pasen por la puerta y aparquen el coche en el espacio libre de la derecha.

Las nubes se acumulan en el horizonte. Me pregunto si será una señal. Al fin y al cabo, las palabras del dueño implican que Sopeap *está* aquí, en la casa. ¿Por qué si no

iba a dejarnos entrar? Pero... ¿y si sale a recibirnos porque ya es demasiado tarde?

Esperamos junto al coche lo que parece una eternidad. Finalmente, la puerta de la casa se abre y sale un señor bien vestido de unos cuarenta años. Como estoy en primera fila, el hombre asume que llevo la voz cantante y me estrecha la mano.

—Hola. Me llamo Heng Rangsey.

—Yo soy Sang Ly.

—De modo que han venido a ver a la anciana, ¿no?

—Sí.

—Me dijo que no tenía a nadie, que estaba sola en el mundo.

—Eso no es verdad. El problema es que he tardado un tiempo en encontrarla —le explico.

—¿Entonces es cierto que vivió en esta casa antes de la revolución?

—Sí.

—Lo imaginaba.

—¿Puedo verla?

—Desde luego. Pero antes debo advertirle una cosa. Está muy enferma. Apenas ha probado bocado desde que llegó, y tiene dificultades para hablar. Sin embargo, he hecho todo lo posible para que se encuentre cómoda. Mi criada está cuidando de ella.

El hombre señala la puerta para invitarme a pasar. No puedo evitar preguntarle:

—¿La conocía?

—No. La vi por primera vez hace unas semanas, cuando descubrió su enfermedad. Tenía buen aspecto, pero me dijo que quería morir aquí, en esta casa. Al principio me negué. Le dije que *no*.

—Pero entonces le ofreció dinero, ¿no?

—Sí. Pero lo rechacé. No necesito dinero. Eso no fue lo que me hizo cambiar de opinión.

—¿Entonces qué fue?

—Accedí cuando me dijo que era profesora. Mi padre también lo era, pero no tuvo tanta suerte.

—¿Qué quiere decir?

—Lo mataron los jemereros rojos al principio de la revolución, al igual que a mi hermano. Ahora ya puede subir las escaleras. La encontrará en el jardín del tejado.

El hombre hace una pausa y traga saliva.

—Cuando vio que habíamos reconstruido el jardín, se echó a llorar como una niña. Confieso que, desde que llegó, no he conseguido sacarla de ahí.

Subo las escaleras y atravieso una terraza abierta rodeada de plantas. Finalmente salgo al espléndido jardín.

Pero no estoy preparada para lo que encuentro.

Sus ojos están cerrados. Su piel –abrasada por el sol del vertedero– está seca y cuarteada. Respira lentamente y con dificultad.

No quiero despertarla pero, cuando acerco una silla, ella abre los ojos, levanta la cabeza y me mira con aire confundido. Luego tose, se sube la manta y susurra algo que no logro entender. Me acerco a ella para que lo repita.

—¿Es que no puedes dejarme tranquila? –dice.

—No. Y menos sabiendo que no has entendido tu propia lección.

Sopeap arquea las cejas.

—No te preocupes –le digo–. Ya te lo explicaré. Pero antes quiero que conozcas a unas personas.

Miro a la abuela Sin, que está esperando detrás de mí. La mujer se acerca al lecho y luego, instintivamente, como haría cualquier madre, estrecha las manos de Sopeap sin decir una palabra. Estoy a punto de explicarle a Sopeap quién es, pero sus lágrimas me dicen que ya lo sabe. *Claro, los paquetes*. Sopeap debió de vigilar su entrega desde lejos.

Con los ojos clavados en la anciana, Sopeap se señala el corazón.

—Tres agujeros –susurra.

La anciana responde con voz ronca. Es la primera vez que la oigo hablar.

—Usted no tuvo la culpa. Mi hija la quería mucho.

Se me saltan las lágrimas al ver a las dos mamás elefante haciéndose compañía. Luego le toca el turno a Rathana.

—Hola, tía –susurra, palabra que se usa en Camboya para referirse a los seres queridos, ya sean familiares o no–. Yo soy Rathana, la hermana de Sopeap. No nos conocíamos, pero quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho por mi familia.

Luego llama a su marido, que no tarda en acercarse.

—Tía, yo soy Ponleak, el marido de Rathana. Soy ingeniero químico y trabajo en una compañía petrolífera aquí, en Nom Pen. Mis suegros pudieron ayudarme en mis estudios gracias a su generosidad. Siempre le estaré agradecido.

El hombre inclina la cabeza respetuosamente y luego señala a dos adolescentes, un chico y una chica.

—Estos son mis hijos. Tengo otra hija casada que vive en Seim Reap. Hemos venido a mostrarle nuestros respetos.

Los chicos dejan espacio a su tío, un hombre al que acabo de conocer. Él reúne a su familia alrededor de Sopeap.

—Hola tía, me llamo Kiri. Esta es mi familia. Mis hijos han recibido una buena educación gracias a usted. Tengo un hijo que no ha podido venir porque trabaja en el campo. Es ingeniero agrónomo. También estamos muy orgullosos de nuestra nuera, y tenemos un nieto que acaba de nacer.

Una mujer cuyo nombre no recuerdo se acerca con un niño.

—Ojalá tuviéramos más tiempo para conocernos mejor —dice—. Aun así, mi familia siempre le estará agradecida por su inmensa generosidad.

Dos familias más se acercan por turno para saludar a su *tía*. Ella está demasiado débil para responder, pero no importa. Con la sala todavía llena, me acerco al lecho para que Sopeap pueda escucharme.

—Esta es la lección que quería enseñarte —le digo—. No hay nada más importante que esto.

Cuando han terminado de despedirse, las familias se retiran discretamente y me dejan sola. Yo me siento junto a Sopeap y le estrecho la mano, mientras ella respira con dificultad.

Inspira, espira. Inspira, espira.

De pronto empieza a caer un pequeño aguacero. Las gotas son grandes, como las lágrimas de un elefante y, cuando chocan contra el suelo, forman pequeñas gotitas que danzan sobre las baldosas. El dueño de la casa, el señor Ramsey, sale del interior y me ayuda a mover el lecho para protegerlo de la lluvia. Haciendo un esfuerzo, Sopeap levanta la mano para pedirnos que la dejemos sola. El señor Ramsey se retira mientras yo me quedo sentada al lado de mi profesora, dando la bienvenida al aguacero vespertino.

En el vertedero, la lluvia enturbia el aire. Aquí lo limpia.

Inspira, espira. Inspira, espira.

Se ha caído la manta, pero a Sopeap no parece importarle. Entonces me doy cuenta de que uno de sus calcetines marrones —los calcetines que yo tanto criticaba— ha desaparecido. Sopeap tiene los tobillos hinchados, pero no es eso lo que llama mi atención. Son las cicatrices que le atraviesan la planta del pie, las heridas características de los que recogen basura por la noche, cerca del fuego.

Inspira, espira. Inspira, espira.

No sabría decir si Sopeap está llorando, porque las gotas de lluvia recorren todos los pliegues de su piel. Sé que se está muriendo y que debería avisar al dueño de la casa para que llame a un médico. Pero, si lo hago, la apartarán de su jardín y de su casa, resurgida de las cenizas.

Inspira, espira. Inspira, espira.

Para ofrecerle consuelo, saco su libro favorito. Es de un autor llamado Hans Christian Andersen. No lo conozco, pero pienso leerlo cuando tenga tiempo.

Estrecho sus dedos con una mano mientras paso las páginas con la otra. El libro se está mojando, pero no importa.

Inspira, espira. Inspira, espira.

Leo lentamente, para asegurarme de que Sopeap entiende todas las palabras.

En el jardín del Paraíso, bajo el árbol de la sabiduría, floreció un rosal. Y allí, en su primera rosa, nació un pájaro.

Al oírme, Sopeap afloja los dedos. Todo el dolor que aún podía anidar en su corazón se desvanece bajo la lluvia.

Sigo leyendo.

Su vuelo era como un rayo de luz; sus colores, magníficos; su canto, cautivador. Pero una chispa cayó en su nido, que se incendió en el acto.

Inspira, espira. Inspira, espira.

El pájaro pereció entre las llamas. Pero del huevo rojizo salió volando otra ave, única y siempre la misma: el ave fénix. *Cuenta la leyenda que anida en Arabia*, y que cada cien años se da muerte abrasándose en su propio nido; pero, cada vez, del huevo rojizo surge una nueva ave fénix, la única en el mundo.

El pájaro revolotea a nuestro alrededor, raudo como la luz, espléndido en colores, magnífico en su canto. Cuando una madre está sentada junto a la cuna de su hijo, el ave se posa en la almohada y, desplegando las alas, forma una corona alrededor de la cabeza del niño. Vuela por el sobrio y humilde aposento, trayendo la luz del sol, y encima de la cómoda exhalan su perfume las violetas.

Inspira, espira. Inspira, espira.

Pero el ave fénix no es solo el ave de Arabia. Sobrevuela también los resplandores de la aurora boreal y las heladas llanuras de Laponia, y salta entre las flores amarillas durante el verano fugaz de Groenlandia. Bajo las montañas de cobre de Falun y las minas de carbón de Inglaterra, vuela bajo la forma de una mariposa sobre el devocionario que descansa en las rodillas del piadoso minero. En la flor de loto navega por las aguas sagradas del Ganges, y los ojos de la doncella hindú se iluminan al verla.

Inspira, espira. Inspira, espira.

Es el ave fénix, ¿no la conocéis? Es el ave del paraíso, el cisne sagrado de la canción. Te cantó la Marsellesa, y tú besaste la pluma que se desprendió de su ala; vino en todo su esplendor paradisiaco, y tú le volviste la espalda para contemplar al gorrión con espuma dorada en las alas.

El ave del paraíso, renovada cada siglo, nacida de las llamas y muerta en las llamas. Tu imagen, enmarcada en oro, cuelga en los salones de los ricos, pero tú sueles volar a la ventura, solitaria, como una leyenda: «El ave fénix de Arabia».

Inspira, espira. Inspira, espira.

En el jardín del Paraíso, cuando naciste en el seno de la primera rosa, Dios te besó y te dio tu verdadero nombre: *Poesía*.

... *Espira*.

Sopeap exhala su último aliento y echa a volar junto a mis palabras, que vagan en la noche hacia el glorioso lugar donde aguardan los antepasados.

Cierro el libro mojado y lo dejo descansar contra mi pecho. Quisiera estar triste y llorar la muerte de mi querida profesora, Sopeap Sin, pero no lo hago. No quiero perder esta sensación de paz y amor que me embarga. En lugar de eso, me siento bajo la lluvia para que el agua me purifique, sujeto la mano de Sopeap y reflexiono *sobre este día tan extraño y maravilloso*.

Entonces, cuando siento que ha llegado el momento, cubro su cuerpo silencioso con la manta y me levanto para marcharme. Antes de salir, busco al dueño de la casa para hacerle saber lo que ha pasado y darle las gracias. Pero no lo encuentro por ninguna parte. Me imagino que se habrá ido a dormir. Volveré por la mañana para dejar solucionada la incineración del cuerpo.

Cuando bajo al primer piso, encuentro a Ki dormido en una silla, esperándome. He leído muchas historias sobre héroes, pero de una cosa estoy segura: este es el mío. Acaricio su rostro y él se despierta. Tarda un momento en recuperar la consciencia pero, cuando lo hace, enseguida comprende lo que ha pasado. Se levanta y me estrecha entre sus brazos durante largo tiempo.

—El señor Rangsey ha dicho que podemos quedarnos a dormir —susurra.

—¿No podríamos volver al vertedero?

—Es muy tarde, pero supongo que podemos intentarlo.

Juntos recorreremos las sucias calles de Nom Pen, a veces en la oscuridad, pero no importa. Caminamos bajo la lluvia refrescante y redentora de Sopeap Sin.



MO

CAPÍTULO 30

Muchas personas se han reunido alrededor de nuestra casa. Conozco a la mayoría de los vecinos del vertedero, pero hay muchas caras que no he visto nunca. Están aquí porque Gordito ha anunciado que tengo una cosa importante que decirles.

Cuando todo el mundo está listo, doy un paso al frente y me coloco delante del toldo, para que todo el mundo pueda escucharme. Muchas veces, los sucesos que han ocurrido en las últimas semanas me han puesto las emociones a flor de piel. Pero esta noche, no. Esta noche miro al frente con determinación y empiezo a decir:

—Hoy estoy aquí para contaros un cuento. Cuando termine, algunos pensaréis que no es verdad, que mis palabras son inventadas, que mi historia no es nada más que un mito. Y puede que tengáis razón. Pero, como una gran profesora me explicó una vez, todas las buenas historias –las historias que conmueven el alma, que cambian nuestra naturaleza y nos hacen mejores personas– contienen algo de verdad.

»Muchos de los que estamos aquí, incluida yo misma, hemos contado un mito falso, una historia sobre Sopeap que era mentira. Esta noche estoy aquí para corregir vuestros errores y abriros los ojos.

»Antes de empezar me gustaría pedirlos que, en lugar de escuchar con los oídos, lo hagáis con el corazón. Porque, como Sopeap decía siempre, el corazón siempre comprende la verdad.

Dicho esto, empiezo a contar:

«Hace muchos años, el dios celestial Vadavamukha se enteró de que los habitantes de Stung Meanchey habían sido abandonados por la suerte. El destino los había condenado a escarbar en la basura de los demás para ganarse la vida. Las largas jornadas, las escasas ganancias y las condiciones insalubres del vertedero habían llevado a muchos a perder la esperanza. Y, lo que era peor, muchos habían perdido también su verdadera naturaleza.

—Debemos ayudarles a ver más allá de la suciedad –dijo Vadavamukha.

Así que decidió consultar el asunto con la reina Ksaksar Devy, su esposa. Ambos consideraron varias soluciones, pero todas ellas conllevaban una serie de problemas. Finalmente, después de varios días, decidieron enviar a la tierra

a su hija Soriyan, que, además de una bellísima princesa, era una excelente profesora. Ella se encargaría de ayudar a los habitantes del vertedero.

De modo que convocaron a su hija para comunicárselo. Sin embargo, cuando la princesa entró en el inmenso salón donde estaban sentados Vadavamukha y Ksaksar Devy, la reina exclamó:

—Nuestro plan nunca funcionará. Soriyan es demasiado hermosa. Cuando baje al vertedero, su belleza radiante cegará a todos los que la miren.

Vadavamukha sabía que su esposa tenía razón, y en el cielo se extendió una gran tristeza por los habitantes del vertedero. Pero la princesa Soriyan dio un paso al frente y dijo:

—No estéis tristes. Nuestro plan *funcionará*. Me cubriré de inmundicia para tener la oportunidad de enseñar a esa gente y devolverles la esperanza. Porque no hay regalo más grande que la esperanza.

Sus padres estuvieron de acuerdo, y, aunque les entristecía separarse de su hija, Vadavamukha y la reina Devy cubrieron a la princesa Soriyan de suciedad y la metieron en un cubo de basura para ocultar su belleza. A continuación, Vadavamukha arrojó desde el cielo el cubo, que aterrizó en Stung Meanchey.

Pero, cuando el cubo se estrelló contra la tierra, la princesa Soriyan se golpeó en la cabeza y olvidó quién era y a qué había venido. Durante muchos años, la gente la llamó Sopeap Sin, y nadie conocía su verdadera identidad: ni ella, ni las personas a las que había venido a enseñar.

Cuando Vadavamukha y su esposa vieron desde el cielo lo que había pasado, la reina dijo:

—Tenemos que hacer algo. Nuestro plan no está funcionando. Debemos salvar a nuestra hija y olvidarnos de devolver la esperanza a Stung Meanchey.

Pero el rey, que era muy sabio, dijo:

—Dale tiempo. Nuestra hija no tardará en recordar quién era, y la experiencia la convertirá en una profesora aún mejor, porque será capaz de entender a los demás.

De modo que decidieron esperar.

Aunque fue una prueba muy difícil, la princesa Soriyan —o Sopeap Sin, como la conocía la gente— empezó a recordar que era profesora. Pero para entonces ya era una anciana y no tendría tiempo de enseñar a los habitantes de Stung Meanchey, porque debía volver a su casa. Pero, como era una profesora muy lista, decidió escribir sus lecciones en forma de historias sencillas, para que todo el mundo pudiera entenderlas. Eran historias llenas de verdad —aunque muchas veces estuviera oculta—, que ofrecían un consuelo para todo el

mundo que tuviera paciencia y un corazón dispuesto a escuchar.

Y todavía hoy, si miramos detenidamente a nuestro alrededor y buscamos esas historias que nos hablan de la verdad y la generosidad, podremos descubrir la esperanza».



De vez en cuando vuelvo a tener esa sensación, la misma sensación que me inundó la noche que murió Sopeap, la noche que Ki y yo regresamos a Stung Meanchey bajo la lluvia.

Aunque he aprendido mucho vocabulario desde entonces, nunca he encontrado las palabras adecuadas para describir esa sensación. Solo sé que se parece a despertar en un lugar que sabes que está sucio y contaminado pero, en lugar de eso, encontrarlo cubierto de un manto blanco, un manto que no solo oculta la suciedad, sino que la purifica. Y, cuando escarbas en él, toda tu inmundicia, todos tus miedos e incertidumbres desaparecen, y de repente te encuentras rodeado de un amor puro e incondicional.

Momentos así siguen siendo poco habituales en este lugar, donde la vida es una lucha constante, pero, cuando ocurren, son como una brújula. Me ayudan a avanzar en la dirección correcta. Todas las mañanas sigo despertando en este vertedero inmundo pero, a pesar del humo, es aquí donde he visto los más bellos amaneceres.

Aun así, hay una cosa que está clara: el abuelo decía la verdad. El día que Ki encontró el libro, el mismo día que nos robaron, el día que nos sentimos tan tristes y miserables, fue efectivamente *un día de suerte*.

Ahora voy a enseñar a un chico a escribir su nombre.



NOTA DEL AUTOR

Aunque *Un lugar para la esperanza* es una obra de ficción, Stung Meanchey, el escenario donde se desarrolla la historia, es real.

En 2009, el gigantesco vertedero municipal de Nom Pen fue clausurado definitivamente por el gobierno camboyano. Sin embargo, pronto se creó un vertedero alternativo a varios kilómetros de distancia, al oeste de la ciudad. En el nuevo vertedero está prohibido construir viviendas, de modo que las familias que vivían y trabajaban en Stung Meanchey se ven ahora obligadas a recoger la basura en la ciudad, con la esperanza de encontrar objetos reciclables suficientes para mantener a su familia.

Conocí por primera vez Stung Meanchey y a las personas que viven allí gracias al documental que rodó mi hijo en Camboya, llamado *El Río de la Victoria*. (Para conocer en profundidad lo que supone vivir en un vertedero, visita www.riverofvictory.com). En el documental, mi hijo retrató las dificultades de Sang Ly y su familia, y su viaje desesperado para visitar al curandero, con la esperanza de salvar a su hijo.

Sirviéndome del documental como punto de partida, intenté escribir una novela que reflejara con precisión el escenario, las condiciones de vida, el carácter de los personajes y la importancia de los hechos históricos. Luego, tratando de ir más allá, quise imaginar qué habría pasado si un miembro de esa familia hubiera aprendido a leer en esas circunstancias. El escenario que imaginé representa los elementos ficcionales de *Un lugar para la esperanza*.

He incluido varias fotos tomadas de dicho documental para ofrecer al lector una mayor comprensión de Stung Meanchey y sus habitantes. Dichas fotos no pretenden en ningún caso presentar a *mis* personajes y *sus* historias como verdaderos.

Recuerdo que Ernest Hemingway solía decir: «Todos los grandes libros tienen algo en común: son más reales que si hubieran ocurrido de verdad».

Yo estoy de acuerdo con él.



AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a las siguientes personas.

A los numerosos autores de literatura clásica cuyas obras he nombrado o citado en *Un lugar para la esperanza*. En algunos casos, en aras del ritmo y el tono de la historia, he modificado el original. Es muy posible que el resultado final no les guste, pero su obra es de dominio público y, por supuesto, ellos están muertos y yo no. Espero que, cuando me toque encontrarme con ellos, ya me hayan perdonado.

A Joni Buehner, que me dio permiso para incluir su bellissimo poema *Amor para siempre*.

A Earl Madsen, mi socio, que fue una pieza clave en el éxito de mi primer libro, *Cartas para Emily*. Earl falleció de manera inesperada en la Nochebuena de 2009. Todavía echo de menos su sentido del humor. El día de su funeral fue cuando decidí ponerme manos a la obra y escribir otro libro.

A los numerosos editores y lectores que me ayudaron a corregir los fallos y mejorar la historia: Emily Watts, Ken Neff, Richard Peterson, Rosemary Lind, Wendy Ulrich y, por supuesto, mi esposa, Alicyn.

A Joan Criddle, cuyo libro *No perdemos nada con destruirte* me sirvió de inspiración para reflejar la experiencia de Sopeap con los jemeres rojos.

A mi hijo, Trevor, cuyo documental sobre Camboya me sirvió de base para describir los escenarios, la historia y los personajes de la novela.

A Sang Ly, Ki Lim y sus hijos. Su historia ha transformado para siempre mi vida y la de mi familia.

A mis padres, que siempre me ofrecieron ejemplos de paciencia, amor y apoyo incondicional.

A mis maravillosos hijos.

Y por último, aunque no por eso menos importante, a mi esposa, Alicyn. Mientras yo soy el escéptico (o realista) de la familia, ella siempre ha sido la más optimista. Hasta ahora, la combinación ha funcionado bastante bien.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Un lugar para la esperanza incluye fragmentos y citas de obras clásicas. Algunas aparecen en su totalidad; otras se mencionan como simples referencias. Salvo una excepción, todas son de dominio público y tienen múltiples ediciones. La lista que incluimos las recoge por orden de aparición.

Los monos danzarines es una fábula atribuida a Esopo. Esopo era un autor griego que escribió numerosas fábulas populares. Algunos dicen que era un esclavo; otros, que era un etíope de Abisinia. En cualquier caso, dos mil quinientos años más tarde, sus fábulas sigan siendo traducidas y leídas en todo el mundo. La versión recogida en el libro aparece en el volumen *Fábulas*, Penguin Clásicos, Random House, Barcelona 2013, traducción de Julia Sabaté Font.

Tum teav se considera el *Romeo y Julieta* camboyano. Se trata de una historia de amor trágica atribuida al monje budista Preah Bothumthera Son y popularizada por el escritor George Chigas en 1915. Ver *Tum Teav. A translation and analysis of a Cambodian literary classic (Tum Teav. Traducción y análisis de un clásico de la literatura camboyana)*, Centro de Documentación de Camboya, Nom Pen 2005.

Reamker es un poema épico conocido entre el pueblo jemer a través de sus representaciones teatrales. El poema habla del amor, la lealtad y la venganza y está protagonizado por princesas, gigantes, monos y sirenas.

Moby Dick, del escritor americano Herman Melville, es una novela publicada por primera vez en 1851. La obra está llena de metáforas y simbolismos y se considera una de las novelas más importantes del mundo. La versión que se incluye en el libro puede encontrarse en la editorial Debolsillo, Barcelona 2003, traducción de Enrique Pezzoni.

Sarann, la Cenicienta jemer, fue reconstruida para satisfacer las necesidades de la historia a partir de varias versiones. Existe una versión jemer actual documentada por la profesora Jewell R. Coburn en su obra *Angkat. The Cambodian Cinderella (Angkat. La Cenicienta camboyana)*, Lee and Low Books, Nueva York 2013, con preciosas ilustraciones de Eddie Flotte. La versión de Camron Wright ha sido recogida en el volumen *Sarann and the prince of Angkor. A Cambodian Cinderella story (Sarann y el príncipe de Angkor. Una Cenicienta camboyana)*, Shadow Mountain, Salt Lake City (Utah) 2013.

Amor para siempre es un poema inédito de Joni Buehner.

El camino del tigre es un relato del escritor inglés sir Henry Rider Haggard, incluido en su libro de cuentos *Long odds* (1918). El autor, famoso por su novela *Las minas del rey Salomón*, situó la historia original en África. Para adaptarlo a la novela, Camron Wright cambió la localización del relato a la India y convirtió al león en un tigre.

Píramo y Tisbe son los protagonistas de una fábula mitológica romana que inspiró *Romeo y Julieta*, de Shakespeare. Aparece incluida en las *Metamorfosis* de Ovidio. Existen numerosas ediciones. Puede consultarse la de Alianza, Madrid 2015, libro IV, pp. 55-166, traducción de Antonio Ramírez de Verger.

La historia de ***El ave fénix***, al igual que el cuento de Cenicienta, puede encontrarse en numerosas civilizaciones (árabe, persa, griega, romana, egipcia, china, india y, según Sanchuniathon, fenicia). La versión que recoge el libro es la del autor danés Hans Christian Andersen (1850). Aparece incluida en sus *Cuentos completos*, Cátedra, Madrid 2012.

ÁLBUM



Ki Lim, Sang Ly y Nisay



Recogiendo basura en el vertedero



Llegada de los camiones



Los fuegos dificultan la tarea



Nuestra casa



La hora del baño



Nisay



Tratamiento del koah kchol



Médico extranjero



Sang Ly trabajando



Gordito feliz



Teva Mao



Recogida de caracoles



Sang Ly muestra la mordedura de una sanguijuela



Llegada a la provincia



La casa del tío



La anciana



El curandero



Ritual del curandero



Sang Ly introduce el remedio en la boca de su hijo



Felices



Nisay está curado

Índice

Capítulo 1	8
Capítulo 2	16
Capítulo 3	29
Capítulo 4	35
Capítulo 5	40
Capítulo 6	44
Capítulo 7	48
Capítulo 8	55
Capítulo 9	63
Capítulo 10	70
Capítulo 11	81
Capítulo 12	87
Capítulo 13	92
Capítulo 14	96
Capítulo 15	102
Capítulo 16	115
Capítulo 17	122
Capítulo 18	127
Capítulo 19	133
Capítulo 20	141
Capítulo 21	153
Capítulo 22	160
Capítulo 23	167
Capítulo 24	174
Capítulo 25	181
Capítulo 26	188
Capítulo 27	195
Capítulo 28	203
Capítulo 29	211

Capítulo 30	220
Nota del autor	224
Agradecimientos	226
Referencias bibliográficas	228
Album	231